

Índice

Introducción	7	El príncipe E	44
Consideraciones generales		El peluquero P que luego	
sobre el proceso lector	8	fue panadero	45
¿Qué es leer?	8	El lechero L	47
Aspectos básicos para		La señora de la montaña:	
la adquisición de la lectura	8	la M (I)	49
Características de los niños		La señora de la montaña:	
que comienzan a leer	9	la M (II)	50
Finalidad de los métodos de		La señorita del silencio S	52
aprendizaje de la lecto-escritura	11	Las gemelas N y Ñ	54
Defensa de los métodos		La doctora T	56
fonéticos	11	El tesorero D o señor del dinero	57
Adaptación de mi método		El jardinero J	59
de lectura	12	La princesa I y el jardinero J:	
Necesidad e importancia		la Y (I)	61
de la prelectura	14	La Y se convierte en Ye (II)	62
La lectura comprensiva	15	El portero LL	63
Fundamentos del método	17	La presumida B	65
El método: características	18	El camarero V	67
Origen y nombre del método	18	La señorita Z	68
Dificultades que resuelve	19	La enfermera C	70
Técnicas de aplicación:		El payaso R (I)	72
sesiones de lectura	20	El payaso R y su hermano	
Los cuentos de «Letrilandia»:		el atleta R (II)	74
recursos didácticos	24	El bombero F	75
Preparación para la narración		La mudita H	77
de los cuentos	24	La enfermera C cuida	
Presentación de las letras como		de la H muda	79
personajes de los cuentos	24	La periodista K (I)	81
Relación entre los cuentos y temas		La periodista K y los sonidos	
que pueden globalizarse	28	Ca, Co, Cu (II)	82
Cómo trabajar los libros de lectura ...	30	El trapecista Q	83
Letrilandia 1	30	La bibliotecaria G con su gusano	
Letrilandia 2	31	y su gato (I)	85
Letrilandia 3	32	La bibliotecaria G se pone de mal	
Los signos de puntuación	33	genio: los sonidos Ge-Gí (II)	87
Los cuentos	37	La E y la I se aburren:	
El País de las Letras		los sonidos Gúe-Gúi (III)	88
y el señor Estudioso	38	La pequeña X, la hermana	
El rey U	39	de la S	90
La reina A	41	El marinero W	92
La princesa I	42	Epílogo	93
La princesa O	43	El comienzo de curso	
		con niños pequeños	93
		¿Qué hacer los primeros días?	93

Introducción

El niño es un «detective» nato con un gran interés por descubrir, curiosear, seguir pistas y encontrar soluciones, aunque a veces sean equivocadas por la falta de experiencia. De ahí que necesite la orientación del docente para detectar el error y la causa del mismo, y volver a tomar, por iniciativa propia, el camino adecuado hasta resolver el caso que le preocupa.

Es en ese camino de descubrimiento, a través de las pistas y datos iniciales, siempre elaborados o hallados conjuntamente entre alumno y docente, donde el niño *desarrolla sus capacidades*: atención, observación, reflexión, comparación (encontrando semejanzas y diferencias) y relación lógica entre los datos y la conclusión. El constructivismo permite sentar los cimientos sólidos que conducen a un aprendizaje significativo. De ese modo, el niño «aprende a aprender», descubre caminos, aunque la dificultad se acrecienta si procede de un medio socioeconómico desfavorecido. Solamente manipulando objetos, contando, juntando y separando, se llega a percibir la diferencia entre unas grafías numéricas y otras que carecen de contenido porque se han aprendido de memoria.

El fundamento de la matemática constructiva es el análisis y la síntesis, la composición y la descomposición de los números, y ayuda al alumno a aprender con seguridad. Para conseguirlo se requiere la actividad mental y corporal tanto del alumno como del docente.

También el análisis-síntesis es lo más determinante en el aprendizaje de la lecto-escritura comprensiva. La síntesis nos da el contenido del mensaje; el análisis, la capacidad de transmitirlo por escrito.

Los fundamentos son los mismos: trabajo práctico, entendiendo primero y memorizando después; conceptos básicos, manipulación de los signos gráficos en análisis-síntesis, o viceversa. La comprensión da sentido a la mecánica en la lecto-escritura.

En definitiva, debemos enseñar de forma que el propio niño construya sus saberes, para asegurar su asimilación firme y su aplicación en cualquier coyuntura de la vida.

A todas estas reflexiones deseo sumar las del *ideal educativo* al que responde mi método que, basado en una temprana vocación de maestra, se concreta en los siguientes puntos:

- a) Conseguir que los niños sean felices.
- b) Procurar su integración en la clase, de manera que se sientan a gusto y deseen pasar su tiempo en ella.
- c) Lograr que valoren positivamente las tareas escolares como preparación a su futura vida de estudios.
- d) Tratar de extraer conceptos de los niños en lugar de darles una enseñanza construida, ayudándoles a desarrollar capacidades.
- e) Poner especial interés en el niño con problemas o dificultades de integración.
- f) Potenciar el papel protagonista del niño y, al mismo tiempo, ayudarle a encontrar su lugar en el grupo.
- g) Desarrollar valores que faciliten su integración en la sociedad: respeto, diálogo, cooperación, comprensión, cuidado del entorno, etc.
- h) Facilitar la incorporación de los niños al siguiente nivel de enseñanza.

Consideraciones generales sobre el proceso lector

¿Qué es leer?

Algo tan sencillo a simple vista ha llevado, y lleva todavía, a los estudiosos de la lectura a continuas discusiones y a la elaboración de definiciones que van desde lo más sencillo a lo más complejo.

Frente a las definiciones clásicas de los teóricos de la lecto-escritura (André Inizan, Gastón Mialaret, Weiss y otros), propongo otra más sencilla e inteligible, que he acuñado a lo largo de estos años de trabajo y reflexión: «Leer es interpretar, traducir, comprender el mensaje que nos llega a través de un código hecho con signos abstractos y sonidos convencionales».

Entre las que conozco, la definición con la que más me identifico, con la que más en consonancia se halla mi método, es la de Gastón Mialaret: «Leer es poner en marcha toda su inteligencia».¹

Aspectos básicos para la adquisición de la lectura

Previamente a la enseñanza de la lectura, se plantean unos problemas sin cuya solución puede dañarse el futuro escolar del niño al cual se inicia. Estos problemas son de distinta índole: psicológicos, madurativos, de carácter intelectual, de competencia lingüística, de metodología, de la lectura en sí, etc.

Son muy distintas las opiniones que tienen los estudiosos sobre la importancia de unos y otros problemas. Mientras tanto, los maestros, pedagogos prácticos, seguimos atentos a las reacciones de los propios niños dentro de nuestra aula, para detectar cuál es el mejor camino y el momento oportuno de emprenderlo.

Hace tiempo tuve en mis manos un libro sobre *prelectura*, de unos autores franceses, en el cual había unos ejercicios de diferenciación visual realmente complejos como preparación para el reconocimiento de las letras. Su lectura me llevó a la consideración de que si los niños eran capaces de realizar esos ejercicios con dibujos abstractos tan complicados como preparación para la lectura, reconocerían las letras con mayor facilidad, y lograríamos los mismos objetivos sobre el propio material de lectura; así que decidí usarlas como dibujos abstractos (después de haber trabajado dibujos concretos) para observar las igualdades, semejanzas y diferencias. Aquel fue el primer paso para organizar mi método, aunque todavía entonces no me planteara la enseñanza de la lectura.

Rachel Cohen dice: «El valor de un aprendizaje ¿debe ser apreciado únicamente en función de la adquisición de un conocimiento? ¿No podemos apreciarlo en función del proceso de su adquisición, que es de tal naturaleza que influye en el desarrollo mental y psicológico del niño?».²

He reflexionado sobre la importancia del proceso de adquisición de conocimientos... Sí, además, esos dibujos abstractos —las letras— dejan de serlo porque se transforman en personajes con cabeza, cuerpo y extremidades, con cualidades y defectos que les transforman en protagonistas de un cuento, poco les cuesta a los niños distinguir unos de otros, recordar su forma de hablar o de comportarse y sus aventuras.

Esto sucede por el contenido afectivo que conlleva, porque se trabajan todos los conceptos previos y se van desarrollando capacidades necesarias como observación, comparación, diferenciación, asociación, reflexión, análisis, síntesis, relación de dramatiza-

¹ En *La enseñanza de la lecto-escritura*, M.^a Paz Lebrero Baena (coord.), Escuela Española, Madrid.

² Rachel Cohen: *Aprendizaje precoz de la lectura*. Cincel, Buenos Aires-Madrid.

ciones y diálogos, desarrollo de la imaginación y los valores humanos, y adopción de actitudes de escucha, participación, alegría, silencio y respeto.

Por otro lado, conseguimos que, al final del curso, todos los niños reconozcan los fonemas, los asocien a sus grafías y recuerden las historias. Algunos, los que ya están preparados, irán aprendiendo a leer de una manera divertida, natural, sin que se les haya dicho nunca: «Os voy a enseñar a leer».

Gastón Mialaret apunta en el prólogo de la obra ya citada de Cohen: «La lectura debe inscribirse normalmente y sin esfuerzo entre las numerosas actividades, variadísimas, ricas, que realiza el niño pequeño, en un proceso de descubrimiento del mundo, de creatividad espontánea; no debe ser impuesto, sino solicitado por el niño. Esto supone que han de darse varias condiciones fundamentales: los educadores, en principio, deben estar formados para observar al niño en su condición biológica, psicológica y social; para saber, en este aspecto, hasta dónde pueden llegar y cuáles son las limitaciones que no deben sobrepasar; lo que implica, igualmente, un conjunto de condiciones materiales que permitan a cada niño expresarse, realizar actividades que correspondan a sus necesidades e integrarse correctamente en un pequeño grupo (...). Es necesario también que los padres estén informados de estos nuevos criterios pedagógicos, y que la familia no centre su interés únicamente en el aprendizaje de la lectura».³

Desde estas páginas invito a releer todo lo que dice el profesor Mialaret y a pensar con detenimiento en sus palabras.

El docente que inicie la enseñanza de la lectura de los pequeños debe tener experiencia en el conocimiento de los niños, debe valorar sus progresos individualmente y no olvidar que, ante todo y sobre todo, somos nosotros quienes debemos seguir el ritmo del niño y no al revés. Tendremos que presentar un abanico de posibilidades y ejercicios diferentes, de forma que todos encuentren el modo de realizar experiencias positivas que les impulsen a seguir adelante con ilusión.

Avalemos todo lo expuesto con algunas citas de interés:

Según César Coll y Enric Valls, «Los procedimientos que se emplean sobre objetos o instrumentos son solo una mínima parte de los que se pueden enseñar en el aula y son, sin duda, los menos importantes, comparados con las destrezas o estrategias del pensamiento...».⁴

Por su parte, Marina Lovelace señala que «El currículo está directamente ligado a la acción y, por tanto, el peso fundamental va a recaer en el análisis y la evaluación del proceso educativo, proceso que hay que valorar tanto desde su perspectiva de acción directa desarrollada en el aula, como desde su perspectiva de investigación».⁵

Resumiendo, se puede señalar que:

- El educador debe conocer las posibilidades madurativas del niño, así como sus conocimientos y experiencias previas, y confiar en sus capacidades de progreso.
- Además, debe favorecer y fomentar las propuestas que planifican su acción para llevarlas a cabo en un ambiente cálido, acogedor y seguro. No hay que olvidar que la actividad del niño es una de las principales fuentes de su aprendizaje y desarrollo.

Características de los niños que comienzan a leer

1. Interés lúdico, gusto por el juego.
2. La alegría.
3. La participación en diversas actividades.
4. La fabulación.

³ Rachel Cohen: *Op. cit.*

⁴ César Coll y Enric Valls: *Los nuevos contenidos de la Reforma*. Santillana, Madrid.

⁵ Marina Lovelace: *Proyecto curricular*. Edelvives, Zaragoza.

5. La sorpresa.
6. La intriga.
7. La exageración.
8. Las aventuras.
9. El maniqueísmo de personajes buenos y malos, que siempre se resuelve con un final feliz.
10. El mimetismo, como protagonista de las historias que oye.
11. La personificación. No diferencia bien lo animado de lo inanimado y atribuye vida a todo: juguetes, flores, Sol...
12. La lógica infantil, que les lleva a conclusiones incorrectas por falta de experiencias.
13. La afectividad, sin la cual no pueden vivir.
14. El protagonismo, consecuencia de su egocentrismo, que no ha sido vencido todavía por el proceso de socialización.
15. Las ganas de ser mayor desencadenan conflictos entre el deseo de complacer y el de llevar la contraria para asegurarse como persona independiente.
16. La curiosidad, que le impulsa a mirarlo todo.
17. Su gozo y entusiasmo por descubrir cosas nuevas.
18. La necesidad de sentirse seguro, de que se le reconozca el trabajo bien hecho y se le anime a seguir.

Muchas de estas características perviven en los adultos durante toda la vida, y la mayoría encuentra su correlato en las historias. De ahí el poder de atracción de los cuentos en los niños, donde cada uno se identifica con un personaje, la sorpresa es constante, se exagera la bondad y la maldad en los protagonistas, triunfa el bien sobre el mal.

El interés del niño se despertará en proporción directa a la atención que prestemos a estas características psicológicas. Aseguro que el mejor método para enseñar cualquier cosa a un niño de cualquier edad es aquel que responde a sus necesidades e interés, y deriva de sus características psicológicas, diferentes según la edad, siempre que, además, respeten su evolución o desarrollo personal, impulsándolo a la vez.

Este método, basado en sus intereses inmediatos, generará atención, y con ella habremos conseguido la disposición óptima para potenciar el aprendizaje.

Mi método se ajusta, entre otros, al siguiente condicionante: respeto a la evolución personal del niño, impulsando a la vez el desarrollo de sus capacidades o potencialidades. Al ir explicando la metodología, procuraré señalar claramente en qué momento estamos trabajando las distintas capacidades, para no limitarme a una exposición de meras intenciones. Con nuestras orientaciones y su curiosidad, el niño irá construyendo sus propios aprendizajes. Así surge la motivación basada en los intereses del niño, que generará atención, primera condición para aprender algo.

Cada niño tiene su propio ritmo madurativo, de aprendizaje, de trabajo, de sociabilidad. Además, posee una determinada personalidad que debemos respetar, aun cuando tratemos de educarle con la consolidación de hábitos. El docente habrá de ayudarles a crearse una imagen positiva de sí mismos, graduando los aprendizajes en niveles no demasiado elevados, para que cada nueva experiencia les facilite una vivencia positiva que les impulse a pasar al siguiente. Para ello debemos reconocer más el esfuerzo que el resultado.

Lo conseguiremos estando alerta en sus dificultades y discurriendo estrategias para superarlas, contando con su propio esfuerzo. De ese modo se logra una educación personalizada, que puede darse dentro de un trabajo colectivo enriquecedor, muy superior a una educación individualizada, que le privaría del enriquecimiento que supone ver las soluciones que otros aportan.

Finalidad de los métodos de aprendizaje de la lecto-escritura

Para juzgar la bondad de un método de enseñanza hay que prestar atención a los siguientes aspectos:

1. Ver la reacción de los niños ante él.
2. Atención que genera.
3. Rapidez de aprendizaje.
4. Logro de adquisiciones correctas.
5. Consistencia de las adquisiciones.
6. Aplicabilidad práctica inmediata.
7. Facilidad y flexibilidad de aplicación, aun considerando las diferencias en los niveles de maduración de los niños.
8. Metodología clara, bien estructurada.
9. Complacencia de padres, niños y docentes en su utilización.
10. Uso extendido.

Finalmente, puedo precisar que el éxito de la aplicación de distintas metodologías está en función directa con el grado de identificación, con la psicología, el carácter y la forma de trabajar del maestro.

Una metodología activa comporta que el papel del docente no se ha de reducir a la mera transmisión de contenidos, sino que facilitará a los niños la realización de actividades y experiencias que conecten con sus necesidades, intereses y motivaciones, y les ayuden a aprender y a desarrollarse, participando plenamente en el proceso de aprendizaje.

Defensa de los métodos fonéticos

Tanto los métodos globales, como los silábicos o los fonéticos, pueden ser poco atractivos para el niño si su presentación no está de acuerdo con lo que desea, con sus intereses. La motivación es fundamental para despertar la curiosidad, que generará, también, atención.

Si contamos con que los niños llegan a la escuela infantil con gran cantidad de dislalias naturales, propias del proceso de aprendizaje del lenguaje oral, con los deficientes modelos de expresión oral que muchos niños tienen en sus casas y, además, admitimos que a muchos padres les encanta perpetuar los errores de lenguaje por el encanto ingenuo que conllevan, tendremos que asumir la corrección de tales anomalías en la escuela. Para ello no hay mejor procedimiento, ni más rápido, que enseñarles prácticamente el sonido fónico puro de cada letra.

Que esto lo hagamos desde el principio, independientemente de la enseñanza de la lectura, me parece normal; pero también es verdad que en algunos niños estos defectos de pronunciación perviven, bien por falta de discriminación auditiva, bien por algún problema fisiológico madurativo; lo que nos lleva a seguir con ejercicios durante mucho tiempo, hasta enlazar con la enseñanza de la lectura.

¿Qué otro sistema reúne tantas ventajas como el método fonético?

La observación constante de los órganos de fonación externos del docente, el apoyo de las vibraciones de labios, sobre la mano o ante un espejo, como si fuera un juego, le prepararán magníficamente para escribir al dictado con ortografía natural, ya que conocerá el valor de cada fonema.

En este sentido, M.^a Paz Lebrero Baena ha señalado: «Actualmente, si bien no se acepta la forma de proceder en los orígenes de estos métodos, sí se valora la necesidad de fomentar en el alumno el descubrimiento de la correspondencia fonema-grafema para poseer "las claves de la lectura", y lograr la autonomía del acto lector».⁶

Refiriéndose a los recursos motivadores, como onomatopeyas, gestos, etc., añade: «Tales recursos pueden ser altamente positivos cuando forman parte de un proceso metodológico adecuado...».⁷

- El niño, una vez que aprecia el juego, descubre por sí mismo nuevos sonidos y palabras, prolongando los fonemas hasta enlazarlos con los siguientes.
- Es un método que crea menos problemas y puede ser asimilado por niños con un cociente intelectual más bajo.
- Parte del elemento para llegar a estructuras cada vez más complejas, en las cuales enseguida identifica personas o cosas.
- Pueden hacerse asociaciones fonema-grafema, necesarias para llegar a escribir sin modelo.
- Al niño le divierte hacer comparaciones diferenciadoras entre fonemas parecidos, como si fuera un juego de adivinanzas; y sirve, al mismo tiempo, como preparación para la escritura respetando la ortografía natural.

Este método no tiene sentido para la enseñanza de la lectura, si:

- se enseñan los fonemas aislados, sin ninguna motivación;
- no se corrigen, paralelamente, los defectos orales;
- se limita a unir sílabas;
- el niño no llega enseguida a globalizar la palabra, unidad básica de comprensión lectora;
- no sirve para valorar el lugar que ocupa cada fonema dentro de la palabra.

El profesor Santiago Molina, a pesar de defender el uso de los métodos globales y haber creado uno de ellos, hace la siguiente consideración:

«Parece honesto destacar que, a la vista de los resultados de dichas investigaciones, la metodología más adecuada parece ser aquella que toma como punto de partida previo el análisis fonético, y que, desde el inicio del aprendizaje de la lectura propiamente dicha (por tanto, con significación real para el niño), combina los procesos de síntesis y análisis. Por supuesto, entendida dicha metodología como parte de otras estrategias didácticas más globales y personalizadas».⁸

Adaptación de mi método de lectura

1. Cualquier método, para que sea eficaz al cien por cien, necesita ser adaptado por el propio docente, que incorporará todos los recursos que considere oportunos.
2. Deberá adecuarlo al medio rural o urbano en el que se desenvuelvan los alumnos, y al tipo de trabajo más habitual en la comunidad autónoma y que sea conocido por los niños, incluyendo canciones propias de la región, danzas, juegos, vocabulario, costumbres, alimentos, etc.
3. Podrá variar los cuentos, inventarse nuevas historias si es necesario insistir con alguna letra, pedir a los niños que inventen situaciones. Por ejemplo: «Un día el príncipe E hizo una travesura terrible. ¡A ver quién la adivina!». La imaginación y la expresión oral surgirán de forma natural.

⁶ M.^a Paz Lebrero Baena (coord.): *La enseñanza de la lecto-escritura*. Escuela Española, Madrid.

⁷ M.^a Paz Lebrero: *Op. cit.*

⁸ Santiago Molina: *Enseñanza y aprendizaje de la lectura*. CEPE, Madrid.

Necesidad e importancia de la prelectura

Durante un mes o mes y medio, aproximadamente, al comienzo del curso, trabajaremos la adaptación de los niños y su toma de contacto con los juegos educativos. Daremos preferencia al contacto personal y directo del niño con el docente: juegos, canciones, poesías, actividades de psicomotricidad, teatro, guiñol, dibujo, pintura, modelado, etc.

En esta primera etapa, la formación de hábitos ocupa gran parte del tiempo. Iniciar bien a los niños es fundamental y complejo.

La atención y la observación se trabajan de forma indirecta en esa adaptación y toma de contacto, pero habrá que hacerlo también de manera intencionada por su gran importancia en todo el quehacer escolar y en la vida en general.

Habrà que cultivar el lenguaje oral desde el principio, porque es la base del escrito (lectura y escritura). Simultáneamente, realizaremos día a día los ejercicios madurativos para la lectura, de una forma directa o indirecta.

Antes de pensar en la enseñanza de la lectura deberemos trabajar bien la prelectura, fundamentada en la observación, que se realizará a través de álbumes o libros de imágenes coordinados con los ejercicios de psicomotricidad que les hagan vivenciar los conceptos básicos.

En relación con la lectura, los *ejercicios de observación* tienen los siguientes fines:

- Aprender a mirar las cosas concretas, para percibir detalles que luego se puedan trasladar a la observación de cosas abstractas, advirtiendo también los matices que las diferencian. La escritura está hecha con signos abstractos que tienen unas diferencias mínimas: entre una *p* y una *n* (que el docente escribe en la pizarra en letra manuscrita), la *p* es un poco más larga. Entre la *m* y la *n*, la *m* solo es algo más ancha.
- Cultivar la atención.
- Trabajar los conceptos de color, forma y tamaño; de número y orden; de igualdad, semejanza y diferencia; de dirección, sentido y continuidad.
- Orientarse en el espacio.
- Analizar la figura humana: esquema corporal, lateralidad...
- Realizar ejercicios de fonación y elocución.
- Desarrollar la memoria y la discriminación visual y auditiva.
- Diferenciar palabras (pueden realizarse gran cantidad de juegos).
- Despertar su interés por los libros.
- Desarrollar la inteligencia, la imaginación y la memoria.
- Interesarse por las cosas abstractas al estar relacionadas con algo concreto; por ejemplo: observamos el dibujo de un niño, examinamos la palabra niño (forma, tamaño, longitud, análisis de los signos que la forman, etc.) y les pedimos que la localicen entre otras palabras.

En una ocasión presenté varios dibujos: una raya vertical, un círculo, un cuadrado, un triángulo... Pregunté: «¿Qué puede ser esto...?». Los niños pensaron y me sorprendieron con numerosas asociaciones, como las referentes al triángulo: un tejado, un gorro de payaso, una cabaña, una montaña, un tobogán con la escalera torcida, un gorro de chino, un paraguas cerrado, una cueva de un oso, una vela de un barco, un polo, una punta de lapicero rota, etc.

Algunas de las soluciones a las dificultades de lectura pueden presentar problemas de lógica al adulto, pero nunca me ha surgido ninguno con niños.

Después de trabajar la prelectura, un grupo de niños estará maduro para empezar la lectura; otros todavía no. Empezaremos la presentación de las letras de forma colectiva. Seguiremos trabajando también en la línea de la prelectura; de esta forma, los que tienen un ritmo más lento siguen su proceso mientras escuchan la narración de los cuentos, y participan en los trabajos de afianzamiento madurativo.

La lectura comprensiva

Solamente puede llamarse lectura a la que se hace comprendiendo lo leído. La simple y correcta unión de signos sin coordinación adecuada, sin pausas a tiempo, sin comprensión total, no puede entenderse como «saber leer».

Puede emplearse cualquier buen método para enseñar a leer, siempre que el docente lo domine y se sienta suficientemente identificado con él como para trabajarlo con gusto y mejorar el aprendizaje de los alumnos. Pero si su objetivo es lograr una lectura comprensiva (enseñar realmente a leer), el niño tendrá que jugar constantemente con el análisis y la síntesis: descomponer y componer, componer y descomponer. Solo así seguirá madurando y dando los pasos correctos para llegar a la meta.

Empezaremos la lectura comprensiva en cuanto realicemos colectivamente, sobre la pizarra, la unión de la primera consonante con las vocales.

El orden de dificultad será:

- Palabra (*Papá*).
- Frase de dos palabras (*Papá lee*).
- Frase de tres palabras (*Quiero a papá*).
- Frase de cuatro, cinco, seis, siete palabras.
- Frases de dos palabras cada una, con punto y aparte (*Como poco. Me canso*).
- Igual con frases de tres o cuatro palabras, etc.

La palabra es la unidad básica de comprensión lectora.

Cuando hagamos ejercicios con una sola palabra, han de descubrir la coordinación entre los signos que la forman, y darles una continuidad para llegar a la comprensión de su significado. Por ejemplo: *papá*. Si son palabras muy cercanas a los intereses del niño (*mamá, papá, agua, sueño, lloro, juego*), una sola palabra tendrá todo el significado afectivo de una frase.

A partir de una palabra se efectuarán ejercicios variando su significado mediante el cambio de una letra. El niño habrá de descubrir qué letra ha variado, y nosotros debemos recalcar la importancia de cada letra y del orden de colocación de las mismas (prevenimos errores). La memoria visual, relacionada de forma directa con la auditiva, se ejercitará constantemente al tener que recordar, una y otra vez, las letras sustituidas.

Los ejercicios con las frases nos darán todas las posibilidades anteriores, más las de modificar unas palabras por otras.

Como variaciones, podemos escribir frases disparatadas (*los árboles son rojos; el Sol es cuadrado; los elefantes vuelan...*), que les encantan. Al descubrir el disparate, su risa nos hablará del gozo que sienten cuando creen que nos hemos equivocado.

Podemos variar la corrección de la frase. Tomemos la primera frase como ejemplo: *los árboles son rojos*. Los niños dirán: «Es mentira, los árboles no son rojos, los árboles son verdes». Ellos nos dan ya la pauta que hay que seguir. Preguntamos: «¿Cómo lo arreglamos?». Ellos dirán: «Pon que son verdes». Así lo hacemos.

Pero también podemos decir: «Quiero dejarlo como está, me gusta, pero vamos a arreglarlo para que sean verdes». Rápidamente encuentran la solución: «Pon: *los árboles no son rojos*». También podemos decir: «No quiero borrar *rojos*, ni quiero añadir palabras. ¿Cómo lo arreglo?». «Pon *los tomates* y barra *árboles*», contestan.

Todos estos ejercicios desarrollan, además de la lectura comprensiva, el interés por averiguar el significado de lo que leen, la capacidad de reflexión, de interiorización, de lógica. Es decir, estamos cultivando la inteligencia.

Así se sientan las bases de la redacción: frases cortas con significado completo. No olvidemos que antes de redactar por escrito tendrán que saber componer una frase oralmente; esta es la preparación remota y básica que les permitirá escribir frases correctas.

Fundamentos del método

1. El método que vamos a exponer tiene en cuenta los principios pedagógicos fundamentales para iniciar y desarrollar el proceso de lectura. Conviene avanzar en estas direcciones:
 - a) Del lenguaje oral al escrito: de los fonemas, de la conversación y del diálogo a la interpretación del signo escrito (lectura).
 - b) De lo conocido a lo desconocido: de las personas reales o posibles, la familia, los oficios comunes, el campo, la ciudad, a la letra.
 - c) De lo sencillo a lo complejo: del fonema a la sílaba, de esta a la palabra, y de la palabra a la frase.
 - d) De lo concreto a lo abstracto: del personaje real a la letra-símbolo.
2. Tiene en cuenta las características, que ya he destacado en otro lugar, de la psicología infantil.
3. Permite la globalización y facilita la participación activa. El niño se identifica con los personajes, asimila y transfiere sus conductas, repite sus conversaciones, inventa, da soluciones, imita, etc.
4. Fomenta el interés, la atención, la sorpresa y la alegría.
5. Conduce a la diferenciación y a la asociación de fonemas de una manera natural y progresiva, según las leyes del contraste y de la semejanza: *b-v, y-ll, z-c, k-c-q, g-j*.
6. Permite la repetición introduciendo un elemento lúdico:
—¿Uuuu... uu... u? — dice el rey U.
—A... aaaa... aa —contesta la reina A.

El maestro o un niño inventa la conversación, traducida según la situación planteada.

De esta manera se consigue que:

- Los aprendizajes sean significativos: atraigan al niño, los comprenda y sean de aplicación inmediata en su vida.
- Él mismo construya sus aprendizajes, porque se basan en la experiencia y en la comprobación de los errores que puede llevarnos a un cambio de «personaje», por ejemplo: *papá-Pepa*.
- Aprenda a aprender, por cuanto cultivamos gran cantidad de capacidades y le enseñamos a aplicarlas en el descubrimiento.
- No memorice sino tras haber comprendido los cambios de sonido de las letras conflictivas.
- El principio de globalización esté presente en todos los cuentos, desde trabajar lo madurativo (espacio, esquema corporal, conceptos prematemáticos, observación, memoria, reflexión, expresión) hasta la integración en el medio natural y social (lugares y personajes de las historias).
- Se presente la secuencia elaboradora; es decir, que los contenidos que primero se presentan son los más simples y generales, incorporándose después los elementos más complejos y detallados.

íbamos componiendo y descomponiendo sílabas. Unas veces, los niños inventaban más rápido que yo; otras, exigían nuevas situaciones y explicaciones.

Me di cuenta de que les atraía enormemente la personificación de las letras; es decir, reaccionaban con gran interés en cuanto les adjudicaba una personalidad: enfadada, alegre, golosa, trabajadora, etc.

Poco a poco fui estructurando el método, siempre ante los niños, al contestar a sus preguntas, o al improvisar una solución a cada problema que me planteaban.

Tardé unos diez años en completarlo, tras una larga gestación. Los fundamentos lógicos se concluyeron cuando encontré la explicación para las variaciones de sonidos de la *g*, la explicación de por qué había tres letras para los sonidos *ka-ke-ki-ko-ku* (*k-c-q*) y la razón de que esta última fuera acompañada por una *u* muda, lo mismo que la *g*.

Los niños reaccionaban siempre positivamente, recordando con facilidad aquello que antes les era costoso; además, lo recordaban todos y yo podía hacer un seguimiento personalizado de sus progresos y reforzar a los que iban más despacio.

Fue necesario inventar una «Familia Real» para justificar el protagonismo de las vocales (siempre presentes) y su importante función habladora (sin ellas todo son sonidos raros, sin ningún sentido). Las consonantes eran personas que les acompañaban en diferentes momentos, cumpliendo un trabajo.

La personalidad de los príncipes traviesos, la *e* y la *i*, vino determinada por ser las únicas vocales conflictivas cuando van con algunas consonantes (*ce-ci-que-qui-ge-gi*).

Hubo que inventar un país donde situarlas y unos gigantes amenazadores que justificasen el constante caminar hacia la derecha y el que las letras no apareciesen siempre con cabeza, piernas y brazos (cosa que exigían en cuanto se escribía una palabra), para que centrase su atención en la grafía que seguirá siendo el cuerpo del personaje.

Finalmente apareció en la trama el señor Estudioso o maestro, que después de viajar por todo el mundo buscando la forma de poder escribir los cuentos que inventaba (las letras no estaban creadas todavía), se dio cuenta que, dibujando los raros cuerpos de los personajes del País de las Letras y reproduciendo su extraña forma de hablar, se podían escribir y entender palabras. Las letras fueron conocidas en el mundo entero, y siguen siendo famosas porque ayudan a la gente a comunicarse y a ser felices leyendo maravillosos libros.

Dificultades que resuelve

1. Determinadas situaciones de lectura un tanto ilógicas, si nos detenemos alguna vez a pensar en ellas, como por ejemplo: ¿por qué...

—no se pronuncia la *h*?

—suena si la acompaña la *c* en *ch*?

—aunque exista una *k*, que podría decir todos los sonidos *ka-ke-ki-ko-ku*, se recurre a la *c* en *ca-co-cu* y se emplea una nueva letra solamente para decir *que-qui*, y, además, siendo nueva y exclusiva, se pone una *u* en medio que no se pronuncia? ¿No podría ser también *qa-qe-qi-qo-qu*?

—una *u* detrás de la *g* en *gue-gui* y no en *ga-go-gu*?

—dos puntos sobre la *u* en *güe-güi* y no en *gua-guo*?

—*ge-je* y *gi-ji*?

—*b* y *v*?

—*r* fuerte, *r* suave y *rr*?

Así pues, los niños se quedan con ganas de preguntarnos:

—«¿Por qué la *c* dice *ce, ci* y *ca, co, cu*?»

—«¿Por qué la *g* dice *ge, gi* y *ga, go, gu*?»

—«¿Por qué no pronunciamos la *u* en *gue, gui, ni* en *que, qui*?»

- Preguntar siempre cómo habla cada personaje, así se evaluará la asociación fonema-grafía.
- Quitarle el apoyo intuitivo: corona, cabeza, piernas, brazos, etc., para quedarnos con la letra, que seguirá siendo el cuerpo del personaje paseando de noche, al que solo podemos ver su vestido blanco. Es la forma de pasar de lo concreto a lo abstracto. El apoyo intuitivo es muy importante al principio, pero si lo prolongáramos, los niños se fijarían únicamente en él y no en la grafía, que es nuestra meta.
- Reconocimiento del cuerpo (la letra) cuando está entre otras muchas. Así los niños realizan el análisis comparativo.

Segunda sesión

- Recuerdo del cuento en un diálogo abierto. Es la expresión oral.
- Afianzamiento de la asociación fonema-grafema (personaje con su forma de hablar). Se trabaja la memoria auditiva y visual.
- Su encuentro con otra letra, caminando hacia la derecha, permite integrar la coordinación con el nuevo sonido, ya que las dos hablan a la vez «porque son muy *charlatanas*». Deben observar la boca del docente y pronunciar a la vez que él.
- Recorrido del camino de un personaje a otro, a distintas velocidades. Lentamente al principio, para darles tiempo a pensar; muy rápido al final para lograr la fusión correcta, bien percibida auditivamente. Se profundiza así en la relación espacio-temporal.
- Surgen las sílabas. Localizarlas en el espacio (dibujadas) y en el tiempo (pronunciando el maestro y los niños palabras que las contengan). Los niños que todavía no han desarrollado un nivel asociativo suficiente no serán capaces de hacer lo que pedimos, y realizarán asociaciones más sencillas.
- Búsqueda y diferenciación de unas sílabas entre otras muchas. Una vez localizadas, jugar a formar nombres con ellas. Por ejemplo, con *pa-pe-pi-po-pu* pueden formar: *pepa-papá-pepe-pupa-pipo-pipa*. Trabajamos el análisis-síntesis y la comprensión lectora, además de la atención.

Tercera sesión

Importantísima, porque es la base para que el niño realice la síntesis de la palabra. Mediante la síntesis comprenderá su significado.

Nunca silabeará, es decir, nunca leerá a golpes, sin relacionar unos sonidos con otros. Aunque un cierto silabeo diluido, poco marcado y relacionando las sílabas entre sí, se mantenga mientras el niño no adquiriera velocidad y seguridad.

Después de varios ejercicios, el niño llega a interiorizar: «Si no leo la palabra entera, no comprendo lo que dice»; y se da cuenta de que la palabra es la unidad básica de comprensión de lectura, hecho determinante para despertar su afición por leer, ya que todos los mensajes escritos que encuentra por la calle — aplicación práctica e inmediata de lo aprendido — son palabras: carnicería, farmacia, mercería, panadería, pastelería, juguetería, librería, hospital, calle, etc.

Hacer juegos en los que vea cómo cambia el significado de una palabra con la modificación de una letra es un ejercicio magnífico para prevenir las inversiones y los cambios u olvidos de letras. Estas palabras se encadenan, derivándose, en muchos casos, de la anteriormente escrita. Pondré dos ejemplos para animaros a realizarlos.

Esta tercera sesión se puede presentar de la siguiente manera:

- Los niños están sentados, como siempre, delante de la pizarra; entonces se dice:
 - Hoy vamos a jugar de otra forma con los personajes, con las letras. Fijaos en lo que voy escribiendo y lo vais leyendo a la vez.

Se escribe lentamente y con letra grande: *papá*.

Cuarta sesión

La propuesta sigue siendo de juego.

- Tener escritas en la pizarra varias palabras que los niños sean capaces de leer. Los niños señalarán aquella que vayamos solicitando.
- Tener escritas varias palabras conocidas entre otras desconocidas para que el niño haga un análisis más minucioso, hasta llegar a la síntesis comprensiva. Buscarlas y leerlas en voz alta.
- Repetir varias palabras iguales entre otras diferentes para que las encuentren.
- Poner una lista de palabras y otra de dibujos. Enfrentarlas de forma que no se correspondan para que ellos establezcan las relaciones correctas.
- Leer las palabras escritas.
- Pedirles que, añadiendo o quitando letras, obtengan otras palabras.

Estos ejercicios son para proponerlos en días sucesivos y aportar, así, más amenidad al mismo tipo de actividades. Se harán repeticiones lúdicas, cada día una diferente.

Quinta sesión

Los niños leen individualmente en su sitio o en grupos de dos o tres, intentando comprender las palabras o frases de la página correspondiente del libro.

Sexta sesión

Se utilizarán los libros del niño, que también tienen posibilidades madurativas, de comprensión, de evaluación, de disfrute. Las comprobaciones individuales pueden hacerse durante toda la semana, evaluando cosas diferentes según la maduración del niño. El hecho de que manejen libros amenos de pequeños hará que se aficionen a ellos.

(Véase el epígrafe: *Cómo trabajar los libros de lectura*).

En el segundo, encarnan determinadas actitudes: sustentan unos criterios valorativos y mantienen unas relaciones humanas comunes (tal y como sucede en la vida diaria).

Las vocales forman la Familia Real: rey, reina y tres hijos, dos de ellos muy traviesos. El hecho de que sea la familia más importante justifica su continua presencia, pues son necesarias para formar todas las palabras.

Lógicamente, las consonantes constituyen el resto de los personajes e irán apareciendo según ejerzan sus distintos trabajos.

Su vida se desenvuelve en su tranquilo país, donde se localiza una pequeña ciudad en la que pueden disfrutar de las delicias del campo: montañas, bosques, ríos, flores, hierba, pájaros y mariposas.

Las dificultades las ponen los gigantes, vecinos amigos en otros tiempos, pero enemigos enconados ahora. El más listo de todos, el mago Catapún, procura fastidiar siempre a las descuidadas letras. Así pueden explicarse las dificultades lectoras: por qué no habla la H, por qué la G tiene dos sonidos, etc. La situación del País de los Gigantes, a la izquierda, justifica que las letras caminen siempre hacia la derecha (dirección de la lectura).

Otro personaje que hay que introducir es el señor Estudioso o maestro, llegado de un lejano país tras recorrer el mundo para buscar la forma de poder escribir lo que piensa. El señor Estudioso tendrá graves preocupaciones cuando la periodista K salga de viaje y no pueda dibujarla ni escribirla. Pero, afortunadamente, unas ayudan a otras y todo queda resuelto.

Más graves son los problemas planteados por los príncipes traviesos E e I con la señora Z, la G, la Q..., aunque también se resolverán con la colaboración general.

Para evitar que los vean los gigantes, los reyes ordenan a los personajes de su país que solamente salgan de noche. Como tropiezan los unos con los otros por la falta de luz, les manda poner unos vestidos blancos y darse la mano para que no se pierdan. Así se justifica que no veamos siempre a las letras con cabeza, brazos y piernas, y sí con sus vestidos blancos (los niños siempre piden que las dibujen enteras). La posición de las manos, siempre preparadas para unirse con la anterior y con la siguiente, justifica los enlaces de unas letras con otras.

La historia que acompaña a cada letra tiene una parte fundamental: la que explica cómo se resuelve el problema de lectura específico. Todo lo demás puede ser utilizado siempre a discreción del profesor:

- De forma continua o discontinua.
- En técnicas de trabajo individual o colectivo.
- Como ejercicios apropiados para estimular la comprensión visual y auditiva, perfeccionar la elocución e incitar al diálogo.
 - Para fomentar la creatividad y la imaginación, por cuanto los mismos niños pueden inventar aventuras, soluciones, dibujos, representaciones, etc.
 - Como medio para introducir valores, actitudes y normas, poniéndolas en boca de los personajes o en sus comportamientos.
 - Para justificar las letras mayúsculas explicando que, cuando van de fiesta, se ponen unos trajes muy elegantes.
 - Cuando introducimos las letras de imprenta, podemos decir que están en pijama y, como ya no salen, no tienen los brazos preparados.

Después de contar una parte de la historia de la letra (la suficiente para despertar su interés) se la presentamos dibujándola en la pizarra de la manera más sencilla posible o mostrando una lámina, mientras hablamos con ellos, procurando llamarles la atención sobre los contenidos que se desea abordar. Así podemos repasar conceptos de esquema corporal, espacio, lateralidad, número, orden, etc.; trabajo que dirigimos principalmente a los niños más lentos. Además, cada una aparece con un apoyo visual, bien en su función, bien en el objeto que la acompaña: las uvas, el aro, el erizo..., que ayudan a reconocerla.

La O:

Responsable, educada, formal, tranquila; preocupada por las travesuras de sus hermanos, procura ayudarles.

La P:

Persona un poco despistada. Ante las desastrosas consecuencias de su comportamiento, reacciona positivamente apoyado por sus vecinos.

La L:

Realiza un trabajo sencillo. El príncipe E no le respeta y habrá de pagar con su trabajo los daños causados. Las cualidades alimenticias de la leche. La prudencia en los niños. Premio y castigo.

La M:

Madre de la familia del panadero, es la causante inconsciente del conflicto con los gigantes. Deberá vigilar sus acciones.

La S:

El silencio es necesario para hacer bien determinados trabajos. El respeto y la colaboración ciudadana nos competen a todos.

La N y la Ñ:

Dos hermanas, una de carácter fuerte y otra débil. Una ayuda a la otra sin dejarse vencer por el miedo ni la pereza.

La LL:

Cumplimiento de un trabajo fatigoso en todo momento. Ayuda de su primo. Educación del loro como animal de compañía.

La T:

Siente gran cariño por los niños. Perder el miedo a los médicos y enfermeras. Tomar los medicamentos prescritos. Conciencia de la necesidad de ir al médico cuando estamos enfermos.

La J:

El cuidado de las plantas: riego, abono, uso de insecticidas, limpieza, invernaderos.

La D:

El ahorro. La función de los bancos y cajas de ahorros. Personas peligrosas que están fuera de la ley.

La Y:

El miedo. La solidaridad y la ayuda entre las personas.

La B:

Importancia de vestir adecuadamente. El trabajo y la vagancia. La imprudencia en las acciones cotidianas.

La V:

El trabajo bien hecho. Servicio o ayuda a los demás. Las vacaciones como recompensa al cansancio.

La Z:

Los buenos modales, el orden y el respeto. El cuidado de los animales y plantas. La sanción.

La C:

La ayuda a los demás. La reacción positiva ante el castigo. Diferenciación entre travieso y malo. Por su procedencia plantea la convivencia con personas de diferentes razas y culturas.

DOS PRIMOS	TEMAS QUE PUEDEN GLOBALIZARSE
El lechero L El portero LL	<ul style="list-style-type: none"> • Los alimentos y los hábitos de alimentación como base del crecimiento y fuente de salud. • La importancia de determinados trabajos para la comunidad. Respeto a la diversidad de profesiones. Evitar la división tradicional de papeles.

OTROS PERSONAJES	TEMAS QUE PUEDEN GLOBALIZARSE
La señorita del silencio S La doctora T El jardinero J El tesorero D La I griega	<ul style="list-style-type: none"> • La salud: acciones que la favorecen y personas encargadas de su cuidado; los médicos. • El entorno y su atención: parques y jardines. Pequeñas responsabilidades en relación con el medio ambiente. • El uso del dinero como valor de intercambio en la sociedad. La importancia del ahorro. • La amistad. Actitud de escucha y respeto a los demás.

DOS HERMANOS	TEMAS QUE PUEDEN GLOBALIZARSE
La presumida B El camarero V	<ul style="list-style-type: none"> • Trabajo responsable; vacaciones y actividades de tiempo libre. • Búsqueda de equilibrio entre la preocupación por uno mismo y por los demás.

OTROS PERSONAJES	TEMAS QUE PUEDEN GLOBALIZARSE
La señorita Z La enfermera C El payaso R y su hermano el atleta R El bombero F La mudita H La enfermera C cuida de la H muda La periodista K El trapecista Q La bibliotecaria G (Tres cuentos) La pequeña X, hermana de la S El marinero W	<ul style="list-style-type: none"> • Actitud de cooperación social. • Pautas de comportamiento y normas básicas de convivencia para respetar la diversidad. • Las diversiones: placer que entrañan y ruido que provocan. Espacios para el ocio y la cultura. • Prevención de peligros. Valoración ajustada de los factores de riesgo de accidentes existentes en el entorno. • Las deficiencias y su aceptación. Rechazo de actitudes discriminatorias. • Los viajes: conocimiento de otras culturas y costumbres. Normas elementales de seguridad vial. • Trabajo físico, trabajo intelectual. • Los niños también ayudan a los demás. • Valoración de la soledad, la convivencia y el intercambio cultural.

Letrilandia 2

Con el primer libro se proporciona la técnica de la lectura. El contenido de este es el siguiente:

- Refuerzo de las sílabas inversas y práctica de las sílabas mixtas, así como de las palabras y las frases que con ellas pueden formarse.
- Sílabas inversas y mixtas dobles: *ins-*, *cons-*, *trans-*...
- Sílabas directas dobles: *bra-bar*, *dra-dar*, *sol-los*...
- Diferenciación entre fonemas muy parecidos en sílabas inversas (*ad-ab*, *az-ad-ac*, *ag-aj*, *as-ax*...), sin cuya distinción no dominarán la ortografía natural y serán incapaces de escribir al dictado correctamente. El docente habrá de conseguir que el niño pronuncie con exactitud, ya que en el lenguaje normalizado no se suele hacer, y lo mismo pronunciamos *lápiz* que *pared* o *lección*, aunque sean totalmente diferentes.
- Diferenciaciones realizadas utilizando siempre la misma vocal. La comparación ha de ser: *ad-az-ac*; *ab-ad*; *ag-aj*; *as-ax*...
- Asociación y diferenciación auditiva y visual; de esta forma leerá y escribirá bien al dictado.
- Diferenciación en sílabas mixtas: *mag-maj-maf-mas-max-mab-mad*...
- Práctica de estos ejercicios en palabras situadas muy cerca unas de otras: *prado-pardo*, *sol-los*, *pluma-pulsera*, *tabla-balsa*, *brazo-barco*, *calvo-clavo*.
- Atención especial a la pronunciación de diptongos en palabras enteras, no permitiéndose la partición ni siquiera con un ligero silabeo: el niño debe pensarla y decirla completa.
- Contiene pequeños poemas sencillos que le harán descubrir la belleza y el ritmo de la lectura, fundamentales para despertar la afición a ella.
- Letras manuscritas y de imprenta. Esto permite alternar el tipo de lecturas sencillas que se intercalan.

Conviene asegurarse de que los niños, al iniciar el segundo libro, no tienen dificultades de dirección y sentido (izquierda-derecha), orden y diferenciación auditiva (más difícil que la visual). Si las tuvieran, es recomendable continuar haciendo ejercicios madurativos de este tipo, y servirse de las letras móviles para realizar con ellas juegos que les faciliten la percepción de un sonido diferenciado, según su colocación.

Es en este libro en el que hacen su aparición las letras de imprenta al lado de las manuscritas. Debemos insistir en aquellas cuya figura es muy diferente: *a*, *p*, *s*, *x*, *b*, *v*, *d*, *l*, *ll*, *f*, *r*, *y*. Las demás no ofrecen ninguna dificultad.

Podemos hacer columnas en la pizarra. En la primera, ponemos letras manuscritas; en la segunda, y en orden diferente, letras de imprenta para que las vayan emparejando. Así evitamos que se confundan los trazos.

Por ejemplo, relacionar (primera columna con letra enlazada, segunda columna de imprenta):

<i>a</i>	f
<i>o</i>	r
<i>z</i>	a
<i>l</i>	s

Lo mismo haremos con palabras escritas mediante los dos tipos de letras.

Las frases las debemos leer nosotros para facilitarles su globalización.

Los marcadores de colores con los que se inician algunas frases sirven de orientación a los niños con tendencia a saltarse líneas (suelen ser pocos). También son útiles para indicarles la copia de determinada frase.

Siguen los ejercicios de atención, pidiéndoles que localicen sílabas inversas mezcladas con otras directas formadas por las mismas letras.

Letrilandia 3

Si en los libros anteriores hemos cultivado la lectura comprensiva desde el principio, esta parte la dedicaremos fundamentalmente a realizar una lectura expresiva. Para esto es necesario que los niños conozcan la función de los distintos signos ortográficos: punto, coma, interrogación, admiración, punto y coma, etc. Todos ellos los presentamos y practicamos a través de las lecturas que se presentan en este volumen.

Las lecturas que encontramos a lo largo de las páginas de este libro son una mezcla de realidad y fantasía, como el mundo del niño en esta edad. Por eso seguimos personificando al Sol, al mar, al aire, a la flor..., porque el niño tiende a humanizar lo que ama, lo que es importante para él. El docente, al comentar las lecturas y entablar el diálogo, sabrá poner cada cosa en su lugar. Este es un libro para disfrutar de la lectura, para aprender a amarla, para poner al niño frente al mundo que ya conoce elementalmente.

Con los textos de la lectura podemos realizar ejercicios como los siguientes:

- Correcta lectura expresiva realizada en voz alta por el docente.
- Hacer a los alumnos preguntas que les lleven a dar importancia a los signos ortográficos: «¿Por qué me he parado un poco?... ¿Por qué lo digo con alegría?... ¿Por qué lo leo en voz más baja?».
- Señalar especialmente los signos ortográficos para destacarlos: encerrar el punto, alargar la coma, repasar con rojo las interrogaciones...
- Lectura silenciosa por parte de los niños.
- Lectura en voz alta por algún niño que reemplazaremos con frecuencia.
- Comentario de texto. Explicación de palabras nuevas, de metáforas sencillas. Puede realizarse también antes de señalar los signos ortográficos.
- Copiar alguna frase e ilustrarla con un dibujo en sus distintas formas: libre, copia, sugerido...
- Elegir tres o cuatro palabras de una lectura y componer frases cortas.
- Completar frases.
- Escuchar algunos días después el texto leído con algunas modificaciones, para que los niños indiquen cuáles son estas diferencias.

No siempre es necesario seguir todos los pasos descritos, sino que se pueden distribuir según los días, lo que dará variedad y atractivo a la lectura.

Los signos de puntuación

Los signos ortográficos son la base de la lectura expresiva.

Su presentación se hará de la misma forma que las letras, convirtiéndolos en personajes. La explicación puede ser como sigue:

Un día, el señor Estudioso escribió muchas frases seguidas. Se las dio al príncipe E para que las leyera, pero al poco rato, este empezó a ponerse rojo, cada vez más rojo, hasta que dejó de leer respirando con angustia.

—¿Qué te pasa? —dijo el señor Estudioso.

—No puedo respirar. Es muy largo lo que tengo que leer y no sé dónde parar.

—Eso te sucede porque eres un niño. Probaré con mi amigo el jardinero.

El jardinero comenzó a leer, y cuando llevaba un rato, cayó al suelo desmayado porque le faltaba la respiración. El señor Estudioso empezó a sospechar que allí debía de faltar algo; probó con la princesa O, advirtiéndole que respirara de vez en cuando. Escuchad lo que ella leyó:

«María comerá un gato... cazaba ratones rojos... son los tomates dan miedo... los leones comen pasteles... los niños...»

El señor Estudioso no le dejó continuar. ¡Qué barbaridades decía!

—Princesa O, he dicho que respíres, pero a tiempo.

—¿Y cómo sé yo cuándo he de hacerlo? —dijo un poco enfadada la princesa.

—Es verdad, es verdad. Pensaré en solucionarlo.

Consultó con el rey U, que le escuchó muy atento.

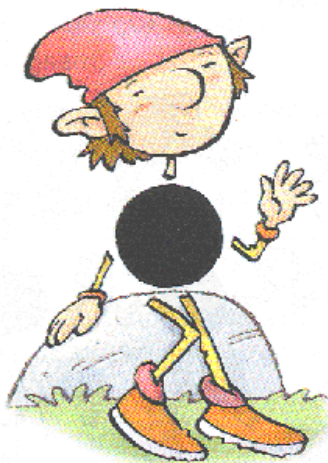
—No te preocupes —le dijo—; llamaré a mis amigos de un país vecino, quienes creo que harán un papel estupendo. Pueden dibujar sus cuerpos y colocarlos entre las palabras. A cada uno le encargas un trabajo especial. Verás qué bien lo hacen.

Una vez que conocieron a esos personajes, los colocaron entre las palabras y la princesa O leyó correctamente:

«María comerá. Un gato cazaba ratones. Rojos son los tomates. Dan miedo los leones. Comen pasteles los niños».

«¡Qué importante es don Tranquilo!», pensó la princesa O. *(Escribir correcta e incorrectamente en la pizarra el pequeño texto u otro similar).*

Los personajes del país vecino eran estos:



Don Tranquilo es tan gordo y tan pequeño que parece una bola. Los mayores lo llaman punto. Se para en todos los sitios. Descansa. «No tengas prisa», te dice cuando lo encuentras.

Doña Seguidilla se viste con traje de etiqueta. Por una parte, se parece un poco al punto y quiere hacer como él: descansar, pero como es tan nerviosa nunca lo hace; se para un poquito con una pierna mientras con la otra sigue caminando. Los mayores la llaman coma.



Don Preguntón es muy curioso. Se quiere enterar de todo. Siempre pregunta. Se parece al príncipe E. Es un despistado. Le gusta mirar las cosas por arriba y por abajo, así que unas veces está derecho y otras tiene los pies hacia arriba y la cabeza en el suelo. Los mayores le llaman interrogación.

Doña Exagerada. Así la llaman, ¡y con razón! Si va a una fiesta, grita loca de alegría: «¡Olé!... ¡Viva!... ¡Qué bien!...».

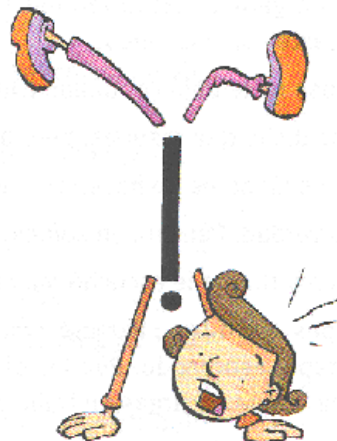
Si alguien se queja o está triste, ella grita: «¡Ay, ay, ay, qué pena tan grande!... ¡Pobrecito!...».

Si ve un ratón, parece que es un león lo que ha visto: «¡Socorro, socorro, que me devora, que me destroza!... ¡Auxiliooooooooo!».

Si ve algo bonito: «¡Oh, qué maravilla... ¡Es precioso!».

Si está cansada: «¡No puedo más!...».

Seguro que tendrá bastante trabajo con el señor Estudioso. Los mayores la llaman admiración.

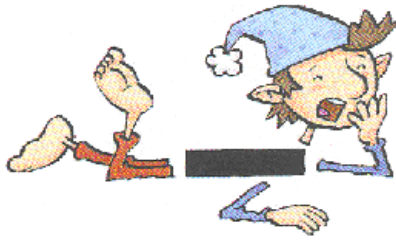


Doña Secretos podía llamarse doña Misterios. Todo le parece que es secreto e importante y que no debe saberlo casi nadie. Por eso siempre habla en voz baja, bajísima, con mucho misterio, aunque no sea una cosa demasiado importante. Los mayores la llaman paréntesis.

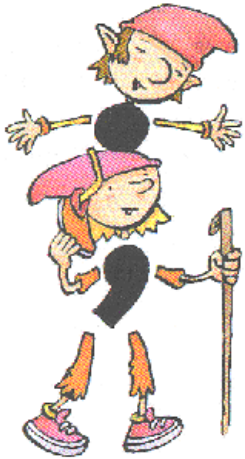
Los Traviesos (según los mayores, puntos suspensivos), como son pequeños, no pueden estar completamente quietos. Así, parece que se paran, pero se quedan como dudando entre seguir jugando o no. Ya veréis el trabajo que darán. Les gusta esconder las cosas; por eso, el señor Estudioso los llama cuando faltan palabras.



Dormilón suele madrugar mucho para estar el primero delante de las personas cuando hablan, y, claro, luego se duerme en cualquier parte. Como además es muy amigo de doña Secretos, y sabe hacer las mismas cosas que ella, la sustituye cuando está cansada. Los mayores le llaman raya.

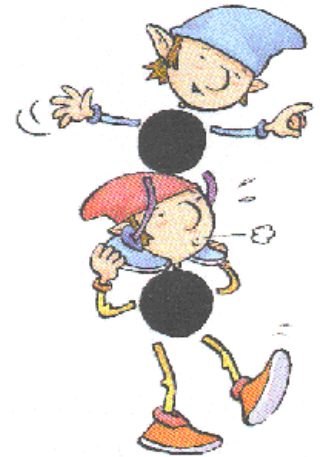


Dormiloncito también prefería estar tumbado sin hacer nada. Para evitarlo, le encargaron que se pusiera en medio de las palabras que están partidas para juntar los dos trozos. Los mayores le llaman guión.



A veces se juntan don Tranquilo y doña Seguidilla y hacen el trabajo de los dos a la vez. En esos casos, los llaman punto y coma.

Otras veces, don Tranquilo lleva a caballo a su hermano. Así los dibujó el señor Estudioso y los llamó dos puntos.



Existe, además, otro personaje: el **Fantasma del castillo**, a quien, aunque siempre se le oye, no siempre se le ve. Su cuerpo pequeño, delgado y torcido se coloca encima de una de las letras de las palabras. Se le vea o no, les da un pequeño coscorrón jugando y, ¡claro!, gritan un poco asustadas. Le llaman acento. Es parecido a la coma, pero siempre está volando. Mirad: *papá*; ¡allí lo vemos! Mirad: *pared*; aquí no lo vemos, pero el coscorrón lo ha recibido la *e*.

Vamos a jugar un poco a ver si lo descubrimos. (*Escribir palabras comunes con acento tipográfico para que vayan fijando su atención en él: médico, lámpara, león...*).

El señor Estudioso repartió el trabajo según el carácter de cada uno, de forma que quedaron así:

— Pondremos a don Tranquilo cuando termine una frase. Él será el encargado de decir: «Se acabó de momento».

— Doña Seguidilla será un poco menos importante; la colocaremos dentro de la frase cuando tengamos que respirar, para que se entienda lo escrito, o para no asfixiarnos como el jardinero.

(*Creo que no es necesario ir diciendo la función de cada uno de los signos de puntuación. Todos sabéis discurrir una explicación breve y poner algunos ejemplos.*)

Debemos alternar razonablemente la presentación de los signos con sesiones de lectura dedicadas a practicarlos. El libro también las contiene. Aunque haya otros signos, tenemos que dar importancia al que hayamos presentado y estemos practicando.

Una forma de hacerlo es señalarlos hasta que los dominen, repasándolos en color, encerrándolos en círculos, etc, especialmente como preparación a la lectura.

Conviene que hagamos lectura colectiva (primero en la pizarra), marcando muy bien los signos de puntuación. Pronto lograremos una lectura expresiva perfecta. No olvidemos que leer muy deprisa resta expresividad.

El País de las Letras y el señor Estudioso

Érase una vez un pequeño país que existió hace muchísimos años cuando había gigantes y magos, duendes y hadas, en la época en que los animales y las letras hablaban. Se llamaba el País de las Letras. Todos los habitantes de este curioso lugar vivían en una ciudad rodeada por verdes campos salpicados de alegres flores de colores. Los bosques les daban sombra cuando el Sol les enviaba demasiado calor; unos riachuelos saltarines les proporcionaban agua fresca para beber y lugar donde jugar o refrescarse mientras chapoteaban y mojaban a los que se habían quedado en la orilla. A veces trataban de cruzarlos, saltando de piedra en piedra, con cuidado de no resbalarse (dramatizar los movimientos de guardar el equilibrio).

En el país vecino vivían los gigantes, que, como todos los gigantes, eran altísimos. Les gustaba divertirse, pero, cuando se enfadaban, pisaban el suelo con tanta fuerza que retumbaban una y otra vez las campanas del País de las Letras, como en los días de fiesta: «Talán-talán..., tolón-tolón..., tilín-tilín...» (imitar el movimiento y el ruido de las campanas).

Un día llegó al País de las Letras un señor bajito y simpático, cubierto por un sombrero y con unas gafas que le daban aire de personaje sabio. Y así era..., pues este señor tenía muchas ganas de aprender y descubrir cosas nuevas; por eso siempre llevaba un lápiz y una libreta en la mano en la que apuntaba todas las maravillas que iba descubriendo a lo largo de sus viajes. Pero de todas las cosas nuevas que iba aprendiendo, lo que más le gustaba eran las historias que escuchaba. «Algún día me olvidaré de todos los cuentos que me han contado», pensaba muy preocupado. «Tengo que encontrar la manera de recordar todas las historias».



Con esta idea en la cabeza, el sabio llegó al País de la Letras.

Paseó por las calles de la pequeña ciudad, observó las costumbres de sus habitantes y se asombró de la forma que tenían sus cuerpos y de la manera de comunicarse. Todos eran distintos y hablaban de forma diferente.

Enseguida se dio cuenta de que, cuando iban varios juntos y hablaban, se oían palabras como las que se decían en el país del señor Estudioso.

Pensó que si dibujaba sus cuerpos y aprendía su forma de hablar, podría escribir, por fin, todos los cuentos y, de ese modo, no los olvidaría. «Así, también los niños podrían disfrutar leyendo todas las historias», pensaba lleno de satisfacción. El señor Estudioso se puso manos a la obra. Sin perder tiempo se dirigió al castillo para que los reyes le autorizaran llevar a cabo el proyecto. Sus majestades aceptaron encantados.

El señor Estudioso dibujó uno a uno a todos los habitantes del País de las Letras, aprendió sus sonidos y los hizo famosos en el mundo entero. También fueron muy conocidas las aventuras sucedidas en este país.

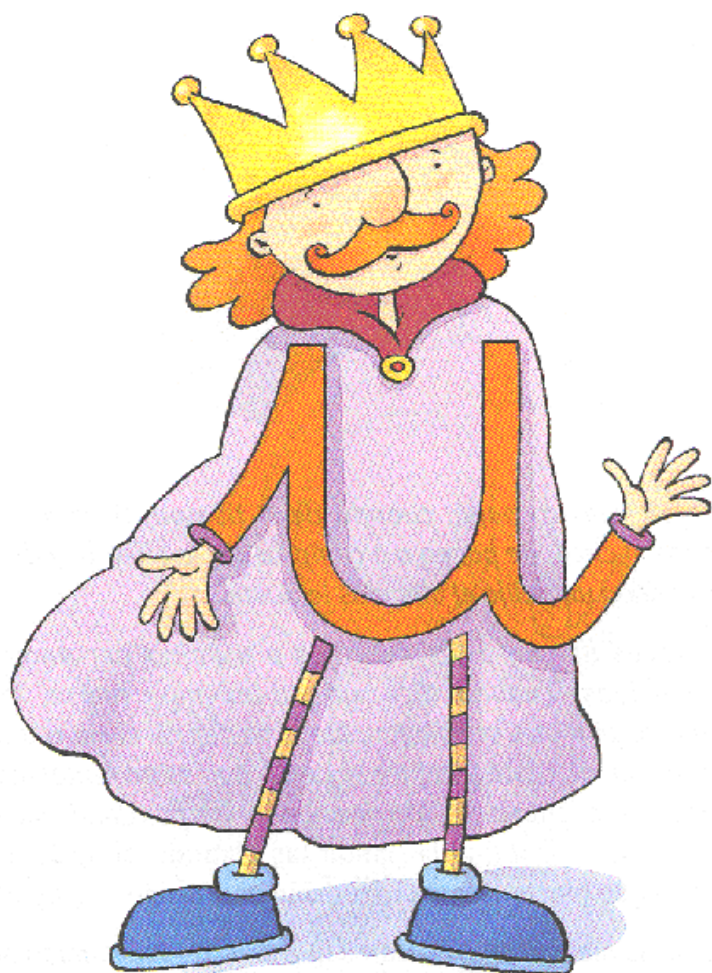
El rey U

En el País de las Letras gobernaban el rey y la reina, que habían tenido tres hijos: un príncipe y dos princesas. Ya os los iré presentando. Los reyes tenían tanto trabajo en el palacio como todos los papás y las mamás del mundo: debían fregar, lavar la ropa, planchar, ir al mercado y hacer la comida. Todas las personas del país los ayudaban con la profesión que habían elegido: jardinero, lechero, panadero, doctora, portero, enfermera, etc.; y los reyes procuraban que todos vivieran en paz y que no les faltara de nada: hospitales, escuelas, carreteras, lugares de diversión, espacios para practicar deporte, etc.

¿Queréis conocerlos a todos? Poco a poco os iré hablando de estos personajes tan diferentes de nosotros en la forma de caminar, vestirse y hablar: ya os contaré por qué. Empezaré por presentaros al rey. ¡Toque de trompeta...! ¡Viene el rey U! ¡Tururú-tururú! (imitar el sonido de la trompeta y el gesto de tocarla. Dibujar al rey U en la pizarra o enseñar una lámina. El rey U es fuerte y le gusta mucho comer, sobre todo las u...vas (alargamiento del sonido). Casi siempre tiene un racimo cerca y suele comer de él hasta cuando está distraído leyendo el periódico. Se pone al lado un cesto de u...vas (dejar que los niños lo adivinen) y se las come sin parar.

El rey está muy orgulloso de su familia. Quiere mucho a la reina y a los príncipes, pero cuando se lleva un disgusto y se enfada, lo expresa de una forma rarísima: «¡U-u-u-u!», que quiere decir: «¡Estoy muy enfadado!» (imitar al rey U. Dramatizar una escena en la que el docente se dirige al rey y le dice muy serio: «Señor, estos niños ya saben como habláis y no se les olvidará... ¿verdad, niños?»).

El rey U, como todas las personajes de su reino, tiene varios trajes. Los conoceremos más adelante. (Poner voz misteriosa). Os voy a enseñar uno muy elegante, pero muy deprisa para que no se entere el rey U. Fijaos (dibujar la U mayúscula). Más adelante os lo dejará ver siempre que queráis (borrarla rápidamente).



Como vuestro papá, cuando tiene tiempo, lleva a sus hijos al circo, de paseo o a comprar algún cuento, y deja que cada uno elija el que más le guste.

A veces juegan a las películas o a imitar personajes conocidos: cuando dice «iu-u-u-u!» muy fuerte, les parece un lobo y se asustan; luego se ríen. Si el «iu-u-u-u-u-u!» suena triste y bajito, se creen que es un fantasma; otras veces suena el ruido que hace el viento cuando silba enfadado: «U-u-u-u-u» (imitar las distintas situaciones haciendo hincapié en la repetición del sonido del rey U).

¡Ah!, se me olvidaba contaros que el rey es muy amigo de un animal que siempre va con él. ¿Adivináis cuál es?... No, no es un pájaro, ni un perro, ni un gato, ni una tortuga. Es un lobo, un lobito bueno que habla igual que el rey: «iU-u-u-u!». Al lobo le gusta mucho comer fruta y, sobre todo, u...vas, como al rey U. Así, siempre que el rey pasea por el jardín con un racimo de uvas en la mano, el lobo aúlla

para que le eche algunas. (Acercarse al personaje y decir con voz misteriosa) El rey U dice que le echa las que vosotros queráis y que las vayáis contando: una, dos, tres... (Imitar la acción de echar las uvas al lobo. La cantidad de uvas siempre será menor de diez). Cuando termina, repite: «iU-u!», que quiere decir: «Muchas gracias». El rey contesta: «iU-u-u-u!», que quiere decir: «De nada amigo», y se va.

Los reyes se encargan de que su país funcione bien y de que no falte de nada.

Intentan resolver las preocupaciones y los problemas de los demás, que muchas veces son difíciles de solucionar. Cuando se cansa de tanto pensar, el rey U dice: «iU-u-u-u! ¡Qué cansado es ser rey! Siempre estoy preocupado por algo. Por ejemplo, ahora pienso: ¿se acordarán de mí estos niños mañana?».

¡No faltaría más!, ¿verdad, niños?

Globalización:

Para comprobar si reconocen las letras, preguntaremos: «¿Cómo habla este personaje?».

Si preguntamos: «¿Quién es?», la respuesta será: el rey, el panadero, etc.

Siempre que los nombremos, uniremos el oficio que desempeñan al sonido para que asocien imagen, función y fonema. Diremos:

— El rey U...

— El panadero P (sonido lo más puro posible).

La reina A

La reina A es alta y alegre (dibujar a la reina en la pizarra o mostrar la lámina. Dejarla fija en el corcho o en la pizarra).

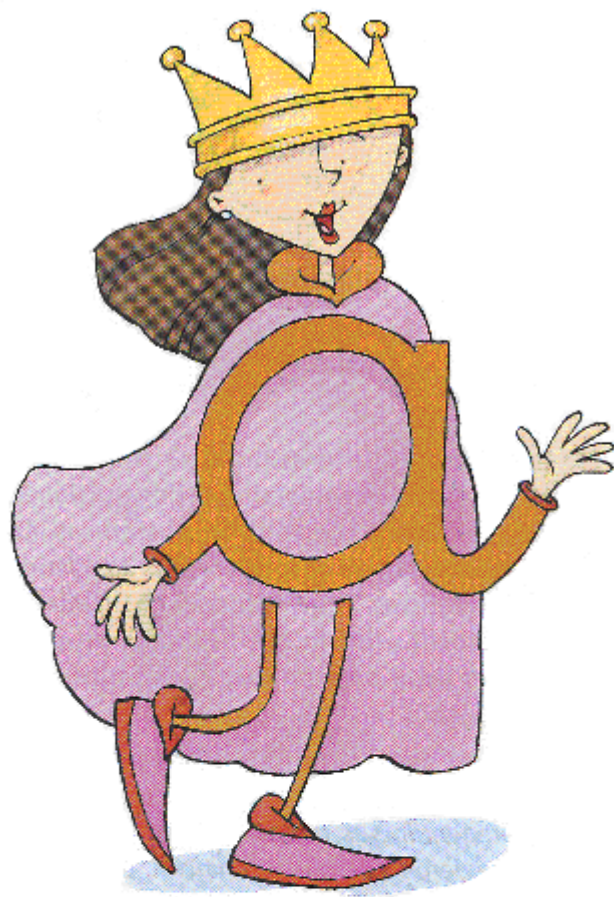
Casi siempre tiene un brazo doblado para llevar un gran cesto de amapolas, que son las flores de su jardín que más le gustan. Como sus hijos saben que le entusiasman las flores de vivos colores, entienden con facilidad sus ia-a-a! de sorpresa o alegría, según sea la flor que encuentre en el jardín. A veces sus «ia..., a..., a..., a!» son de tristeza si ve alguna flor pisoteada o arrancada por el viento (imitar la forma de hablar de la reina).

A la reina le encanta hacer gimnasia y estar en forma. El ejercicio que más le gusta es el que realiza con su aaaro: se lo coloca en la cintura y lo hace bailar dando vueltas y más vueltas; luego en un brazo, en el otro, en una pierna, en la otra...; y cuando termina, está cansadísima.

Le resulta tan divertido que otros días lo lanza a rodar por una cuesta abajo y ella corre detrás intentando cogerlo, pero casi nunca puede. Lo que sí consigue haciendo ejercicio es estar en forma y sentirse más fuerte.

La reina A gobierna el País de las Letras con el rey U, y todos la quieren y la respetan. A ella le gustaría que os llevaseis tan bien en clase como los habitantes de su país, y que os ayudaseis en las tareas escolares (imitar los gestos y el tono de voz de la reina A expresando distintos estados de ánimo, para fijar imagen y sonido).

Ya sabéis que a la reina A le encantan las flores, y como es muy trabajadora, todos los años, en primavera, organiza una exposición de flores en el jardín: azucenas, amapolas, azaleas... Además sabe hacer exquisitos



postres: frutas en almíbar, crema de albaricoque, galletas de almendras y avellanas..., que le salen muy bien con la ayuda de su marido. Luego los prueban entre los dos: «¡A-a-a!, ¡está tan rico!» o «¡Vamos a comer un poco más!». Y él contesta: «¡U-u-u!», que quiere decir: «¡Ya estoy lleno!».

Por la noche está tan cansada que dice: «¡A-a-a!, ¡qué cansada estoy, pero qué cansada estoy...!»; entonces el rey le habla dulcemente: «¡U-u-u!, descansa cariño, que yo cuidaré de que nadie te moleste». Cierran un poco las ventanas y así, a oscuras, se van a dormir.

Nosotros también vamos a descansar un poco y nos quedamos en silencio para no despertar a la reina A.

Mañana os presentaré a una de las princesas, pero antes os voy a enseñar a los reyes de noche, cuando solo se les ve el vestido, para saber si ya los conocéis (dibujar en la pizarra).

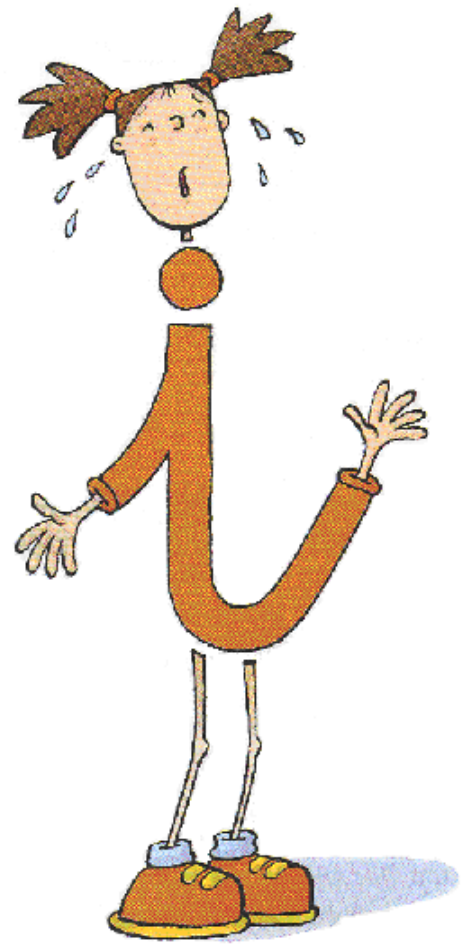
La princesa I

Esta es la princesa I (enseñar al personaje para que puedan observarla y entablar el diálogo). ¿Sabéis qué son esos puntitos?... Lágrimas. Sí, sí, lágrimas. ¿Y esos charcos que hay debajo de la princesa?... Los charcos que hacen sus lágrimas. ¡Qué barbaridad!... ¡Cuánto debe llorar!, ¿verdad?... Hasta las hormigas se esconden cuando ella llega para no morir ahogadas. Un poco exagerado, ¿no?

La princesa I es la persona más delgada de toda la Familia Real. Nació tan delgada que toda la ropa que habían preparado sus padres le quedaba grande. Los médicos tuvieron que cuidarla mucho, porque algunos alimentos le sentaban mal y la pobre siempre lloraba «iiii..., iii..., iii..., iii...!». Casi nunca terminaba los biberones que le preparaban sus papás, y siguió tan delgada que se le quedó la voz muy fina: «lil..., lil...» (imitar el sonido de la letra).

Al hacerse mayor, seguía comiendo poco. No le gustaba la verdura, ni el pescado, ni los garbanzos, ni el arroz, ni el queso. Así creció delgadísima y de tan mal humor que por todo lloraba. Si sus papás le hablaban, creía que la estaban regañando y se escondía para llorar: «lil..., lil...»; cuando sus hermanos, el príncipe E y la princesa O, cogían sus juguetes, lloraba muy fuerte: «lilil..., lilil...!». Pero era muy activa, y tan ágil que nunca se estaba quieta. Por eso acababa cansada de correr de aquí para allá; entonces se quejaba en voz baja: «lil..., lil..., lil».

A veces, cuando se ponía nerviosa, chillaba igual que un ratón: «lilil..., lil..., lil!». Tanto chillaba y tan fuerte que los ratoncitos salían de sus agujeros pensando que había llegado de visita algún pariente ratón de otra ciudad. Al ver a la princesa, se acercaban a ella, pues les daba los trocitos de queso que no se había comido. Cuando su



mamá le preparaba el bocadillo de la merienda, la princesa llamaba con su iiii... iiii! a los ratones amigos para darles miguitas de pan.

A la princesa lo que menos le gustaba era la hora del baño. Todos los días su mamá tenía que buscarla por el jardín. Cuando la encontraba, ella protestaba con su fina voz: «lilil... lilil... iiii!».

Normalmente, la princesa juega con su iguana o con su hermano el príncipe. Juntos traman numerosas aventuras: desde pintarse la cara como si fueran miembros de una tribu india, hasta llenar todo el palacio de harina jugando a ser esquiadores. En las ocasiones en que sus padres, los reyes, tienen mucho trabajo, salen de paseo con su cuidadora, a la que, a veces, no hacen mucho caso...

¡Los dos hermanos traen a todo el mundo de cabeza!

Mañana os presentaré a otro miembro de la Familia Real, pero antes os mostraré a la princesa I y a sus padres de noche, cuando solo se les ve el vestido, para saber si ya los conocéis (dibujar en la pizarra).

La princesa O

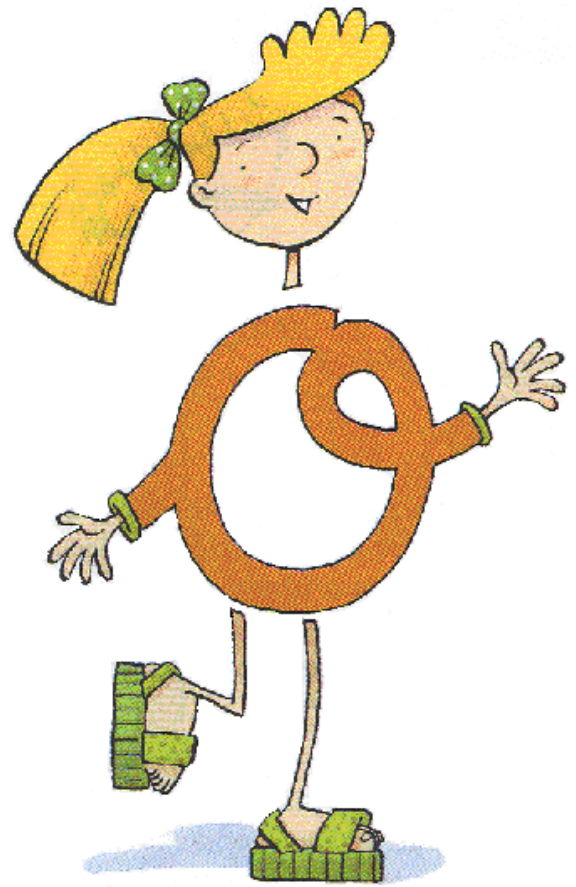
La princesa O es la hija mayor de los reyes del País de las Letras. ¿Os la enseño?... ¿Os la dibujo?... (Optar por la opción que cada docente prefiera. A los niños les encanta ver cómo van surgiendo en la pizarra las figuras de los personajes).

¿A quién se parece esta niña?... Fijaos bien..., se parece a su mamá, la reina A, ¿no? Como ella, es inteligente, trabajadora, responsable, formal y también juguetona. Disfruta comiendo los dulces que le prepara su mamá. Cuando ve un pastel, dice: «¡Oooo..., oooo..., oooo...!» y su boca se pone redonda, redonda... y su barriga también.

A ver si nosotros ponemos la boca igual y con los brazos hacemos la forma de la barriga llena, así... Ahora hablamos como ella: «Ooo..., ooo..., ooo». ¡Muy bien! Todos se van a creer que hay muchas princesas O, y ella se reirá: «Ooo...,ooo...,ooo» (tono de risa); más fuerte: «¡Ooo...,ooo!»; despacio, porque se cansa: «Ooo..., ooo...».

Su juguete preferido es un oso de peluche que siempre lleva encima. Con él come, juega y duerme: Cuando lo llama, dice: «¡Oooooito!» y le sale muy bien, sobre todo lo primero: «¡Oooooo!» (invitar a los niños a llamar al oso como hace la princesa).

Sus papás están muy contentos por lo cariñosa que es, pero algunas veces tienen que llamarle la atención porque come demasiados dulces y se le van a estropear los dientes y las muelas. El rey dice: «¡Uuu..., uuu...!» que quiere decir: «No comas tanto». La reina le dice: «¡Aaa..., aaa..., aaa!»: «Te va a hacer daño...». La princesa O les mira y, al final, en lugar de enfadarse, rompe a reír fuerte, muy fuerte: «¡Ooo..., ooo..., ooo!» La reina también se ríe: «¡Aaa..., aaa..., aaa!» y hasta el rey las acompaña con su extraña risa: «¡Uuu..., uuu...!» (proponer a los niños que



A la princesa O le encantan los juegos de mesa, como el juego de la oca.

Cuando la Familia Real se va de vacaciones al mar, la princesa prefiere jugar con las ooolas (prolongar mucho la o). Tira la pelota y las ooolas se la devuelven. Se agacha y las ooolas pasan por encima de ella. Da pequeños saltos y las ooolas pasan por debajo. También tiene una tabla como un patín, en la que se sube para que las alas la lleven hasta la orilla. A veces se cae y se da un buen remojón, pero no le importa ni le preocupa, porque sabe nadar muy bien.

Como es la mayor, cuida de sus hermanos, que son muy traviosos y siempre se están metiendo en líos. La princesa O quiere mucho a sus hermanos y se lleva muy bien con ellos.

Tenéis que aprender a reconocer a la princesa O solamente por su vestido. Pronto os contaré por qué (puede adelantarse la explicación de la enemistad de los gigantes, que causa que las letras salgan de noche y eso hace que solo les veamos el vestido. La explicación está

El príncipe E

El príncipe E es el segundo hijo de los reyes del País de las Letras. Os lo voy a presentar enseguida para que lo conozcáis (dibujar en la pizarra o mostrar lámina). Los pelos tan revueltos le dan un aspecto muy travieso. En realidad no para un momento, siempre está corriendo de un sitio para otro.

Le gusta mirarlo todo con detenimiento antes que nadie, porque es muy curioso y siempre está preguntando para qué sirven las cosas y cómo funcionan.

Además, como es muy despistado, no se da cuenta de cuándo le llaman. Nunca se entera a la primera. «¿Eh?», dice. «¿Eh?», contesta. «¿Eh?», responde siempre dos o tres veces antes de enterarse de lo que le dicen. Por eso le llaman príncipe E.

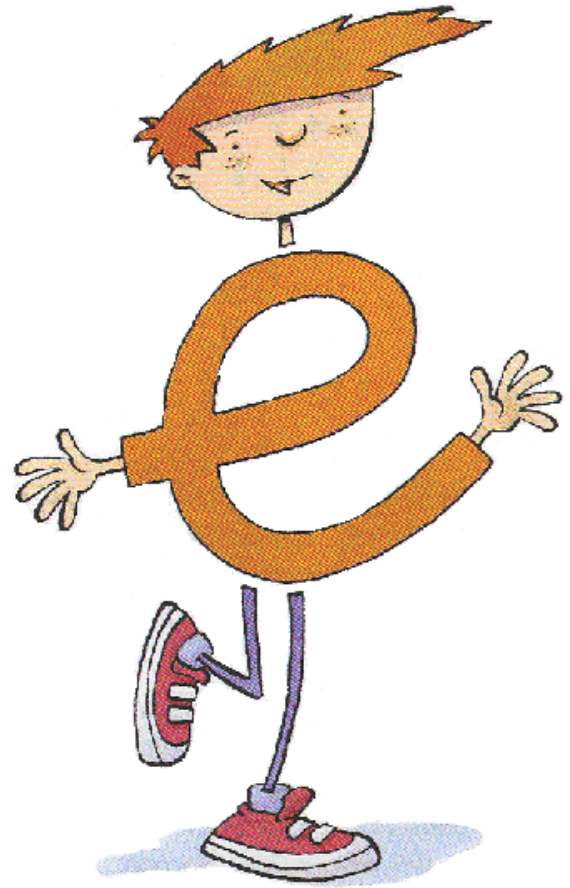
Como es tan inquieto, prefiere estar en el jardín de palacio que en su habitación. Es el que mejor conoce todos los rincones. Pero, como es muy despistado, a veces mete el pie donde no debe, o pisa las flores sin darse cuenta.

Por eso, el jardinero tiene que estar pendiente de que no se haga daño al tropezar con una piedra o de que no se caiga al estanque de cabeza.

Cuando era pequeño le regalaron un elefante de verdad, y desde entonces es su mejor amigo, aunque ahora el animal sea enorme. Todos conocen al elefante del príncipe y nadie se asusta, e incluso el erizo con el que una noche tropezó en el jardín y se pinchó haciéndose bastante daño; son ahora muy buenos amigos.

Cuando el príncipe E se quiere montar encima del elefante, este se pone de rodillas para que él se suba como si estuviese ascendiendo a una montaña. Al llegar arriba, dice muy fuerte: «¡Timbo, arriba, levanta!», y Timbo se levanta obediente y empieza a caminar. Así pasan horas y horas sin cansarse ninguno de los dos.

Al príncipe le encanta estar subido a Timbo porque desde ahí arriba dice que ve muy requetebien todas las cosas que están más altas que él. Ve las peras maduras de los árboles y ¡puede cogérlas!... ¡Qué ricas! Ve los nidos de



los pájaros y cómo nacen los polluelos rompiendo un poco los huevos con el pico... Ve las campanas de la torre que saltan de alegría: «¡Talán, talán, talán!» (invitar a los niños que imaginen otras cosas que el príncipe podría ver desde arriba).

Cuando sus hermanas le pedían una pera o que las subiera un rato al elefante, se hacía el despistado con su acostumbrado: «¿Eh? ¡Estoy tan alto que no oigo nada!».

Entonces, sus padres le advirtieron que si no dejaba jugar a las princesas llevarían el elefante a un circo, y el príncipe no tuvo más remedio que dejarlas subir. La princesa O se cansó mucho al intentarlo y luego se cayó rodando por la cola cuando el elefante echó a andar, así que dijo enfadada: «Esto es muy cansado, me aburro y no quiero intentarlo más». En cambio, la princesa I subía y bajaba muy deprisa sin caerse.

En verano, el elefante se colocaba al lado de la piscina y los príncipes, al deslizarse por la trompa como un tobogán, caían dentro del agua con gran alegría y alboroto.

Otras veces, si habían jugado mucho y estaban llenos de polvo o de barro, el elefante llenaba su trompa de agua y, cuando estaban descuidados, les daba una ducha: «¡Qué bien! ¡Qué divertido!», decían E e I, y volvían a empezar.

Como ya conocemos a los reyes y a sus hijos, mañana empezaremos a saber quiénes son los demás personajes del reino. ¿De acuerdo?

El peluquero P que luego fue panadero

Cuando la gente del País de las Letras quería arreglarse el pelo, afeitarse la barba o el bigote, ¿adónde creéis que iría? A la peluquería, claro. Pero el problema era que allí no había peluqueros y esto preocupaba a los reyes.

Pidieron voluntarios y fueron varios los que se ofrecieron para realizar el trabajo, pero todos lo hacían tan mal que duraban muy poco tiempo.

El último que se presentó fue el señor P (fonema: labios apretados y explosivos), porque creyó que, como con su forma de hablar se podía decir pppppeluquería (marcar el sonido), lo iba a hacer muy bien. Empezó su trabajo y todos salieron contentos: lavaba, peinaba, cortaba el pelo y cobraba poco dinero.

Todo fue bien hasta que un día el señor P, que estaba muy cansado porque había dormido poco, se despistó y todo le salió mal. Primero entró una señora a rizarse el pelo; se lo cortó tan corto, tan corto, que casi parecía calva. ¡Qué disgusto el de la señora!... Lloró, se enfadó, gritó, pero aquello ya no tenía remedio. Y después entró un señor a cortarse el pelo, pero él se lo rizó como a una señora y le preguntó si quería que le hiciese un moño. ¡Huy!, aquel señor salió corriendo de la peluquería y no volvió más.

Como no dejaba de tener despistes, los reyes sugirieron al señor P que dejase la peluquería y se buscase otro trabajo. El señor P pidió ppperdón y se fue a su casa.

Habló con su familia y le convencieron de que, para que la gente lo perdonase y estuviese contenta, lo mejor era que pusiese una ppanadería-pppastelería. La gente siempre entra contenta en las pastelerías a comprar pasteles, caramelos, chokolatinas y... ¡decidlo vosotras! ¿Qué otras cosas se pueden comprar en una pastelería? ¡Muy bien! (nombrar otros dulces).



Así fue como el peluquero se convirtió en el panadero P (Dibujar el personaje o mostrar la lámina). Empezó a elaborar unos pasteles riquísimos y muy baratos. Tan contentos quedaron los habitantes del País de las Letras que pronto se olvidaron de sus despistes.

Por las mañanas, a la hora del desayuno, el panadero P se dirigía al castillo a llevar a la Familia Real los bollos recién sacados del horno o una tarta para el postre o porras y picatostes para el chocolate de la merienda. ¡Ah!, pero después de comer tan deliciosos dulces siempre se lavaban los dientes para evitar que se les estropeasen.

Al llegar al castillo, habla un rato con cada miembro de la Familia Real para enterarse de lo que más les gusta. Son tan parlanchines que, cuando se juntan, hablan todos a la vez. El panadero P dice: «Pppp...» que quiere decir «¡Buenos días!» y el rey U contesta: «U-u-u-u...»: «¡Buenos días!». Pero uno no espera a que salude el otro

para contestar, sino que hablan los dos al mismo tiempo. Es muy divertido escucharles: «Pa..., pe..., pí..., po..., pu...» (animar a los niños a preparar los labios para saludar también).

Cuando hablan varios juntos, dicen cosas que se entienden, como papá..., pepa..., pío..., pupa..., pipa... y otras muchas. Si al panadero P le acompaña su mujer, aún dirán muchas más... Otro día os la presentaré y hablaremos con ellos.

Tenéis que saber que, desde que los gigantes se enfadaron, nadie puede caminar hacia el País de los Gigantes, que está a la izquierda, porque ellos esperan mandarles un viento helado que los pondrá muy enfermos. El señor P y todas las letras caminan siempre hacia la derecha; sus pies nos lo dicen. No lo hagáis nunca hacia el otro lado porque, ¡pobrecitos!, ¡no sé qué sería de ellos!

Globalización:

Para diferenciar la P de la M pronunciaremos la primera exagerando la explosión después de apretar fuertemente los labios e hinchar los carrillos, como si fuéramos a dar un beso sonoro.

Decimos: «Los papás tienen mucha fuerza y el señor P da los besos muy fuertes, muy fuertes».

Cuando expliquemos la M, diremos: «La señora M es la mamá y besa suavemente, suavemente. Junta los labios sin apretarlos y da un beso silencioso para no despertar a sus hijitos: mmmm, mmmmm».

Pepa, papá, pipa, pupa, upa, aupa, pie.

El lechero L

Los niños del País de las Letras crecían sanos y fuertes gracias al lechero L, porque la leche es un alimento muy importante. Nuestro llllechero, señor L, hacía mantequilla con la leche que le sobraba y se la vendía al pastelero... ¿Quién es el pastelero? (esperar la respuesta del grupo). El señor P, ¡inaturalmente!

El lechero L preparaba batidos, que llevaba a la doctora para que se los recetase a los niños enfermos, y hacía queso para vender, porque el queso es muy nutritivo y pone tan fuerte como la leche.

Todas las mañanas, el lechero L se levantaba muy temprano para ordeñar las vacas. ¿Quién sabe qué es ordeñar vacas?... Sacarles la leche. Muy bien. La ponía en lecheras y la llevaba con un carro por la ciudad. Ahora ya no se compra así la leche, ¿verdad?

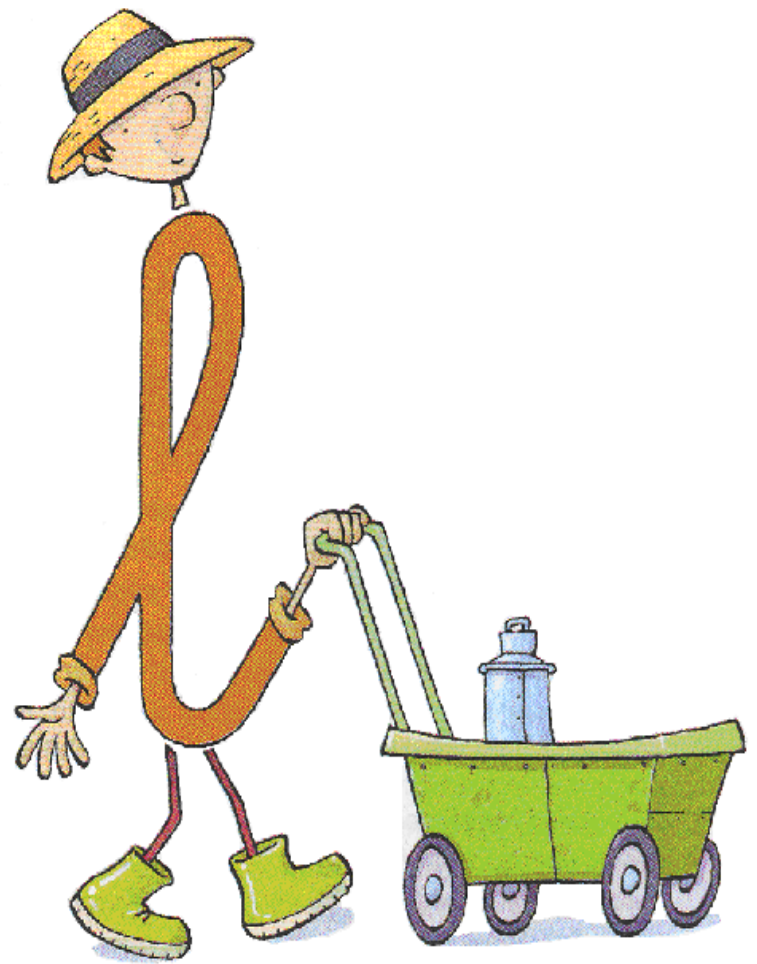
Al llegar cerca de las casas de sus clientes, gritaba: «¡Lllllllleeecheerooo!». La gente dejaba sus trabajos y salía a la calle a comprar la leche necesaria para su familia.

Los reyes hacían lo mismo, porque también necesitaban leche para sus hijos. A la princesa O y al príncipe E les encantaba la leche fría. La tomaban a la hora de comer como si fuese agua. La princesa I solo tomaba medio vaso, porque, como era tan delgada, enseguida se llenaba.

Con ella también hacían ricos flanes, natillas o chocolate para mojar los picatostes que el panadero P les llevaba cada mañana.

¡Qué ricos, pero qué ricos que estaban! Hasta la princesa I se alegraba cuando sus padres preparaban aquellos deliciosos postres.

El príncipe E, tan travieso como siempre, un día quiso levantar la pesada lechera que el señor L había dejado en el jardín. Cuando ya había conseguido levantarla, tropezó y se cayó, y con él la lechera y la leche. Parecía que se había dado una ducha de nieve, con toda la leche por encima. ¡Estaba tan blanco!



Un perro que había por allí, se acercó a lamer toda la ropa del travieso príncipe E. Como siempre, acabó en la ducha. Tuvieron que ponerle ropa limpia. El rey U pagó la leche que se había caído, pero luego el príncipe tuvo que ir devolviendo poco a poco a sus papás lo que valía la leche derramada, quitándolo de sus propinas. Era justo. Así aprendería a ser más cuidadoso.

Normalmente, cuando el lechero terminaba su trabajo, se iba al huerto a cultivar y coger llllechugas, que le encantaban en la ensalada. Un día se llevó de paseo a las vacas. Las dejó a la orilla del río pastando, pero, cuando se dio cuenta, ya las tenía dentro del huerto comiéndose las lechugas, así, solas, aunque no estuvieran en la

ensalada... No pudo enfadarse, pues la culpa era suya por no tener más cuidado. Otra vez las dejaría atadas para que no hiciesen travesuras.

Fijaos en que, para hablar como el llllechero, tenemos que tener la boca abierta y la punta de la lengua detrás de los dientes superiores. Hagamos nosotros de lechero y gritemos como él: «¡llllecheeeerooo, llllecheeeeroooo, rica llllecheee! ¡Llevo nata, mantequilla y queso! ¡Lllecherol!».

Vamos a ver qué podemos decir cuando va en compañía de los reyes y de sus hijos. Fijaos bien porque, cuando lo conozcáis, os presentaré a un primo suyo que es el portero del palacio de los reyes.

Globalización:

Palo, polo, lupa, pala, ola, lila, papel, ala.

La señora de la montaña: la M (I)

Hoy voy a contaros la historia de una de las letras: la señora M, a la que todo el mundo conoce como la señora de la mmmmontaña (prolongar siempre el primer sonido de la palabra que la caracteriza, en este caso la montaña. Buscar palabras que contengan esa letra, como: mamá, mesa, miel, melocotón, muela. Prolongar el fonema en todas las palabras. Nos interesa que los niños lo perciban bien para luego repetirlo correctamente. Describir la letra: cuerpo ancho, parece que está hecho con tres bastoncitos como los de los abuelos, o que tres montañas se dan la mano).

Cuando la señora de la montaña habla sola, solo sabe decir: «Mmmmm» (sonido fónico. Repetir varias veces el sonido cerrando bien la boca y juntando los labios. Decir palabras prolongando el sonido de la m).

La señora M vivía feliz con su marido el panadero P y sus dos hijas gemelas, que otro día os presentaré, en la ciudad. Un domingo, madre e hijas decidieron salir de excursión al campo que estaba cerca de un espeso bosque que había al lado de las montañas. Después de comer, la señora M dijo a las gemelas:

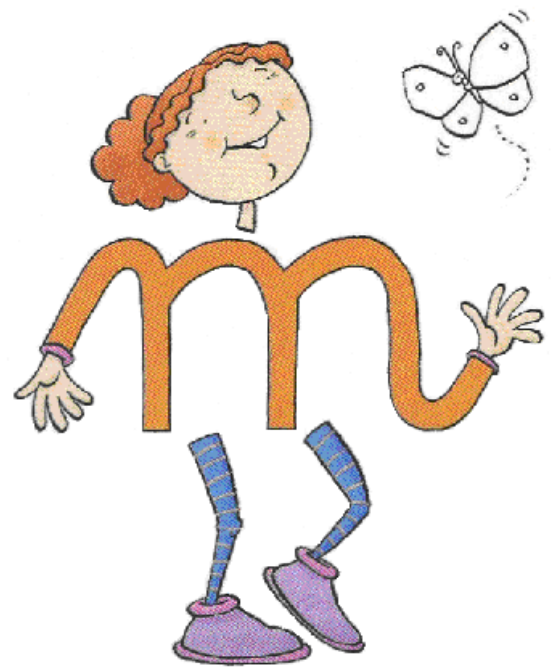
—Mientras vosotras descansáis un rato, yo voy a subir a lo alto de la montaña para ver el paisaje.

—Bien, mamá, contestaron las niñas.

La señora M se alejó hasta perderse de vista. Como las niñas no tenían sueño, se cansaron de estar acostadas, así que se levantaron y se pusieron a jugar. Pero, al verse solas, pensaron que ellas también podían hacer una excursión al bosque cercano. Empezaron el camino y, al poco rato, los árboles las ocultaron.

Mientras tanto, la señora M había llegado a lo alto de la montaña y estaba feliz contemplando el hermoso paisaje: a la derecha, el País de las Letras con todas sus casitas, entre las que destacaba el palacio de los reyes. A la izquierda, el País de los Gigantes se veía a lo lejos. En el centro, el frondoso bosque de árboles altísimos parecía una alfombra verde. Y al terminar el bosque se podía ver una inmensa mancha azul. «¡El mar!...», suspiró, «¡Qué hermosa es el mar!...». Se sentó un rato para contemplarlo y soñar que navegaba por él.

El tiempo pasó muy deprisa y el Sol comenzó a esconderse. Estaba mirando cómo se ponía el Sol,



cuando le pareció ver volar una flor. ¡Qué raro!, pero la flor desapareció. Empezó a descender de la montaña y otra vez vio volar aquella cosa. ¡Era tan bonita y tenía tanto colorido! «¿Desde cuándo vuelan las flores?...», se dijo: «Estoy viendo tonterías». Siguió bajando y la flor se posó en el hombro.

Al mirarla, pudo ver que aquella cosa tenía un cuerpo largo y pequeño, unas diminutas antenas que salían de su cabeza y unas alas de muchos colores y dibujos extraños que se movían sin cesar. «¡Qué raro!, nunca había encontrado un animal tan pequeño y tan lindo», dijo. «¿Qué será? En algún sitio he visto dibujado algo parecido».

Recordando, recordando, se dio cuenta de que había muchos dibujos así en un precioso cuadro de palacio.

El pequeño animal acarició con sus alas la cara de la señora M y se quedó sobre su pecho como si fuera un alfiler de adorno. La señora M era feliz. ¿Cómo se llamaría?... ¿Habría venido del mar?... Como no conseguía recordar su nombre, decidió llamarla maryrosa, porque llegaba del mar y parecía una rosa. Luego pudo comprobar que casi, casi había acertado, porque era una... ¡mariposa! (animar a que los niños digan el nombre del animal). La señora M no podía conocerla porque en el País de las Letras no existían mariposas. Llegó muy feliz al lugar donde había dejado a sus niñas; sin embargo,... no las vio. Empezó a llamarlas, pero... no contestaron. El Sol ya se había escondido del todo y comenzaba a anochecer. Muy preocupada, las buscó por todas partes.

¿Qué pasará?... ¿Las encontrará? Ya lo sabremos. Pero, para que no estéis preocupados, os adelanto que sí las encontró.

Ahora buscamos nosotros a la M entre otras letras y la encerramos siempre que la encontremos. Además diremos su nombre: «Mmmmm...», «mmmm...», que quiere decir: «Gracias, preciosos, no me olvidéis.» Mañana os contaré lo que sucedió con la mariposa.

La señora de la montaña: la M (II)

Un día la señora M, muy contenta, se fue al palacio a enseñar a los reyes su descubrimiento: la mariposa. Pero sí, sí..., ¡la que se armó!

Los gigantes, que estaban jugando con los niños del País de las Letras, al ver a la señora M con su mariposa volando al lado gritaron asustados: «¡Socorro!..., ¡socorro!...». Todos miraban y no sabían qué pasaba.

Salieron corriendo y a su paso iban destruyendo todo lo que encontraban: jardines, árboles, sillas y mesas de las cafeterías..., hasta derribaban a las personas que se cruzaban con ellos. ¿Sabéis por qué?... Porque los gigantes, que solo tenían miedo a una cosa, pero además un miedo terrible, se volvían como locos, y esa cosa era un animal pequeño y bonito. ¿Qué será?... ¡justo!, las mariposas. ¡Qué tontería!, ¿verdad?

El caso es que los gigantes creyeron que lo habían hecho para asustarlos. Se enfadaron muchísimo con todos, amenazaron con destruir el país y acabar con los que se atrevieran a pasar a su territorio. Les dijeron que siempre estarían atentos para hacerles todo el daño que pudiesen.

Los reyes ordenaron que nadie caminase nunca hacia el País de los Gigantes, donde el mago Catapún, su rey, estaba alerta noche y día.

Mandaron plantar muchísimos árboles, muy altos, para que rodeasen y protegiesen el País de las Letras. Entonces, el mago Catapún ordenó a los gigantes que soplaran fuerte, fuerte, por su gran boca, por entre los árboles, y que mandasen un viento de los más fríos del invierno. Así, las letras enfermarían.

Nuestros buenos reyes, al darse cuenta de lo que pretendían, ordenaron que nadie mirase hacia el País de los Gigantes para evitar los catarros, las anginas y las pulmonías que el viento frío trae en invierno. Casi todos obedecieron; pero una letra, que no se había enterado de la prohibición, caminó hacia el País de los Gigantes.

Todos se pusieron a soplar tan fuerte y tan frío que enfermó gravemente. Se curó después de mucho tiempo, pero se quedó mudita para siempre. Un día os la presentaré y, cuando la veáis, os acordaréis de taparos la boca durante el invierno, como os dicen vuestros papás.

Los reyes pidieron también que todos saliesen por la noche para que los gigantes no los viesen, pero... ¡se daban cada coscorrón!

Pensando, pensando, hallaron una solución: que todos se vistiesen con trajes blancos. Así lo hicieron. Los gigantes, que esperaban vigilando de noche y de día, creyeron que todas las letras habían muerto y lo que veían eran fantasmas que venían a vivir a ese país. ¡Se dieron un susto tremendo!

Los reyes mandaron a la señora M a vivir a la montaña, para que desde allí vigilase el País de los Gigantes y avisase en caso de peligro. También debía hacerlo si observaba algún principio de incendio en el bosque. Ella aceptó muy contenta el cargo de vigilante y guardabosque, porque le encantaba vivir en el campo, rodeada de árboles, cielo y pájaros. Como le gustaban mucho los animales, pensó que viviendo en la montaña podría tener unos cuantos para cuidarlos.

Reunida la familia, decidieron que lo mejor sería tener unas ovejas, unas cabras y una vaca. También consiguieron un perro al que llamaron Chispa, porque corría y saltaba sin parar. Era muy listo y, enseguida, aprendió a cuidar del rebaño.

Las niñas estaban encantadas —a todos los niños les gusta tener animales—; solamente el señor P temía que fuese demasiado trabajo, ya que él estaba casi todo el día en la ciudad y no podría ayudar demasiado.

Decidieron construir una cerca muy grande para evitar que los animales pudieran escaparse. Las niñas saltaron de alegría: ¡por fin tendrían un perro! ¡Lo habían pedido tantas veces...!

Todos los habitantes del País de las Letras colaboraron en la construcción de la cerca, buscando en el bosque los árboles caídos o eligiendo los que podían utilizar sin hacer daño a los demás. También, decidieron plantar tantos árboles como cortaran. De esta forma, el bosque nunca sería más pequeño y siempre tendrían aire puro.

Con la leche que obtenían de ordeñar a los animales hacían queso de muchas clases: de sabor suave, como los quesitos, de sabor un poco más fuerte y otro con la

leche de oveja que sabía muy fuerte y picaba en la lengua al comerlo. Otras veces hacían mantequilla con la nata, y ricos yogures.

La doctora del país estaba encantada y recomendó a todos que los comiesen, porque así crecerían sanos, tendrían los huesos fuertes y los dientes duros.

Así fue como nuestra querida señora M se convirtió, por su gusto, en pastora y guardabosques (explicar el significado).

Globalización:

Mamá, mima, mimo, mía, a mí, amo, mamo, momo, pomo, puma, mapa, amapola.

La señorita del silencio S

Un día llegó un circo al País de las Letras. Veréis lo que pasó: el primer día fue gente a ver la función, pero no demasiada. Los del circo pensaron: «Mañana, cuando se enteren de lo bonita que es, vendrá todo el mundo». Pero al día siguiente fue menos gente que el primer día. Al tercer día, menos aún, y así siguieron durante tres o cuatro días. El director del circo pensaba: «Esta es mi ruina, no saco dinero ni para dar de comer a los leones. Organizaremos un desfile y así todo el mundo sabrá cuántas cosas divertidas tenemos y vendrán a vernos».

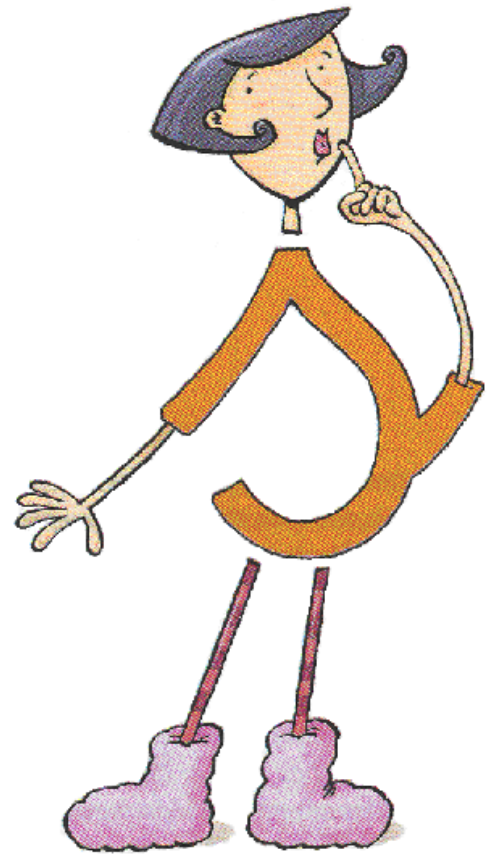
Así se hizo; organizaron un gran desfile lleno de color y de música. Las trompetas iban delante: itararfiil, tararfiil; seguían los tambores: ipon..., pon..., porrorrón, pon, pon!; detrás, los platillos: ichfiin..., chfiiin..., chfiiin...!

Detrás de la caravana iba un empleado del circo, vestido de manera extravagante, gritando: «Vengan, señores, vengan a ver el maravilloso circo Rojo-Azul (así se llamaba). Podrán contemplar leones, tigres, elefantes gigantescos, focas amaestradas, perros equilibristas, divertidos payasos, arriesgados trapeceistas. Lo mejor del mundo entero, ¡venga, señores, vengan!» Y otra vez las trompetas, los tambores, los platillos y los rugidos de las fieras. A eso se unió el griterío de la gente que acudía a presenciar el desfile... ¡Aquello era como una casa de locos!... ¡No había quién lo soportase!

El rey U estaba en su despacho leyendo el periódico. Al oír la primera trompeta, se llevó tal susto que se le cayeron el periódico y las gafas y, con el sobresalto, se dio un golpe con la mesa. Cuando reaccionó, salió disparado diciendo: «¿Qué sucede?... ¿Se hunde el palacio?... ¿Vienen los gigantes?».

Le explicaron que era un desfile del circo y entonces se enfadó muchísimo y preguntó: «¿Quién les ha dado permiso para armar tanto jaleo mientras la gente trabaja? ¿O acaso no saben lo difícil que es trabajar si no hay silencio? ¡Que se callen inmediatamente!».

Pero, como nadie le oía con el ruido, tuvo que esperar a que terminase el desfile para poder encontrar una solución a este nuevo problema. Pidió que todas las personas de su reino fuesen al palacio para averiguar quién podría hacer mejor el trabajo de guardián del silencio. Para eso necesitaba oírles hablar.



Todos llegaron puntuales y, después de escucharlos, el rey dijo: «La señorita S será desde hoy la responsable del silencio. Ella vigilará para que no haya ruido mientras se hace el trabajo importante, porque, en realidad, cuando había ya está mandando callar. Fijaos: ssssss..., ssssss... Además, se pondrá un dedo en la boca; así, si alguien no la oye, la verá».

Mandó que lo pregonasen por cada rincón del país. Toda la gente, y también los que venían con el circo, decían: «¡Qué importante es el trabajo de la señorita S! La obedeceremos siempre que nos mande callar». Desde aquel día había tanta tranquilidad y silencio que todos trabajaban mucho y bien.

Los reyes llamaron a la señorita S para felicitarla e invitarla a ir de paseo con la Familia Real; ella se alegró

un montón. Le pareció muy divertido cuando la princesa J la cogió de la mano y se oyó que las dos juntas decían: «¡Sí!». Luego, con la O: «¡SO!». y los caballos se pararon inmediatamente. Por turno, todos se fueron colocando muy excitados junto a la señorita S y decían: «Sa..., se..., sí..., so..., su».

¿Qué podemos decir con ellos?... Sello..., seta..., sube..., sucio..., sapo..., saca, y muchas palabras más... ¡Qué divertido es!

Algún tiempo después, la señorita S se puso enferma con dolor de cabeza y tuvo que quedarse en cama. ¿Será posible que vuelvan el ruido y el jaleo? ¿Quién mandará callar ahora si no puede hacerlo ella? Otro día os lo contaré.

Globalización:

Sapo, sopa, masa, mesa, suelo, losa, paso, sal, sol, oso, osa, asa, sí.

Las gemelas N y Ñ

¿Os acordáis de la señora M? (animar a los niños a recordar la historia de la M).

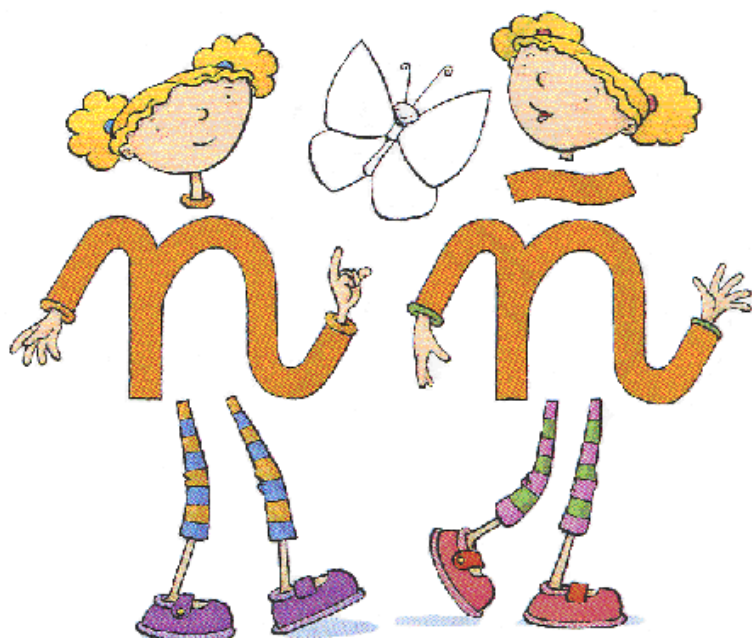
¿Recordáis cuántas hijas tenía?

Así es, las hijas de la señora de la montaña y del panadero P son gemelas, por eso se parecen tanto (dibujar los personajes o mostrar las láminas). Hay algo que lleva una de ellas y la otra no. ¿Qué es?... (comentar las distintas versiones que den los niños). Lo que realmente las diferencia es una mariposa amiga suya que nunca la deja sola. ¿Queréis saber por qué?... Os lo voy a contar, pero antes vamos a ver cómo hablaban cada una de las gemelas: «Nnnnnnnnn...», como si fuéramos a decir nnnnnena..., nnnnno..., nnnnnido... (imitar el sonido haciendo hincapié en no confundir con el sonido de la señora M. Comentar la colocación necesaria: boca abierta y la punta de la lengua en el paladar. Repetir varias veces «nnnnn» para fijar el sonido).

Y ahora la que va con la mariposa: «Ññññññ» (imitar el sonido. Comentar la colocación: lengua hacia atrás. Realizar actividades con los sonidos de la *m*, de la *n* y de la *ñ* para darse cuenta de las diferencias).

Ahora, que ya sabéis cómo hablan, os contaré su historia. ¿Os acordáis de que un día las gemelas se fueron de paseo al bosque?... pues persiguiendo a un pajarito, se adentraron en él; el pájaro llegó a su nido y allí se quedó descansando y cuidando a sus polluelos. Las niñas dijeron: «Vámonos a casa»; sin embargo, cuando quisieron dar la vuelta, se encontraron rodeadas de árboles por todas partes, sin ningún camino a la vista.

Las dos se asustaron, pero mientras una empezó a buscarlo, la otra se puso a llorar: «Ññññññ..., ññññññ...». Y mientras lloraba, se le arrugaba la nariz como a los bebés. Estaba tan asustada que empezó a pensar que por la noche pasaría hambre y frío, y aparecerían los lobos (imitar a la ñ llorando).



Los pájaros escondían su cabeza bajo las alas, los árboles meneaban las ramas suavemente para acariciarla, pero ella seguía: «Ñññññ..., ñññññ..., ñññññ». Su hermana empezó a sentir miedo también. Aunque llevaban mucho rato andando, seguían sin encontrar el camino y solo veían árboles y pájaros.

Por fin la Ñ dijo:

—Ya no ando más, porque me duelen mucho los pies —y se sentó al lado del tronco de un árbol.

Su hermana N le respondió:

—Está bien, descansa. Yo seguiré buscando sin alejarme mucho.

—No te vayas —lloriqueó otra vez la Ñ, llena de miedo.

—Está bien, pero no sé cómo vamos a salir de aquí —dijo enfadada la N.

En el momento en que el Sol se marchaba a descansar por encima de los árboles, vieron que algo se acercaba volando. Era una mariposa. Cuando estuvo más cerca, se dieron cuenta de que era la mariposa preferida de su mamá, aquella que la señora M había llamada mariposa y había organizado el jaleo con los gigantes. Palmotearon de alegría. ¡Su mamá estaría cerca; seguro que venía a buscarlas!

Pero pasó un largo rato y vieron que no llegaba.

La mariposa, en lugar de estarse quieta, se detuvo en la frente de una y luego en la nariz de la otra y empezó a volar. Esto lo repitió una y otra vez hasta que las niñas le dijeron: «Vete, pesada, no tenemos ganas de jugar». Ella no hizo caso y otra vez volvió a los juegos, porque quería que la siguieran para enseñarles el camino de regreso a casa.

La mariposa, que había visto a la señora M muy preocupada llamando a sus hijas, decidió salir ella misma a buscarlas. Por el camino fue preguntando a los pájaros hasta que le dijeron dónde estaban las niñas.

Por fin, las dos hermanas se dieron cuenta de lo que pretendía la mariposa. La siguieron corriendo todo el camino. Así fue como encontraron a su madre. Las tres, al verse, se abrazaron entre risas y lágrimas.

Nuestra Ñ (sonido fónico) cogió al pequeño animal, que ya sabéis que era una... mariposa (dejar que los niños digan la palabra mariposa), y la colocó sobre su cuello. «Quédate siempre conmigo y nunca tendré miedo de nada», le dijo con mucho cariño.

La mariposa se sintió feliz de haberlas ayudado siendo tan pequeña, y decidió quedarse para siempre con aquella niña buena pero miedosa y así ayudarla a ser valiente y decidida.

Desde aquel día, las gemelas se distinguen de dos formas: por la mariposa que una lleva, y por la forma de hablar. No lo olvidéis.

Cuando su mamá las envía al palacio a llevar a la Familia Real nueces, nísperos y naranjas (fijarse en que las tres frutas empiezan por n), nuestra Ñ les lleva una cesta de piñas, porque en esa palabra aparece ella con su mariposa y todo.

¿Os ha gustado?... Me alegro. Mañana recordaremos la historia. Ahora vamos a ver cómo hablan las dos gemelas cuando van con la Familia Real. Si lo hacéis bien, serán vuestras amigas para siempre (trabajar el enlace con las vocales).

Globalización:

Niño, niña, piña, paño, puño, moño, mono, nena, pena, lima, lomo, molino.

La doctora T

¿Os he contado que en el País de las Letras hay un hospital? La médica más importante de este hospital, a la que más quieren los niños, es la doctora T (sonido fónico). Siempre lleva en la mano un ttttermómetro y no para un momento, porque todos los que se ponen enfermos dicen: «¡Que venga la doctora T! ¡Yo quiero que me cure la doctora T!»... Cuando la visitan los niños, los recibe sentada y con los brazos bien abiertos para darles un abrazo al tiempo que dice muy contenta «tttt..., tttt..., tttt...», que quiere decir: «Hola, ¡cuánto tiempo sin verte!» (imitar a la doctora T).

La doctora tenía también en la sala de espera una mesa llena de ttttebeos, un televisor para que los niños no se perdiesen los dibujos animados, ttttartas de manzana o chocolate por si tenían hambre y no habían llevado la merienda preparada, ttttubos vacíos para que jugasen a los médicos y no se aburriesen, y ttttijeras para recortar papeles de colores.

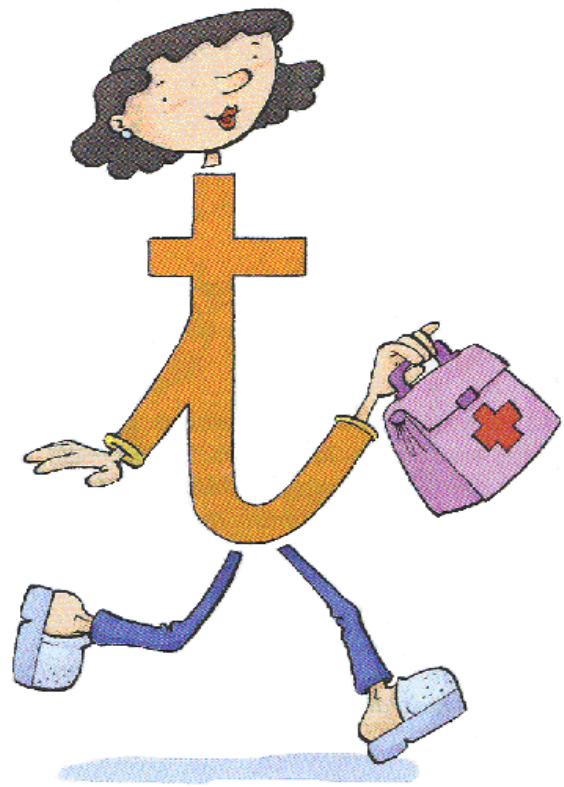
Esta doctora curaba de una forma muy agradable: recetaba jarabe de fresa, de limón, de chocolate, de vainilla... y cuando los niños se lo bebían, no sabía a jarabe, sino a batidos de fresa, limón, chocolate o vainilla... ¡Qué buena idea!, ¿verdad?

Un día, la princesa I se puso enferma. Como no mejoraba y no dejaba de toser, «iiii..., iii..., iii», sus papás llamaron a la consulta de la doctora T, igual que hacen vuestros padres cuando os ponéis enfermos. Cuando la princesa se enteró, se puso a llorar, porque no quería ir a la consulta.

—¿Por qué? —le preguntó su mamá.

—Porque la doctora me pregunta siempre por qué no como más... y luego me dice que tengo que tomar mucho ttttomate porque tiene muchas vitaminas, y aunque no me gusta, me lo tengo que comer: iii..., iii.

Al llegar a la consulta y ver encima de la mesa el montón



de ttttebeos se puso a mirarlos y, poco a poco, se fue tranquilizando.

También su hermana, la princesa O, que había querido acompañarla para estar a su lado, le contó la historia de un niño tan pequeño como un garbanzo. La princesa I se olvidó del motivo de la visita hasta que la doctora le hizo pasar a la consulta y, de nuevo, comenzó a llorar: iii..., iii. (imitar el llanto de la princesa).

La doctora T le preguntó con cariño por qué no quería visitarla, y cuando ella se lo contó, la doctora se dirigió a un armario y sacó un hermoso ttttomate. Con mucho cuidado lo cortó y lo colocó en un plato. También del armario sacó un botecito de sal y una botella que contenía un líquido del color del oro. La princesa I no apartaba la vista de la doctora. Así pudo ver cómo la doctora echó un poquito de sal sobre el trocito de tomate y lo roció con el líquido dorado. «Es aceite de oliva», le dijo a la princesa «verás qué sabor tan delicioso». Aunque al principio la princesa I se resistió un poco, al final probó el tomate que la doctora le había preparado. Su boca se llenó de un delicioso sabor. El tomate con sal y aceite le pareció muy sabroso. «La doctora T tiene soluciones para todo», pensó la reina. Desde aquel día, la princesa y la doctora se hicieron muy buenas amigas.

Globalización:

Te, tela, tila, lote, loto, moto, pata, nata, sopa, sapo, pisa, pila, loma, toma, tomate.

El tesorero D o señor del dinero

En el País de las Letras hay un señor encargado de guardar el dinero: el señor D; sí, es la letra para decir dinero (dibujar el personaje y explicar el sonido: colocar la punta de lengua entre los dientes y mantener la boca entreabierta).

Además de guardar el dinero se encarga de acompañar a los reyes cuando van de compras, porque es el responsable de pagar.

Desde que se hizo cargo de ese trabajo colocó el dinero en una mochila y se la colgó en la espalda. Al principio tenía dos correas para sujetarla, pero como lleva siempre mucho dinero, se le rompió una de ellas y todavía no ha tenido tiempo de arreglarla. La bolsa le cuelga hasta el trasero y le pesa mucho.

Gracias a su mochila, que está siempre llena de monedas, pudo salvarse una vez. Veréis lo que pasó:

Un día, el rey le dijo:

—Ve al banco a llevar todo el dinero que nos han pagado y el que hemos ahorrado. Ten mucho cuidado no lo vayas a perder ni dejes que te roben los ladrones.

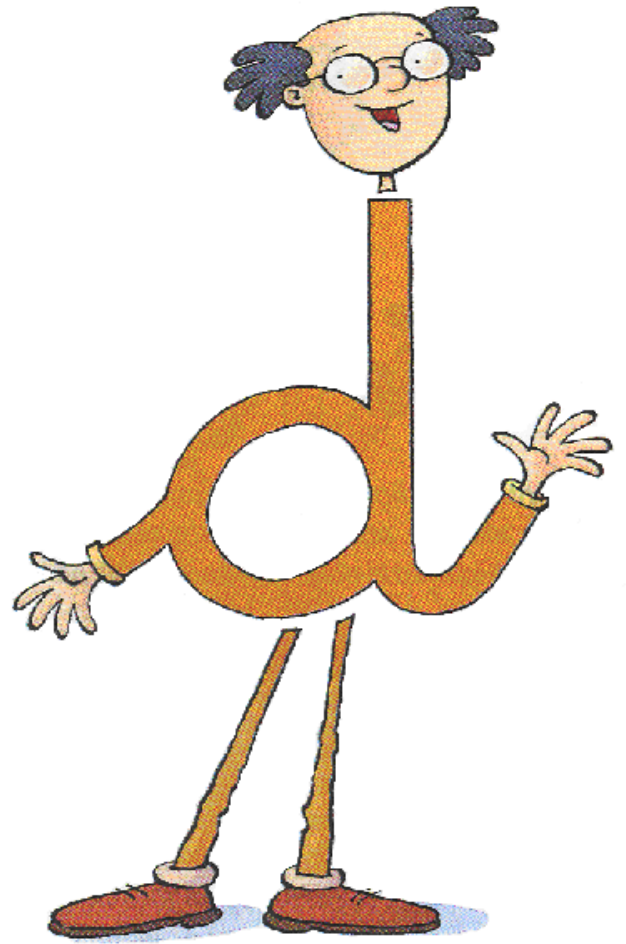
—No os preocupéis —dijo el señor D—, soy muy cuidadoso y además me acompaña Timbo, el elefante del príncipe E; con él no creo que nadie se atreva a atracarme.

—Bien, bien —contestó el rey—, ya sabes que si te pasa algo, nos quedaremos arruinados (explicar el significado de esta palabra a los niños).

El señor del ddddinero recogió las monedas y las metió en la mochila. Luego bajó al jardín a buscar al elefante, que estaba regando las flores con su trompa (recordar cómo lo hacía).

El elefante se puso muy contento al ver al señor D porque siempre le traía ddddátiles.

El señor D y el elefante llegaron al banco: el elefante tuvo que quedarse en la calle porque no cabía por la puerta.



Solo entró el señor D con el dinero. ¡Qué susto se dio cuando vio que unos ladrones estaban atracando el banco y cargando el dinero en unos sacos para llevárselo en un coche!

El señor D era valiente y, sin dudar ni un momento, hizo como si fuese a quitarse la mochila, pero, en lugar de hacerlo, dio una vuelta con ella para coger impulso; así (imitar el movimiento), y empujó con la pesada bolsa, llena de monedas, al ladrón que la esperaba. Al seguir dando vueltas, empujó también a otro ladrón que estaba de espaldas y lo dejó sentado en un sillón, pero con la cabeza. El elefante, que lo estaba viendo todo, metió la trompa por la ventana y agarró los pies del ladrón que estaba en el sillón y lo dejó en la rama de un árbol. ¡Qué risa daba verlo!

El último ladrón quiso escapar aprovechando que el elefante estaba distraído, pero ideo se había creído! No estaba distraído, no. Al salir, lo cogió con la trompa por la cintura y, ¡zas!, lo metió... ¿A qué no sabéis dónde?... Dentro del camión de la basura que estaba aparcado delante del mercado.

¡Qué risa daba! Se quedó con la cabeza entre las hojas de las lechugas, las pieles de las patatas, las naranjas podridas y los papeles sucios.

Luego el elefante lo cogió por las piernas y lo puso junto al otro en una rama más alta. Estaba sucio y lleno de basura por todos los lados.

El señor D tocó un timbre de alarma y la policía vino a buscar a los ladrones para llevárselos a la cárcel.

La gente gritaba: «¡Viva el señor D! ¡Viva el elefante!» (invitar a los niños a dar vivas al señor D y al elefante).

Los reyes lo llamaron para felicitarle y toda la Familia Real estuvo presente. Le invitaron a pasear con ellos y se hicieron amigos. Los príncipes siempre querían que les contara su aventura con los ladrones y a él le gustaba hacerlo.

Todos los niños saben la historia del señor D, y al que no la sepa, vosotros se la contaréis, porque seguro que ya la habéis aprendido. Vamos a verlo. Veamos qué cosas dice cuando va con los demás personajes.

Globalización:

Dedo, dado, dama, dame, dime, dile, duele, Dani, diana, moda, muda.

El jardinero J

En el palacio del País de las Letras había un jardín muy grande que siempre estaba lleno de flores, especialmente en primavera, que era cuando mostraban sus mejores colores, deseosas de saludar al cielo, al Sol, a los pájaros.

Saludaban a la gente meneando sus cabecitas, como diciendo: «Buenos días, señores, ¿se han fijado qué buen tiempo hace? ¿Y en lo bien que olemos? Nosotras estamos contentas viendo feliz a todo el mundo».

En cambio, durante el invierno, como la nieve lo cubría todo, las flores, que son muy perezosas y huyen del frío, se quedaban arropadas debajo de la tierra.

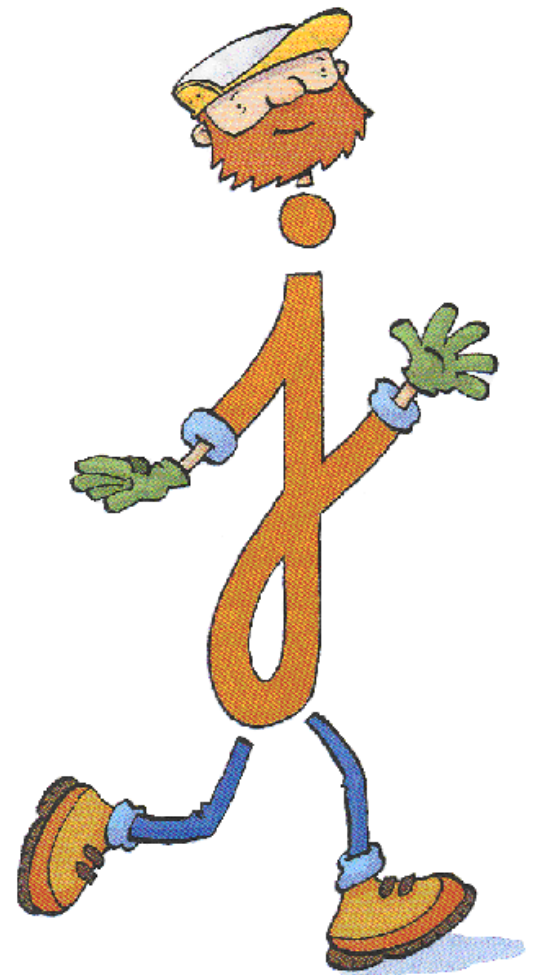
Entre la flores hay violetas y tulipanes, y también jiiiicintos y jiiiiazmines, que son los preferidos de nuestro jardinero. ¿Por qué será?... Porque sus nombres empiezan igual que habla el señor J... (imitar su forma de hablar).

El señor J es jardinero porque le encantan las flores y porque su forma de hablar es: «Jjjj..., jjjj..., jjjjj...», como si tuviésemos clavada una espina en la garganta. ¡Qué bien!, si nos hacemos sus amigos, alguna vez nos regalará un gran ramo de rosas, claveles o lilas, que son algunas de las flores que hay en el jiiiijardín.

El jardinero J cuida las flores con mucho cariño, y por eso están tan bonitas. Para que no pasen sed, las riega poco a poco, y para que no tengan hambre, les da abono que es su comida favorita. Abono... ¡qué palabra más rara! Podéis aprenderla para decir a vuestros padres que lo echen a las plantas. Cuando hace frío, el jardinero J las guarda en el invernadero, que es una habitación con muchos cristales por donde entran la luz y el Sol. Allí, las plantas están calentitas. Cuando hace demasiado calor, coloca unos toldos para que no se pongan mustias.

Las plantas viven muy felices en este lugar.

El señor J trabaja mucho para mantener bonito el jardín. Tiene que remover la tierra para que esté blanda y fresca, pedir a las hormigas que dejen tranquilas a las flores y se vayan al bosque, y cuidar de que los mosquitos, las moscas y las cucarachas no las estropeen. También hay que limpiar las flores, quitarles las hojas secas y arrancar



las malas hierbas que crecen entre ellas y las dejan sin comida. Los gigantes, como les daba mucha rabia que en el País de las Letras hubiese un jardín tan precioso, ponían, en el aire frío que mandaban con sus bocas, semillas de hierbas malas y plantas venenosas para perjudicar a las flores. Vosotros debéis tener cuidado de no morder hojas ni plantas, no vaya a ser que alguna sea venenosa, como las que mandaban los gigantes.

El jardinero J quiere mucho a la princesa I, a la princesa O y al príncipe E, pero procura vigilarlos, porque a veces con sus juegos lo estropean todo y le dan mucho trabajo. Acaban poniéndole nervioso. Sobre todo el príncipe E, que le corta las rosas o se sube a los árboles, se deja caer en cualquier sitio o se esconde detrás de las mangas de riego y las enchufa y lo pone todo perdido de agua, tanto que si las flores pudieran hablar, dirían: «¡Socorro, que me ahogo!».

Pasa mucho rato charlando con los príncipes y contándoles viejas historias. Todos se sientan en el suelo y el señor J empieza a contar: «Érase una vez...». Bueno, lo que él dice es: «jjjjj..., jjj», pero que quiere decir: «Érase una vez». Los niños escuchan muy atentos y a veces preguntan: «¿lilii...?», «¿eee...eee?», «¿oooo...?». Otras veces hablan todos juntos, pero ordenadamente, porque si no, nadie se entiende: «!jjje, jjji, jjjjo». Algunas veces los reyes bajan al jardín y se unen a la conversación: «!jjja, jjju». Las demás letras también acuden a charlar y todas le felicitan por lo bonito que está el jardín.

Fijaos en su cuerpo: es bastante largo, pero no ha crecido hacia arriba, sino hacia abajo, de tanto asomarse al pozo, y le gustaría ser tan largo como para llegar al fondo sin necesitar una cuerda para sacar el agua (explicar cómo se hace). No se os olvide; miradlo bien. Ahora pensamos palabras con el señor J: jjjabón..., jjjunio..., jjjudía...

Globalización:

Ojo, ajo, jota, José, majo, moja, jamón, jaula, Julia, julio, junio.

La princesa I y el jardinero J: la Y (I)

Un día, el rey U invitó a su hija la princesa I a enseñar el jardín a los hijos de unos amigos suyos que habían venido de visita. Ella protestó, porque no le apetecía jugar con unos niños desconocidos. Además, esos días tenía mucha tos y mala cara. La doctora T, después de examinarla, le había recetado jarabe de limón para el catarro, pero todavía se sentía debilucha.

Amenazaba con ponerse a llorar para no tener que salir al jardín cuando el rey, que era muy listo, le dijo: «Si lloras, es porque todavía no estás buena, así que tendremos que volver al hospital. Es mejor que salgas al jardín porque te conviene tomar el sol y el aire».

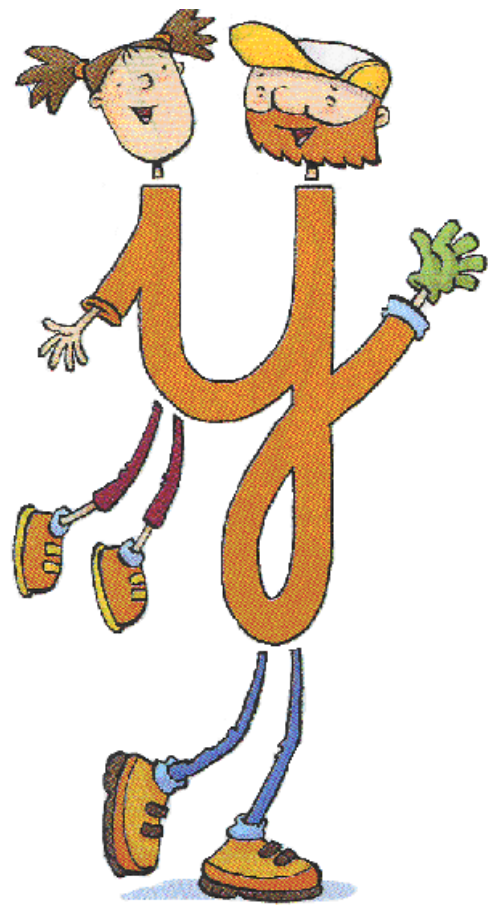
La princesa I accedió por fin y bajó al jardín con los visitantes. De pronto, un perro saltó a su lado y ella se apartó muy asustada, creyendo que quería morderla. El perro la perseguía, mientras la princesa corría en dirección al castillo llamando a su papá: «lii..., iii..., iiii», como si dijera: «Papá, ayúdame, que me quiere morder un perro». El rey no la oía. Estaba dentro del palacio con las puertas cerradas.

Pero el perro no quería morderla, solo quería jugar con el ratón que ella llevaba en el bolsillo.

Al ver que el perro corría más deprisa, se echó a llorar: «lii..., iii..., iiii», y solo respiró cuando consiguió llegar al palacio. Al oírla, acudió toda la familia y el jardinero, sofocado de tanto correr. También aparecieron los niños que estaban de visita, preocupados por el susto que la princesa I se había dado.

Los niños le dijeron: «Tienes que perdonarnos, el perro es nuestro. Lo hemos dejado en el jardín porque es muy revoltoso y podía estropear alguna cosa del palacio. Como estaba sola, se ha alegrado mucho al vernos y ha querido jugar con tu ratón. Por eso ladraba y corría».

—¡No quiero volver a salir sola! —dijo la princesa I—. Me he llevado un buen susto y no quiero que se repita.



El jardinero J, que la quería mucho, la consoló:

—No te preocupes, pequeña I, cuando tengas que ir sola a algún sitio, llámame y yo te acompañaré si lo necesitas.

—Bueno, pero, ¿cómo te avisaré de que voy a salir al jardín sola? —preguntó la I.

—Muy fácil —dijo el señor J—, mándame a tu ratón amaestrado. Cuando lo vea, sabré que me necesitas e iré a buscarte, y mientras estemos juntos, le dejaremos nuestras puntas para que se entretenga jugando con ellos en el jardín.

—¡Qué gran idea! —dijo la I.

En efecto, así lo hicieron, y caminaban cogidos de la mano los dos juntos (se dibuja la y como la unión de la i latina y de la j), pero sin sus dos puntas de adorno. Más tarde descubrieron que unidos podían hablar y que parecían otro personaje distinto, pero el jardinero insistía en que hablara ella porque él se cansaba.

Cuando la princesa tenía que acompañar a las visitas, iba con el jardinero, y así los vemos entre otras palabras: papá y mamá; sol y luna;... Cuando el señor Estudioso los vio, les puso de nombre i griega porque creyó que era un personaje que había llegado de otro país.

Globalización:

Papá y mamá, piña y pomelo, niño y niña, Pepa y Pepe.

La Y se convierte en Ye (II)

¿Recordáis la historia de la I que se junta con el jar-dinero?... ¿Recordáis que el señor Estudioso le puso el nombre de i griega?... Pues este señor, que se pasaba el día estudiando qué se podía escribir con el cuerpo de las letras, discurrió que era una lástima que un cuerpo tan bonito como el de la i griega solo se emplease para unir otras palabras, y que además estuviese siempre sola. Dijo:

—Esto lo tengo que arreglar: debo buscarle trabajo.

Se puso a pensar y darle vueltas a la idea.

—Voy a pedirle al rey que me permita probar qué podría decir estando al lado de la Familia Real.

Al rey le pareció una buena idea, así que llamó a la reina y los príncipes y uno a uno fueron llegando al salón Real.

Comenzaron las pruebas con la reina. Cuando estuvieron cerca la una de la otra se pudo escuchar: «Y...a».

—¡Qué dulce sonido! —exclamó la reina entusiasmada.

A los príncipes también les gustó cómo sonaba.

También el rey quiso escucharse al lado de la nueva letra: «Y...u».

—Es verdad —confirmó el rey—, suena muy agradable.

Como vieron a sus padres tan contentos, el príncipe y las princesas quisieron probar:

«Y...e. Y...i. Y...o».

El señor Estudioso viendo que sonaba tan bien: «Ya..., ye... yi..., yo...», empezó a pensar qué palabras podían escribir y encontró algunas, como:

yema..., yo..., payaso..., yute..., ayuda..., yeso..., yate.

La Familia Real acogió con mucho cariño a la i griega, solo que tienen que tener cuidado de no confundir su forma de hablar con la del portero del palacio que muy pronto conoceréis.

Globalización:

Yaya, yayo, yo, ya, yate, yema, oye, aya, payaso, yoyó, yeso, desayuno.

El portero LL

Os voy a presentar al portero de palacio (dibujar o mostrar la lámina). Fijaos bien para ver si sabéis a quién se parece este personaje. ¿A quién?... (animar a los niños a que descubran el parecido con el lechero L). El lechero L y el portero LL eran... (decir varias relaciones de parentesco) primos.

Por eso se parecen tanto, aunque el portero es más gordo que el lechero (dibujar o mostrar la lámina).

El portero habla de una forma rarísima y hay mucha gente mayor que no sabe hablar así. Yo estoy seguro de que os vais a fijar mucha y lo vais a hacer igual que él...

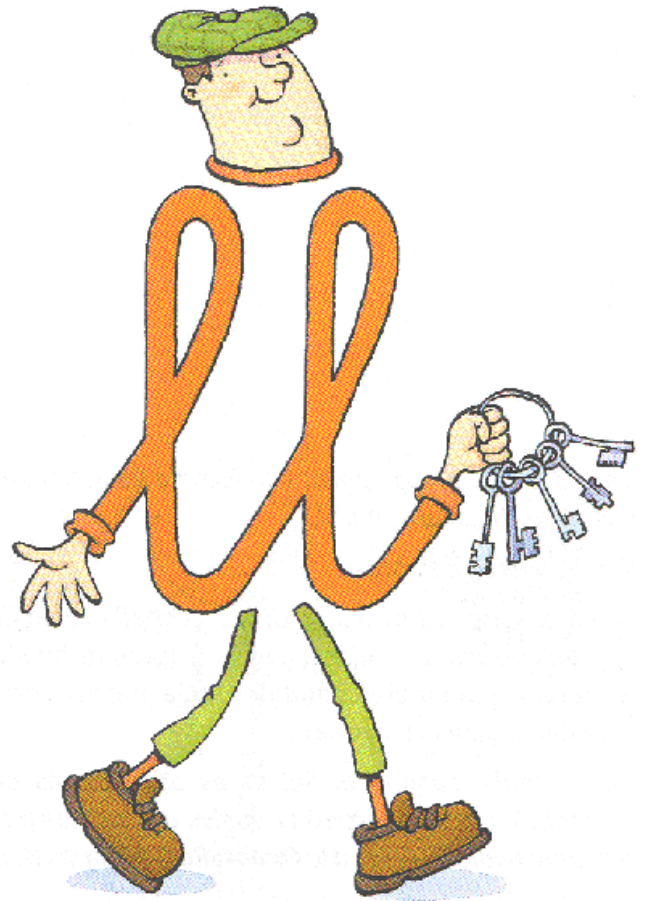
Fijaos bien, ¿qué lleva colgado del brazo?... Llaves. Lo decimos alargando un poco la letra y sabremos como habla ese señor. Llllllaves, lllllaves, lllllaves. Mirad como pongo yo la boca; torcida, aplastando la lengua sobre el paladar para que me salga bien: llllaveeee..., llllleeeee..., llllleeeee... y no la confundiremos con otra que se dice suavemente: yyyyeeee...

Así habla el señor LL cuando, por las mañanas, va cargado con sus llaves a abrir las cincuenta puertas del castillo: «Llllee..., llllee...», que quiere decir: «Buenos días, señores, ¿han dormido bien?».

El señor LL es muy educado y siempre saluda a todo el mundo. El Sol, que es muy madrugador, sonríe contento cuando ve que se levanta tan temprano como él y le envía el mejor de sus rayos a través de la ventana.

Cuando llega al castillo cargado con sus llaves saluda a los reyes diciendo: «Llllee..., llllee...», que quiere decir: «Buenos días, señores, ¿han dormido bien?».

Abrir todas las puertas le cuesta mucho esfuerzo y acaba cansado y sudoroso. Lo peor es cuando llllueve, porque se moja como un pez y a él no le gusta estar mojado. Menos mal que su primo, el lechero L, le prepara rápidamente un vaso de leche bien caliente para que se la beba mientras se cambia de ropa.



En el palacio, al acompañar a la Familia Real, hablan así: lla..., lle..., lli..., llo..., llu.

Vamos a decir palabras:

llama..., llora..., lluvia..., rodilla..., cabello..., mejilla..., tobillo..., caballo..., collar..., cuello..., (pronunciar sílabas y palabras para ir ejercitándoles en la manera correcta, muy difícil para la mayoría).

Por la tarde, cuando el Sol se esconde detrás de las montañas, nuestro portero LL vuelve a cerrar las puertas para que nadie moleste a la Familia Real mientras duerme.

Un día, mientras hacía su trabajo, oyó que alguien le decía: «Vete..., vete..., vete»; se volvió y, como no vio a nadie, siguió su camino, pero otra vez volvió a oír lo mismo. El señor LL empezó a enfadarse: «¿Quién será el que me habla de esa manera tan poco educada?... Seguiré caminando...». Sin hacer caso a las voces

continuó su camino y de nuevo oyó, muy cerca: «Vete, vete y vete, estás sordo o ¿qué te pasa?».

Sintió un golpe en el hombro, se volvió y... ¿a que no sabéis a quién vio?... Un loro. Sí, un loro de todos los colores que, con las alas levantadas, le quería dar otro golpe con el pico, porque creía que no le hacía caso. ¿Por dónde había entrado?... (expresar distintas posibilidades).

Pues resulta que había entrado por una ventana muy alta, que no se cerraba nunca. Hablaba con tan mala educación porque se había escapado del País de los Gigantes. Menos mal que nuestro portero LL y su primo L se dedicaron a educarlo bien y, al fin, consiguieron que pidiera las cosas por favor, que diese las gracias y que saludase a todo el mundo correctamente. Se convirtió en su animal de compañía y en la admiración de todos los habitantes del País de las Letras.

Globalización:

Olla, ella, paella, pollo, llama, llena, anillo, palillo, pillo.

La presumida B

La señorita B es muy presumida. Le gusta parecer más alta de lo que es, por eso siempre usa zapatos de tacón, tanto si está en su casa como si hace deporte; más de una vez se le ha torcido un pie y lo ha tenido que llevar vendado. Además de los zapatos siempre lleva bbbolso (poner los labios juntos, sin apretarlos para decir: «Bbbb..., bbbb...»).

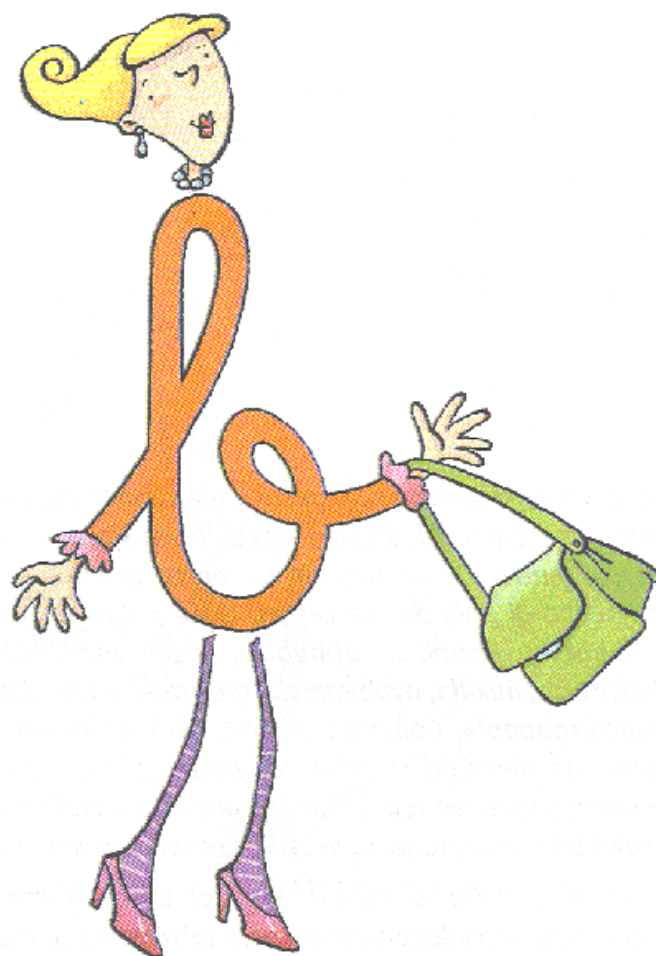
Los tiene de todos los colores: blancos, rojos, azules, negros, marrones, etc., de manera que con cada vestido lleva unos zapatos y un bolso a juego. Dentro del bolso lleva muchas cosas (proponer a los niños que digan cosas que se pueden llevar en un bolso).

Cuando va a la pastelería del señor P, lo que más le gusta son las cosas que empiezan como ella habla: bbbizcochos..., bbbollos..., bbbatidos... (Escribir las palabras para que se den cuenta de que empiezan por la b. Dibujar previamente la letra b siguiendo la misma técnica que con las otras letras: se explica mientras se dibuja, señalando sobre todo los rasgos distintivos).

Cuando va a la compra, dice: «Quiero comprar cosas bbbuenas, bbbonitas y bbbaratas». ¡Aunque eso le gusta a todo el mundo!

Le gusta mucho el mar y suele salir a navegar en un bbbarco. Uno de esos días salió de su casa muy arreglada con un elegante vestido de flores, unos zapatos azules de tacón y un bolso del mismo color, y se dirigió a su barco.

Cuando llevaba un rato navegando, de repente el mar empezó a enfadarse y el viento a rizar el agua hasta formar unas olas que llevaban y traían la embarcación como si fuese de juguete. La señorita B gritaba: «¡Bbbbb..., bbbbb..., bbbbb...», que quería decir: «¡Socorro, socorro, socorro!», que es lo que grita todo el mundo cuando está en peligro. Pero nadie la oía.



La señorita B remaba con fuerza, pero cuando conseguía acercarse a la orilla, una ola mayor la arrastraba otra vez mar adentro. De pronto vio un barco grande que se acercaba al País de las Letras. Gritó pidiendo ayuda: «Bbbbb..., bbbbb..., bbbbb...», que quería decir: «¡Socorro, auxilio, ayúdenme..., me arrastran las olas...!, ¡socorrooooo!». Como no la oían, dejó los remos y se puso de pie. Con el bolso les hacía señas, pero con aquellos tacones tan altos era muy difícil mantener el equilibrio; una y otra vez se caía y se volvía a levantar.

Cuando por fin la vieron, los del barco grande se acercaron hacia donde estaba para salvarla. La señorita B los esperaba de pie en el barco moviéndose sin parar por culpa de las olas y de los tacones. En uno de aquellos movimientos se le enganchó el tacón y, al dar un tirón para sacarlo (hacer el movimiento para que la vean los niños), perdió el equilibrio y cayó... al mar. ¡Qué fría estaba el agua! ¡Qué baño más desagradable!

Otra vez volvió a gritar: «¡Bbbbb..., bbbbb..., bbbbb!» (gritar como ella).

Los del barco le echaron un salvavidas. Ella se agarró con fuerza y, poco a poco, la fueron arrastrando hasta el barco. Una vez a salvo en el barco, sin ni siquiera dar las gracias, gritó: «Mi bolsoooo..., mi bolsoooo...», como si se tratara de un amigo o un hermano.

Consiguieron sacar el bbbbolso con un gancho y se lo entregaron a la señorita B. Ella lo secó con mucho cariño y lo guardó como recuerdo de su aventura.

Su hermano le regañó muchísimo y ella se dio cuenta de que casi se ahoga por presumida. Prometió que en adelante llevaría zapatillas de deporte para ir a navegar y se fijaría muy bien en lo que dijese el hombre del tiempo sobre las tormentas.

A consecuencia del remojón, cogió un buen catarro y tuvo que quedarse en casa unos días. Para distraerse se asomaba al bbbbalcón y, desde allí veía trabajar a su hermano, que muy pronto conoceréis, sirviendo refrescos en el bbbbar. ¿Os ha gustado? No la olvidéis.

Globalización:

Bebé, bebe, baba, bata, bala, baño, bota, bola, besa, beso, tebeo, bulla, bajo.

El camarero V

Hoy vamos a conocer al hermano de la señorita B y comprobar en qué se parece a su hermana.

Aunque no es igual de alto que su hermana, su forma de hablar es igual; por eso resulta muy fácil confundirlos.

Se pasa todo el día en el bar sirviendo vvvvasos de naranjada y limonada.

También lleva vvvvasos de leche a los niños, los abuelos o los papás.

Acaba con dolor de pies, y eso que no lleva zapatos de tacón como su hermana; siempre usa zapatos bajos para cansarse menos y coger la bandeja con mayor seguridad. Como no tiene ayuda, todo el día está yendo y viniendo de la barra a las mesas para atender a los clientes. En verano saca las mesas a la terraza, y entonces los paseos son mucho más largos y termina cansadísimo. ¡Pobre camarero V! ¡Cuánto tiene que trabajar!

Tanto y tanto trabajó que la doctora le mandó ir unos días de vacaciones a un sitio tranquilo, así que la señorita B se ofreció a realizar su trabajo. Aunque presumida, era buena hermana.

Entonces empezó el lfo. El señor Estudioso, que estaba dibujando el cuerpo del camarero para poder escribir palabras como vaso..., viernes..., vuelta..., vacaciones..., vela..., se quedó muy sorprendido cuando vio a la señorita B en el bar y la oyó hablar: «¡Qué raro! ¡Si habla como el camarero! ¡Si suena igualito! Al pensar estas cosas, se le ocurrió que sería muy divertido poner algunas palabras con el cuerpo de esta señorita. Así lo hizo. La dibujó para poner bolso..., batidos..., bueno..., bonito..., barato..., bocadillo...

El señor Estudioso era muy bromista y quería ver si la gente aprendía a escribir bien cada palabra o si eran unos despistados.



Se lo contó al rey U, que le dijo:

—Haced lo que queráis, pero si alguien se equivoca, le diremos que es un despistado.

—¡Bravo, bravo! —aplaudió el señor Estudioso.

Desde aquel día es complicado para los niños que no prestan suficiente atención. Solo existe un truco para que estos hermanos no nos confundan: consiste en observar muy detenidamente las palabras cuando las encontramos en los libros, y si alguna vez queréis escribir «ba..., be..., bi..., bo..., bu...» o palabras con ese sonido, y no sabéis si poner a la presumida B o al camarero V, preguntádselo a alguna persona mayor, que os lo dirá encantado.

Yo os voy a decir tres palabras que se escriben con el camarero V: vaso..., vaca..., ventana.

También os voy a decir tres palabras que se escriben con la presumida B: barca..., bolso..., balcón.

(Si son niños un poco mayores, durante unos días se les pueden dar algunos grupos de palabras que comiencen con una de las dos letras, y decir oralmente varias frases o escribir alguna corta).

Globalización:

Vaso, vasito, vuela, nueve, nuevo, mueve, nuevo, pavo, vida, veda, viejo, oveja, joven, uva.

La señorita Z

La señorita Z (sonido fónico puro; lengua entre los dientes, sobresaliendo de los labios un poco exageradamente; los niños deben fijarse en la posición de la lengua y los labios e imitar el sonido también con exageración) es la encargada de acompañar a los príncipes cuando van de paseo. A ella le gusta que los niños hagan las cosas a su tiempo: jugar a la hora de jugar, comer a la hora de comer, trabajar a la hora de trabajar y dormir a la hora de dormir.

En una ocasión, volvió muy enfadada porque el príncipe E se subió a un árbol a la hora de descansar, se rompió los pantalones nuevos y casi se cayó cuando se partió la rama donde había puesto el pie. La señorita Z dio un grito, regañó al príncipe y luego se lo contó a sus papás, así que el príncipe tuvo que prometer que nunca más se portaría mal.

Otro día, que iban de paseo, el príncipe E y la princesa I se adelantaron y se escondieron en un campo lleno de flores altas que los tapaban. Como la señorita Z no los veía, creyó que se habían perdido y se asustó muchísimo. Cuando por fin salieron, vieron que habían pisoteado las flores. Pero también esta vez los perdonó.

La travesura más grande la hicieron el día que los llevó al circo. Se sentaron muy formales en sus sillas, pero como la función tardaba en empezar comenzaron a aburrirse, y no paraban de moverse en la silla, levantarse, sentarse de nuevo...

De pronto, aprovechando un despiste de la señorita Z, se escaparon hacia una parte del circo donde había una caja grande. La abrieron y cogieron lo que les pareció una cuerda, pero era... ¡una serpiente dormida! Sin embargo, no se asustaron, porque no se dieron cuenta de lo que era. Empezaron a saltar con ella y la serpiente que era muy dormilona, debió de creer que la estaban acunando y no se despertó.



La señorita Z, al verlos, se asustó, empezó a gritar y casi se desmaya. Cuando más nerviosa estaba pidiendo ayuda, llegaron los niños y se sentaron en sus sillas tan tranquilos.

Sus travesuras continuaron durante las actuaciones del circo. Tiraron de la cola a un perrito, pincharon con un palo al león en su jaula y lo peor fue cuando vieron a los elefantes en la pista. El príncipe, como tenía uno, saltó a la pista, se agarró a la cola del primero y subió como si fuera un trapequista. Se sentó sobre él, se acercó hasta la trompa y se deslizó como si fuera un tobogán hasta el suelo. Luego quiso subir otra vez, pero el elefante, que no le conocía, se enfadó, lo cogió con la trompa y lo echó dentro del estanque de los patos, que parecía que se reían al decir: «Cuá, cuá, cuá».

La princesa I se acercó para ayudar a su hermano y, ¡zas!, el elefante le dio un trompazo que la mandó junto a su hermano y los patos. Aún enfadado, llenó su trompa de serrín y se lo lanzó por encima. ¡Parecían dos filetes rebozados en pan rallado, a punto de freír! Todos se reían muchísimo porque creían que era un número del circo.

Solo la señorita Z y la princesa O sufrían y estaban nerviosas.

¡Cómo se enfadó la señorita Z ese día! Cogió a cada uno de la mano y regresaron al palacio.

Llegó hasta donde estaban los reyes y dijo muy nerviosa: «Señores, aquí tenéis a esta pareja revoltosa y desobediente. Podéis mandarme lo que queráis menos que vuelva a salir con el príncipe E y con la princesa I. ¡Jamás, señor!; nunca, señora, volveré a salir con ellos, aunque viva cien años». Desde entonces, la señorita Z solo acompaña al rey U, a la reina A y a la tranquila princesa O. Con ellos dice palabras como: zumo, zapato, zampar, etc.

Y... ¿sabéis? Lo cumplió. Por eso, la señorita Z no acompaña casi nunca a la E y a la I. Los reyes le dijeron que les parecía bien y que de momento no irían a ningún sitio hasta que pudieran encontrar a alguien que acompañase a esa pareja.

¿Quién sacará de paseo a los príncipes revoltosos?... ¿Os gustará saberlo?...

Globalización:

Pozo, azote, azada, lazo, lazada, taza, tiza, tozudo, zumo, azul, zapato, zapatilla.

La enfermera C

Cuando la señorita Z se enfadó con los príncipes E e I, no había nadie que quisiera ocuparse de ellos. Al principio se quedaban solos con la cara triste, mientras los reyes y la princesa O se marchaban con la señorita Z... Pero según pasaban los días, los reyes empezaron a echar de menos la alegría de sus hijos, y la princesa O comenzó a aburrirse sin sus hermanos.

El rey U se encerró en su despacho y, apoyando los codos sobre la mesa, se dedicó a pensar y pensar. La reina A también estaba preocupada al ver que no se les ocurría solución para el problema, y todas las letras del país acabaron reflexionando igual que los reyes y la princesa O.

La señorita C había nacido en una ciudad al otro lado del mar; vino a este país a estudiar para ser enfermera y le gustó tanto que se quedó a trabajar en él.

Un día, cuando la enfermera C salió del hospital, se sorprendió mucho al ver la cara de preocupación que tenían todos. Las letras hablaban en grupos «mmmm», decía la señora de la montaña; «pppp», contestaba su marido, el señor P. «¿Qué pasará?», pensó la enfermera, y se acercó a preguntarles.

Cuando se enteró de la tristeza de los príncipes, también ella se preocupó y comenzó a pensar si no podría remediarlo. «Tengo bastante trabajo y salgo cansada, pero algunos días tengo la tarde libre. Además me encanta estar con los niños, sé varios idiomas y estoy dispuesta a hacer el trabajo de la señorita Z... Iré a hablar con los reyes». Y se dirigió al palacio.

—Majestad, yo puedo hablar de varias formas y además me gusta cuidar de los niños. Si queréis, puedo acompañarlos en mis ratos libres.

—Te lo agradezco mucho —dijo el rey—, pero he de decirte que mis hijos disfrutaban mucho haciendo travesuras, aunque la verdad es que no son malos. Tendrás que tener cuidado para que no les pase nada ni causen problemas, no hagan enfadar a nadie ni estropeen los jardines.



—No os preocupéis —contestó la enfermera C—, mi especialidad son los niños traviesos. Veréis que pronto somos amigos.

—De acuerdo, de acuerdo —se apresuró a decir el rey U, y se fue muy contento a contárselo a su familia.

El príncipe E y la princesa I saltaron de alegría cuando se enteraron.

La primera vez que la enfermera C fue a buscarlos se llevaron un gran susto. Como iba vestida de enfermera, creyeron que venía a ponerles una inyección y les dio miedo.

La enfermera C tuvo que explicarles por qué estaba allí. Les dijo también que venía con el uniforme de enfermera porque, si no, se le hacía tarde y no les iba a dar tiempo de ir al campo a buscar cccerezas, que estaban rojas y apetitosas (escribir el nombre en la pizarra). Por fin, salieron los dos niños que se habían escondido debajo

de la cama y, con un poco de miedo, le dieron la mano a la señorita C.

Ya en el campo, uno corría, pero el otro seguía de la mano de la señorita C para evitar que se marchase. Luego se cambiaban. Al final se convencieron de que podían jugar tranquilos.

Al regresar a casa, llevaban un gran cesto lleno de ccccerzas para sus papás. A la enfermera le dieron las gracias y un gran abrazo. Se habían divertido muchísimo. Ella les dijo que estaba muy, pero que muy contenta con el paseo que habían dado, y que otro día los llevaría (con el permiso de sus papás) a ccccenar (prolongar el fonema inicial) y luego al cccine.

Todavía os tengo que contar más cosas de la enfermera C. Ahora debéis tener cuidado para no confundir a la «enfadona» señorita Z, que sólo acompaña a la O, la U y la A, con la C, que sale con la E y la I.

Globalización:

Cine, cena, cielo, aceite, cecina, cebolla, cepillo, cepilla, peces, maceta, piscina, lacito.

El payaso R (I)

Hoy vamos a conocer a un personaje del circo que llegó al País de las Letras. Es un personaje alegre, divertido, con un gorro puntiagudo, una gran nariz redonda y enormes zapatos. ¿Adivináis quién es?... Seguro: el payaso.

Este payaso, además de simpático, es muy ruidoso y disfruta imitando las motos de carrera cuando van a toda potencia: «Rrr..., rrr..., rrr...». Si le parece que suenan poco, a veces también pone en marcha unos cuantos coches de juguete y todos juntos producen un enorme estruendo: «Rrr..., rrrrrrrr» (animar a los niños a reproducir el sonido colocando la lengua correctamente: la punta detrás de los dientes superiores tocando un poco el paladar y sin apretar mucho).

Este es el payaso R (dibujar o mostrar la lámina) con su gorro lleno de estrellas. Es lo que más le gusta de su traje y no se lo quita ni cuando descansa.

También voy a dibujar un rrrrío, con árboles a los lados, y rrrratas de todos los tamaños. ¿Por qué lo haga? Ahora mismo os lo cuento.

El rey de los gigantes, el mago Catapún, siempre estaba tramando fechorías. Un día envió a sus gigantes con sacos llenos de rrrratas para que las soltasen por la noche en el País de las Letras. Así lo hicieron y, cuando nuestros amigos se levantaron, las encontraron por todos los lados: en la cocina, en el colegio, en la pastelería, encima de las camas de la Familia Real y hasta en los zapatos había ratones. ¡No sabían qué hacer!

Los reyes empezaron a reflexionar, como siempre que tenían un problema, y decidieron pedir ayuda a todos los habitantes del país.

Las letras se reunieron en una asamblea y cada una fue aportando diferentes ideas para acabar con aquella invasión. Entre todas las que dijeron destacó la idea del payaso R, que quería acabar con los ratones que llenaban el circo y ponían nerviosos a los elefantes y furiosos a los leones, y hacían que los perros ladrasen sin cesar. Se acordó del cuento de «El flautista de Hamelín» y quiso hacer lo mismo, pero como el payaso R no tenía una flauta mágica, decidió emplear queso para acabar con los ratones.

Tal como lo pensó, lo hizo. Cogió un cesto lleno de queso y lo fue repartiendo por el suelo del circo, de manera que



los ratones, atraídos por el olor, acudieron rápidamente a comérselo...

El payaso R siguió echando trozos de queso por el suelo de la calle. Los ratones lo seguían y pronto empezaron a acudir de todas las casas hasta que estas se quedaron sin ratones. Después se dirigieron al campo, siempre detrás del payaso que, al llegar al río, echó queso al agua... Los ratones, que sólo miraban el queso, no vieron el agua y, ¡zas!, se zambulleron en ella uno tras otro: uno, dos, tres... (contar hasta un número que nos parezca adecuado) y los arrastró la corriente camino del mar...

La gente del País de las Letras gritaba: «Viva el payaso R», y lo llevaron a hombros hasta el Palacio Real.

Los reyes estaban felices y le dijeron: «Pídenos lo que quieras, porque te mereces un premio».

El payaso R contestó:

—Señores, dadme una casita con jardín, y mi hermano y yo nos quedaremos a vivir en vuestro país.

—Ahora misma —dijeron los reyes.

Luego le preguntaron qué trabajo quería hacer, y él respondió que le gustaría ser el encargado del garaje de palacio, porque le encantaba el ruido de los coches.

—De acuerdo —dijo el rey—, y lo nombró encargado general de todos los garajes del reino y, además, jefe de protección contra las ratas.

¡Qué contento estaba nuestro amigo! ¡Cómo se iba a divertir!

Un día, el rey U fue a verlo para saber si estaba contento. ¡Qué susto se dio al oír aquel ruido insoportable! No se entendían ni aun hablando a gritos.

El payaso R le preguntó si algún día podría ir a palacio a visitarle y así el señor Estudioso podría dibujar su cuerpo para escribir libros. El rey U le dijo que lo hablarían cuando hubiera menos ruido.

Lo pensó mucho, y cuando el payaso R les fue a visitar, le dijo:

—De acuerdo, vendrás con nosotros, pero cuando estés entre dos personas de mi familia, no podrás gritar.

—Pero, ¿nunca podré gritar «rrrrrrrr»? —preguntó R.

—Bueno, cuando hables el primero y no vayas entre dos personas de mi familia.

—Bien, bien, procuraré acordarme —dijo R.

—Espero que así sea —contestó el rey U.

Vamos a ver en la pizarra lo que los reyes querían que hiciese el payaso. Así, al ver cómo aprendéis vosotros, a lo mejor lo termina de aprender él. Ponemos rosa, rabo, risa... y le dejamos gritar fuerte porque va el primero... Ponemos aro, pera, oro, caro, y ahí suena suavemente porque va entre dos personas de la Familia Real. Si se equivoca y en lugar de oro grita orro, la Familia Real se enfada con él.

Como el payaso no quería disgustar al rey, pensó que si llamaba a su hermano, que era muy forzudo de tanta gimnasia como hacía, a lo mejor era más fácil, ya que como los dos sonaban igual, aunque hablaran bajito, al hacerlo los dos a la vez harían ruido suficiente, pero el rey no los podría regañar.

El payaso R se fue a buscar a su hermano para contarle su plan, y le convenció para que lo acompañara en el próximo paseo con la Familia Real. ¿Qué pasará?... Mañana lo sabremos.

Globalización:

Rata, rana, rama, remo, ramo, rosa, risa, riñe, raso, roe, ríe, ropa.

Aro, era, ira, loro, toro, lloro, mora, pera, niñera, pereza, cerilla, amarillo, morado.

Pera-perra, caro-carro, bata-rata, aro-arroz.

(Mezclar palabras con sonido suave y fuerte para diferenciarlas)

El payaso R y su hermano el atleta R (II)

¿Os acordáis de lo que le dijeron los reyes al payaso R que debía hacer cuando los acompañasen a ellos y a su familia? ¿Me lo contáis?... Claro. Tenía que gritar fuerte haciendo ruido de moto, si era el primero que hablaba, pero debía hablar suavemente si iba entre dos personas de la Familia Real: los reyes, las dos princesas y el príncipe.

¿Os acordáis de que el payaso R quería gritar algunas veces con fuerza y por eso se fue a buscar a su hermano para que lo ayudase?

Su hermano no era tan ruidoso y no quería ir con él, pero R se puso tan triste y le dijo tantas cosas —que no quería conocer a sus amigos, que no quería ayudarlo— que al final tuvo que decir:

—Vamos a probar, pero si sale mal, no quiero saber nada.

—Eres un gran hermano, verás qué bien lo pasamos...

Al ir de paseo, primero se colocaron entre la reina A y la princesa O. Antes se oía aro, pero ahora, al colocarse también su hermano y hablar los dos juntos, dijeron arro; de esta forma, pero se convirtió en perro; y caro en carro. «¡Qué raro!», pensó el señor Estudioso cuando se puso a escribir las palabras y algunas le sonaban mal: oro era orro, por ejemplo.

—¿Ves qué lío hemos armado? —dijo el hermano atleta.



—No os preocupéis —los tranquilizó el señor Estudioso—, porque he resuelto el problema que, desde que los reyes habían ordenado no hacer ruido, creía imposible de solucionar... Ya puedo escribir perro, carro, porra y arroz, aunque hay otras palabras que suenan mal... Voy a ver cómo lo arreglo.

Para que todo fuera bien, habló con los dos hermanos y los convenció de que unas veces pasearan los dos juntos con los reyes y los príncipes, y otras, el payaso R solo, y así lo hicieron...

Cuando los veamos juntos, haremos ruido fuerte, pero cuando R esté solo entre las personas de la Familia Real, lo haremos suavemente, para que los reyes no se enfaden con nosotros. ¿De acuerdo?

Globalización:

Pera, perra, porra, borra, zorra, mora, mira, mirra, tarro, toro, tierra, era, arrulla, arrima, rata, barata, sierra, aro, tarro, oro, loro, toro, roto, rubio, arrullo.

El bombero F

Una vez hubo un gran incendio en el País de las Letras y se quemaron muchos árboles y algunas casas. Costó un enorme esfuerzo apagarlo, porque había que sacar el agua del pozo o cogerla del río y después llevarla en cubos.

Todos acudieron a apagar el fuego, pero, aunque trabajaban muy deprisa, no lo habrían conseguido si no llega a ser porque empezó una gran tormenta con un fuerte chaparrón.

¡Qué susto se dieron!... Ya creían que sus casas iban a arder y se quedarían en la calle.

¡Qué gritos de alegría cuando empezó a llover!... Los niños, para que siguiese lloviendo, cantaban muy fuerte esa canción que nosotros también sabemos: «¡Que llueva, que llueva!...» (cantar la canción).

Los reyes estaban muy preocupados pensando en lo que podría pasar si se producía otro incendio y la lluvia no llegaba. Se quedarían sin nada. Así que comenzaron a pensar en posibles soluciones (hablar de los bomberos y del trabajo que realizan).

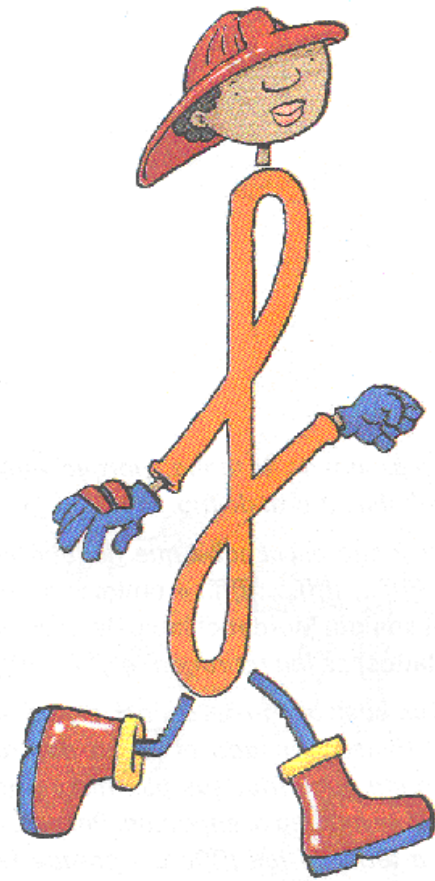
Los reyes llamaron a la periodista K (ya os contaré su historia) y le dijeron:

—Queremos que visites varios países y hagas un reportaje explicando qué hacen sus habitantes cuando tienen un incendio. En cuanto lo averigües, vuelve rápidamente a contárnoslo.

Así lo hizo, y al cabo de algún tiempo regresó con varias ideas. Cuando se las fue contando a los reyes, estos se pusieron muy contentos porque vieron que eran realmente buenas.

Esto es lo que contó la periodista K a los reyes: «Kkkkk..., kkkkk..., kkkkk». Cualquiera la entiende, ¿verdad?... Os lo voy a explicar con las palabras que usamos normalmente.

—Señores —dijo la K—, hay un país donde no dejan encender fuego en el bosque. En otro no dejan fumar, porque la gente, al tirar los cigarrillos encendidos, puede provocar un fuego. En otro prohíben tirar cristales rotos en el campo, porque el Sol los calienta mucho y su reflejo puede hacer que las cosas cercanas prendan como si fueran cerillas. En otro no dejan tirar las basuras, porque también se incendian con facilidad. Y hay uno, que es el que más me ha gustado, que tiene unos hombres muy



preparados para apagar los incendios. Abren un grifo, enchufan una manguera larga, larga, larga, y por allí llega el agua hasta el lugar del incendio. Además tienen unas escaleras altísimas para salvar a la gente que se ha quedado dentro de alguna casa incendiada.

¡Qué contentos se pusieron los reyes!

—Nosotros vamos a tomar todas esas medidas de precaución —dijo el rey U.

Los reyes mandaron una carta a todos sus súbditos diciendo: «Para evitar incendios, de ahora en adelante no se permite:

- 1. Hacer fuego en el bosque.*
- 2. Hacer fuego en casa en otro lugar que no sea la chimenea; si hace frío, es preferible usar una estufa.*
- 3. Tirar cristales en el campo.*
- 4. Tirar basuras. Unos encargados las recogerán todos los días por las casas para destruirlas.*
- 5. Tirar papeles.*
- 6. Jugar con el fuego.*

El que no lo cumpla tendrá que pagar una multa por no saber cuidar su país».

Preguntaron quién quería ser bombero, y un señor muy alto, el más alto de todos, fue elegido jefe de los bomberos, porque así llegaría por arriba y por abajo para salvar a la gente. Este señor era F, a quien luego, como lo hacía tan bien y apagaba todos los incendios, le llamaron señor del Fuego. Decían que el fuego le obedecía y que, en cuanto lo veía, se marchaba corriendo o se apagaba, temeroso de la ducha fría que le enviaba el señor F, que

era lo que más miedo le daba, porque empezaba a temblar y acababa muerto de frío.

En cuanto el fuego escuchaba que llegaba el señor F haciendo: «Ffff... ffff... ffff...» (animar a los niños a reproducir el sonido. Morder el labio de abajo y echar el aire por los lados) se iba retirando: «Ffff... ffff... ffff».

El señor F es un buen amigo del señor J, el jardinero, pues gracias a él tiene dominado el fuego dentro de una estufa, y cuando hace frío, sus plantas y flores están calentitas y no se mueren ni enferman. Por eso, el señor F es la primera letra de las ffflores, porque le quieren mucho (buscar otras palabras que empiecen con f).

Un día, el príncipe E cogió una caja de cerillas a sus papás y se escondió con la princesa I en la caseta del jardinero.

El príncipe E quería encender cerillas porque creía que era un juego muy divertido (hablar de lo peligroso que resulta coger cerillas o mecheros). Al hacerla, se quemó y saltó la cerilla, que fue a caer encima de un cubo de papeles que se prendieron. El príncipe empezó a soplar y el fuego crecía cada vez más. Quiso apagarlo con una escoba, pero lo que consiguió fue tirar el cubo al suelo y lograr que el fuego se extendiera. Se fue prendiendo todo lo que allí había, y al poco tiempo estaban rodeados de un gran fuego del que no podían salir.

Empezaron a gritar: «lililili..., lililili..., eeeeeee..., eeeeeee...».

Antes de oírlos, el jardinero J y el bombero F vieron el resplandor, corrieron a preparar las mangueras, y con

ellas en las manos se dirigieron al lugar del fuego. Echaron agua con rapidez, pero el fuego se había hecho muy grande y tardaron en apagarlo.

Cuando se dieron cuenta de que los príncipes estaban dentro de la caseta, nuestro bombero F no se lo pensó: se mojó mucho y le dijo al señor J que le siguiese echando agua. Cogió una manta también mojada y saltó dentro del fuego. Primero rescató a la princesa I a la que encontró desmayada. De la misma manera consiguió sacar de entre las llamas al príncipe E, que estaba muy asustado.

La gente había acudido al jardín y, al ver cómo ardía la caseta del jardinero, todos ayudaron y pronto consiguieron apagar el fuego.

Los reyes abrazaron a sus hijos, pero no les dijeron nada, porque estaban asustadísimos. Cuando se calmaron, los niños explicaron lo que había pasado y prometieron no volver a tocar el fuego ni acercarse a la cocina donde se guisa la comida, porque si por un descuido se empuja la sartén, se prende fuego y los bomberos no están cerca, se puede correr un gran peligro.

Acordaos de esta aventura y nunca hagáis lo que hemos dicho que puede causar un incendio.

Veamos al señor F junto con la Familia Real y con otras letras:

«F...a, f...e, f...i, f...o, f...u».

(Decir palabras con el bombero F).

Globalización:

Fino, fina, fila, afila, fama, fono, jefe, jefa, foto, faja, farola, feria, filete.

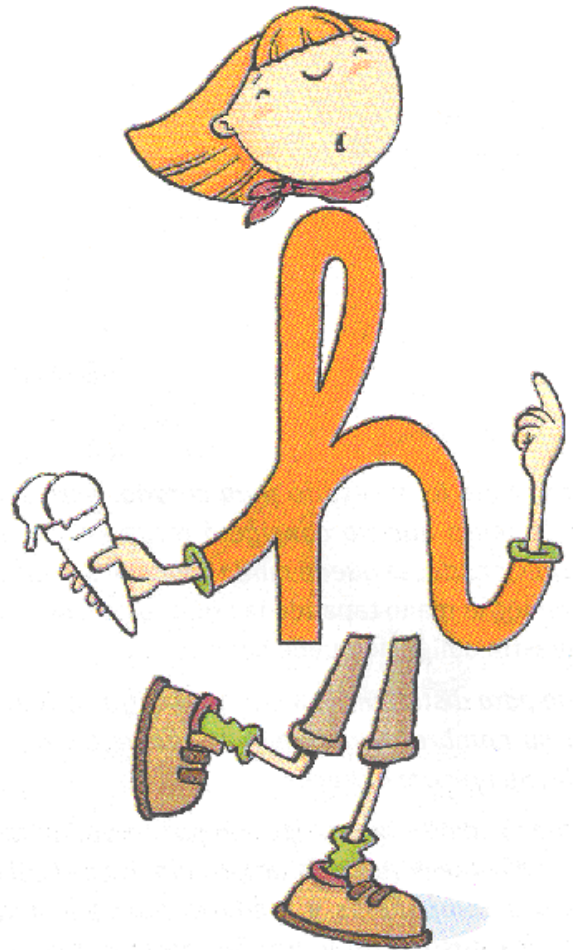
La mudita H

Hoy voy a contaros un cuento un poco triste. Bueno, es muy triste al principio, aunque ya os aviso de que, al final, la amiga que hoy vamos a conocer fue feliz. Es feliz todavía. Veréis.

Todos los habitantes del País de las Letras sabían que era peligroso caminar hacia la izquierda porque allí se encontraban los terribles gigantes. Los papás y las mamás advertían a sus hijos de los peligros que podían correr si no respetaban esa orden del rey y cada vez que salían de casa les recordaban la dirección hacia la que debían caminar (animar a los niños que señalen hacia la derecha). Pero sucedió que un día la pequeña H (dibujar el personaje o mostrar la lámina) había estado jugando con sus amigos cerca del riachuelo hasta que el Sol se ocultó tras las montañas. Cuando los niños volvieron a casa, lo hicieron hacia el lado correcto haciendo caso de los consejos recibidos de sus papás antes de salir (repetir la dirección hacia la que deben caminar).

Pero aquel día, a la H nadie pudo recordarle nada, porque sus papás habían estado de viaje. Así que, a la hora de regresar a casa, después de pasar el día pescando en el río y divirtiéndose, empezó a soplar un fuerte viento y a llover con gran intensidad. Con las prisas por refugiarse no se dio cuenta y se dirigió hacia los árboles que estaban a la izquierda del camino.

El mago Catapún, que la había visto dirigirse hacia el bosque del País de los Gigantes, aprovechó la oportunidad para fastidiarla. Decidió mandarle un viento más fuerte y más frío, que la arrastró y la empujó contra un árbol; se dio tal golpe que se quedó tendida sobre la hierba cayéndole la lluvia encima. Allí estuvo hasta que pasó el elefante del príncipe E, que solía acercarse al bosque cada vez que tenía apetito. Al verla así, la cogió con su trompa. Con mucho cuidado la colocó encima de su cuerpo y la llevó al hospital.



Hicieron todo lo necesario para curarla, pero se había enfriado tanto que no consiguió recuperar la voz. No podía decir nada; se quedó muda (cuando la veamos, nos pondremos la mano tapando la boca, lo cual quiere decir que nuestra amiga no puede hablar).

Así que para distinguirla de las otras letras es necesario saber su nombre, porque ella no puede emitir ningún sonido. Su nombre es hache.

Pasaron los días y la H se aburría por no poder hablar ni cantar. Veía que el señor Estudioso dibujaba el cuerpo de todas sus compañeras y a ella nunca la llamaba; se enfadó, se puso triste y, por fin, decidió ir a ver a los reyes.

Por señas y con dibujos les explicó que ella quería ser como las demás letras y formar parte de las palabras. Los reyes empezaron a pensar y a pensar, y llamaron al señor Estudioso para que los ayudase a resolver el problema; unos días después, este les dijo:

—Puede acompañar a algunas palabras en las que la Familia Real comience a hablar, y otras veces la podemos colocar en medio, pero solo de adorno.

La reina pensó que había que decidir muy bien cuándo aparecería, porque, como era muda, la gente podría olvidarse de ella con facilidad:

—En las palabras en las que el señor Estudioso diga que va a ir la hache, tendrá que ponerse siempre y no se podrá olvidar.

Por eso, los niños tendrán que preguntar a sus maestros y a sus papás qué palabras se escriben con hache y recordarlas siempre.

¡No sabéis lo contenta que se puso la hache cuando le explicaron la solución! Os escribiré algunas palabras donde va calladita: hijo..., hierba..., huevo..., helado..., hermano..., hermoso.

No la olvidéis o la H se pondrá triste otra vez.

Globalización:

Hoja, hija, hilo, hielo, hiena, hueso, huevo, huelo, humo, huye, haya, huella, helado, hora, hada.

La enfermera C cuida de la H muda

¿Os acordáis de la letra que fue hacia el País de los Gigantes y sufrió un accidente? ¿Recordáis lo que le pasó?... Eso es, se quedó muda. Era nuestra amiga la letra H (dibujar en la pizarra).

¿Qué más recordáis?... Que se aburría sin hacer nada, sin poder hablar con nadie desde que se había quedado sin voz, y que un día se enfadó y se fue a ver a los reyes para pedirles que le dejaran hacer algo, igual que las demás letras.

Los reyes pensaron que era justo lo que pedía y decidieron que los acompañase algunas veces; además, para que se sintiera importante, le dijeron que casi siempre iría la primera. Ella se sintió feliz por comenzar palabras tan bonitas como hielo..., helado..., huevo..., hijo..., hermoso..., hierba..., hoja..., hombre..., pero nunca decía nada.

No estaba contenta del todo, porque pensaba: «Si pudiera hablar, ¡qué feliz sería!».

Los reyes intentaron convencerla de lo importante que era explicándole que si alguien escribía las palabras donde ella debía ir sin ponerla, todo el mundo le llamaría despistado. Pero la H muda no se quedaba muy convencida.

Un día, sin que nadie lo esperase, se solucionó el problema por casualidad. Había estado en la calle pasando mucho calor, y por la tarde, cuando ya el Sol se ocultaba y la Luna empezaba su trabajo, la H muda bebió un vaso de naranjada muy fría para quitarse la sed, con tan mala suerte que cogió un buen catarro. Toda la noche estuvo tosiendo y al día siguiente hubo que llamar a la enfermera C porque tenía mucha fiebre.

La enfermera pasó todo el día cuidándola sin poder ir de paseo con los príncipes. Le controlaba la fiebre y le daba jarabe hasta que mejoró... Pero, como la H casi no había comido, se quedó muy pálida y con pocas fuerzas.



La doctora T le recetó que saliera a tomar el sol y el aire para ponerse fuerte. La enfermera C la acompañaba y la llevaba del brazo. Iban calladas las dos. ¿Cómo iban a hablar?

De pronto, justo cuando pasaban por delante del señor Estudioso, la H estornudó: «Chisssss..., chisssss», cada vez con más fuerza. El señor Estudioso se volvió y se quedó sorprendido. ¡Esa letra no la había visto ni oído nunca!... No se dio cuenta de que no era una letra, sino dos: la C y la H. Se puso muy contento y pidió: «Hágalo otra vez..., por favor..., hable otra vez del mismo modo...».

Nuestras amigas estaban asombradas: ¡Si ellas no habían dicho ni pío! Entonces, la letra muda estornudó otra vez: «Chisssss..., chis..., chis..., chiiiiis».

—Eso, eso —palmoteó el señor Estudioso—, ya tengo la letra que buscaba; quieta que la dibujo... ¡Ya está! Gracias, señorita CH. Ya puedo escribir ch...ico, ch...aqueta, ch...ocolate y muchas más.

El señor Estudioso se fue corriendo y nuestras amigas se quedaron riendo al ver que no se había dado cuenta de que eran dos letras juntas.

Así fue como la H muda pudo hablar y colocarse en muchas palabras igual que las demás letras. Y, desde entonces, es la más feliz de todas.

¡Ah!, cuando quiere hacer ruido, no espera a constiparse, porque ha aprendido a estornudar sin tener catarro.

¿Sabéis hacerlo vosotras?... Vamos a oírlo: «Chisss... chisssss... chiss... chis...». Lo hacéis muy requetebién.

Recordad que, si vemos a la mudita sola, no hablará; pero si va acompañada de la enfermera C, hará el ruido del estornudo (dibujar la Ch en la pizarra).

Todavía no ha terminado la historia de la enfermera C. Aún solucionó otro problema muy difícil. Ya os lo contaré otro día.

Globalización:

Churro, chulo, chupo, chapa, chepa, chopo, chispa, chuleta, chato, chufa, pecho, mucho, hacha.

La periodista K (I)

En el País de las Letras había una chica inquieta y curiosa que siempre estaba deseosa de saber cosas nuevas. Era la periodista K (dibujar en la pizarra o mostrar la lámina. Hacer el sonido de esta nueva letra), siempre en busca de noticias que se produjeran en el campo, en la ciudad, en los ríos, en las montañas o fuera de su país, por lo que solía viajar con frecuencia. Donde se producía una noticia, allí iba la periodista cargada con su ordenador portátil comprado en uno de sus innumerables viajes. Le encantaba ir a esquiar a la montaña, al río grande a pescar o a las fiestas de los pueblos cercanos para ver cómo se divertía la gente, aprender sus bailes y hacerles fotografías que coleccionaba luego en un álbum.

También era la encargada de acompañar a la Familia Real y escribir las noticias que sobre ellos se producían. Cuando la periodista estaba en el palacio con el rey y su familia, se podía escuchar los sonidos ka, ke, ki, ko, ku.

Pero sucedió que, como la Familia Real apenas realizaba viajes, la periodista pidió permiso a los reyes para que le permitieran visitar otros países y así poder conocer cómo vivían, cómo eran sus colegios, cómo arreglaban sus jardines y otras cosas interesantes. Sería de gran ayuda aprender cosas de otros lugares para así poder hacer mejoras en el País de las Letras y que todos pudieran vivir mejor.



A los reyes les pareció que la idea era estupenda, porque en otros países había cosas que no se conocían en el suyo, como el agua en casa sin necesidad de ir al río a buscarla y la luz cuando se hacía de noche para, así, evitar los choques. Le dieron permiso sin darse cuenta de que, si se marchaba la señorita K, no podrían decirse las palabras que llevaban los sonidos ka, ke, ki, ko, ku.

La señorita K se fue al día siguiente y pronto empezaron los problemas. El señor Estudioso llegó preguntando por ella para poder dibujar su cuerpo. Nada, no estaba. No podía seguir su trabajo porque resultaba muy raro escribir: «Mamá, toma el .ollar» o «vamos a la .ama, niños» o «Sancho Panza y Don .uijote».

¿Cómo se solucionará esta situación?... Mañana lo sabremos.

Globalización:

Kárate, kimono, karateca, kiosco, kilo, koala, kaki.

La periodista K y los sonidos Ca, Co, Cu (II)

Los reyes tuvieron que enfrentarse con un nuevo problema. Así que se encerraron a pensar y pensar para encontrar una solución entre los dos. Llevaban varios días encerrados y se estaban quedando pálidos de no salir ni a tomar el sol, así que la princesa O les sugirió que salieran al jardín para ver si el aire libre les refrescaba las ideas.

«Gran idea», dijo el rey, y así lo hicieron.

Al rato pasó por allí la enfermera C, que regresaba del hospital, y se detuvo a saludar a los reyes.

— Buenas tardes, ¿estáis trabajando?

— Hola, enfermera C, estamos dándole vueltas a un problema...

— Si puedo ayudaros... — se ofreció ella.

— Será difícil, pero os lo contaremos por si acaso — dijeron los reyes—, y le contaron que desde que se había ido la periodista K, el señor Estudioso estaba muy preocupado.

Como siempre, la enfermera C se mostró deseosa por ayudar a sus afligidos reyes y, por fin, se le ocurrió cómo solucionar la mitad del problema.

— Como sé hablar de varias formas, puedo decir «ca... ca..., cu...»; sin embargo, no tengo suficiente energía para decir «ke..., ki...», porque cuando voy con vuestras hijas E

e I, estoy tan pendiente de ellos sustituyendo a la señorita Z que solo digo «ce..., ci...» (se explica con algunos ejemplos la confusión que habría al leer las palabras si tuvieran sonido de «ce» y de «que» yendo con la I y con la E).

— Bueno —dijo la reina—, mientras pensamos algo mejor, veremos si el señor Estudioso se conforma.

El señor Estudioso dijo que estaba bien, ya podía seguir con su trabajo y esperaba dibujar pronto al personaje que dijera «Ke..., ki...». ¿Quién será? ¿Cómo será su cuerpo? ¡Cuánto cuidado tendremos para no confundirnos, después de todo el trabajo y las preocupaciones que les ha costado a los reyes!

Mientras tanto, y cada cierto tiempo, la periodista K volvía a su país para enseñarles cómo se apagaban los incendios... ¿Cómo?... Con los bomberos, ¡claro! O cómo evitar los choques, los atropellos... ¿Cómo? Con los guardias, naturalmente. Los días que estaba de visita decía algunas palabras un poco raras aprendidas en los países que visitaba, como kaki..., kimono..., kilo..., moka.

Ahora vamos a jugar con ellas en la pizarra sin equivocarnos.

Otro día conoceréis al personaje que va a tener tan poquito trabajo; solo decir «ke..., ki...». ¿Quién será?

Globalización:

Casa, capa, cala, cola, cuela, cara, cama, cana, caña, cazo, cazuela, carlño, caricia, corazón, cueva, cuna, cuco, cubierto, cuchillo.

El trapecista Q

¿Recordáis el circo que estuvo mucho tiempo actuando en el País de las Letras?... Seguro que os acordáis del payaso R y su hermano.

Pero lo que no sabéis es que en una de las funciones que el circo dio en el País de las Letras ocurrió un terrible accidente, ya que el trapecista, cuando realizaba uno de los ejercicios más difíciles en lo más alto de la carpa, se mareó y cayó al suelo entre los gritos de toda la gente. La caída fue tan grave que creyeron que no se salvaría, pero no fue así. Lo llevaron rápidamente al hospital y allí le curaron. Del accidente se quedó cojo y no pudo volver a trabajar como trapecista.

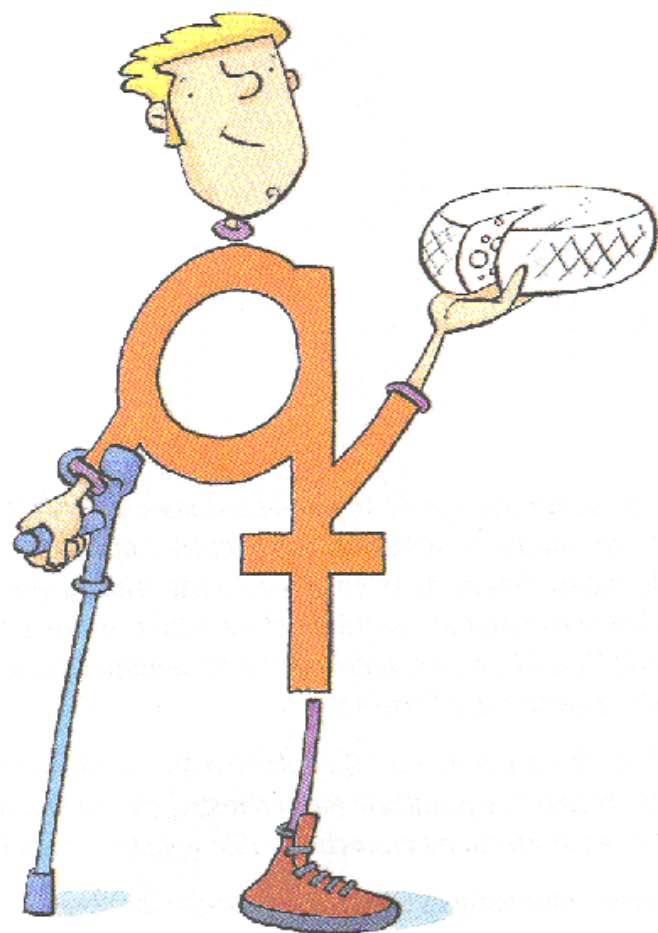
Aunque ya no trabajaba en el circo, todo el mundo seguía llamándole el Trapecista. Era una persona muy alegre, siempre cantaba y le entusiasmaba que todo el mundo estuviese contento. Cuando el circo se fue, el trapecista Q decidió quedarse en este país donde tan bien se habían portado todas con él.

El rey U le dijo que podía vivir en palacio y ser su secretario, porque era muy listo. Cuando se cansaba, se iba a la cocina a ayudar un rato. Le gustaba hacer bizcochos. ¿Que si sabía? ¡Vaya si sabía! El trapecista Q preparaba unos bizcochos tan deliciosos que hasta el panadero P le pidió que fuese su ayudante en la pastelería. Pero a nuestro amigo Q le gustaba vivir en el palacio porque allí podía comer todo el queso que quería, pues estaba autorizado a bajar a la despensa real y probar todos los tipos de queso que allí había: quesos duros, quesos blandos, quesos pequeñas, quesos grandes, quesos amarillos, quesos blancos, quesitos, etcétera, y podía comer del que más le gustase.

Un día preparó el bizcocho preferido de la reina y se quedó asombradísimo cuando lo devolvieron a la cocina sin que nadie lo hubiese probado.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado.

—Todos están preocupados por un grave problema y nadie tiene apetito. Todos están tristes, nadie habla ni ríe —le dijeron.



Se asomó por detrás de unas cortinas y vio a la Familia Real sentada en sus sillas, con los codos apoyados sobre la mesa mirando de reojo al rey U y a la reina A, que no se daban cuenta de nada. Solo el travieso príncipe E tiraba miguitas de pan a la princesa O y daba golpes por debajo de la mesa a la princesa I.

— ¡Esto no puede ser! ¡Que alguien me cuente cuál es el problema que preocupa tanto a los reyes como para que no les apetezca mi bizcocho! — dijo nuestro amigo Q.

Se lo contaron y decidió ir a hablar con los reyes.

— ¿Qué puedo hacer yo? — preguntó.

— ¿Tú?... ¿Qué vas a hacer tú...? ¿Puedes acompañar a esta pareja de revoltosos y decir con ellos «ke..., ki...»?

— ¡Claro que puedo! Esa es mi forma de hablar y no creo que me canse mucho — respondió.

— Acabarías agotado si tuvieras que seguir a esta pareja en sus juegos, porque son muy revoltosos y no paran un momento — dijo el rey U.

— ¿No podríais hacer que fueran más formales cuando viniesen conmigo? — preguntó Q.

El rey se quedó pensativo y dijo contento:

— ¡Ya lo tengo! Yo os acompañaré. Me colocaré en medio e iré leyendo tranquilamente el periódico, sin decir nada. No creo que se atrevan a portarse mal.

Así lo hicieron. Se colocaron el trapequista Q, luego el rey U y, al final, una vez el príncipe E y otra la princesa I. Mirad cómo iban: «Que..., qui».

El trapequista sabía contar unos cuentos fantásticos, y como a los príncipes les encantaba escuchar sus historias, se portaban muy bien.

¡Qué contento estaba el trapequista Q! Había ayudado al rey U y tenía unos amigos estupendos; además, todos volvían a estar contentos, a alabar su talento de narrador y a comer sus ricos bizcochos.

Esperemos que con este se acaben los problemas para que siempre sean felices. Pero me parece que todavía queda alguno más. Otro día lo sabremos.

Globalización:

Queso, queja, quita, quise, quiero, paquete, requesón, pequeño, aquí, raqueta, moqueta, mosquito.

La bibliotecaria G con su gusano y su gato (I)

Ya estamos terminando de conocer a los personajes del País de las Letras. Nos quedan muy poquitos.

Uno de ellos tiene mucho trabajo y, además, lo hace de tres formas distintas; pero no creáis que es porque sabe varios idiomas como la enfermera C. No es por eso. Es porque los diablillos de I y E, con sus travesuras, le obligan a gritar aunque le duela la garganta. Voy a presentárosla, a contaros por qué habla de varias formas y lo que le hacen los traviesos príncipes.

La bibliotecaria G es una gran aficionada a dar largos paseos por el campo. Cuando su trabajo en la biblioteca se lo permite, sale con su educado gato.

Un día de invierno que lucía el Sol, se colocó su bufanda al cuello, se enfundó su ggggorro (dibujar o mostrar la lámina a medida que se explica), sujetó a su gato con un cordón y con su libro debajo del brazo salió de su casa camino del campo.

Pasearon mucho rato y, por fin, saltó al gato y se sentó en la hierba, mientras leía su libro preferido.

El gato empezó a jugar con todo lo que se encontraba: las hojas secas, los palitos, los caracoles...; a estas las empujaba como si fuesen pelotas. Por fin, se puso a jugar con algo que le hacía dar vueltas y vueltas.

La señorita G se reía viéndolo, aunque no sabía qué era lo que perseguía con tanto empeño.

El Sol fue escondiéndose y el gato, cansado, se sentó sin dejar de mirarse la punta de su cola. De pronto, esta se encendió como una bombilla. ¡Qué susto se dio la señorita G! ¡Creyó que se le había prendido fuego!

El gato no se quejó, pero siguió dando vueltas y más vueltas hasta que su dueña le quitó... aquello que daba luz como una bombilla y que era nada más y nada menos que un gggggusanito de luz o luciérnaga (explicar qué clase de animal es).



El ggggusanito saltó otra vez de la mano de la señorita G (sonido gutural) a la cola del gato y de allí se marchó para colocarse entre los ojos. ¡Qué risa! ¡Parecía que tenía tres! Luego se puso en la boca. Era como si llevara una linterna.

Así, mirando los saltos del gusano, estaban tan divertidos que la señorita G no se daba cuenta de que seguía sentada y se estaba enfriando.

Cuando llegó a casa, le dolía muchísimo la garganta y casi no podía hablar.

Al día siguiente, la doctora T le dijo que se había enfriado tanto que no podría volver a gritar como antes.

No le importó mucho porque había conocido a un nuevo amigo: el gusano de luz. Cuando iba a una fiesta, se lo ponía en el pelo y nadie sabía qué era aquel adorno tan precioso.

Otro día, persiguiendo al gato, que iba con el gusano en dirección al País de los Gigantes, trató de gritar para llamarlos despertando al mago Catapún, que les envió su aire helado. Otra vez le dolió mucho la garganta y de nuevo la doctora le dijo que la veía muy enferma y que no debería gritar nunca o se pondría peor. Al hablar decía: «Gggggg..., gggggg..., gggggg...» (sonido suave, gutural).

Cuando los reyes la contrataron para que cuidase de los príncipes y les contara hermosas historias, pensó que no tendría problemas con la A, la U y la O, pero con la E y la I

no la podrían dejar sola. Con lo traviesos que eran le harían gritar mucho y enfermarla de nuevo. Como era muy comprensivo, el rey le dijo:

—Irás sola cuando acompañes a la reina, a la princesa O y a mí. Pero cuando tengas que estar con el príncipe E o con la princesa I, yo estaré con vosotros. Me colocaré en medio leyendo el periódico y no diré nada; si van conmigo, no se atreverán a hacer travesuras y podrás hablar sin gritar. Vamos a probar ahora mismo.

La señorita G se puso al lado de la reina A: «Ga», decía cuando hablaban. Con la princesa O: «Go»; hablaban sin problemas. Con el rey U: «Gu», decían suavemente, y estaban contentos.

Mandaron venir al príncipe E. Se colocó la señorita G, luego el rey U, callado, con su periódico en la mano (dibujar a medida que se explica) y, por fin, el príncipe E. Como el rey no dijo nada, hablaron así: «Gue».

Finalmente, llegó la princesa I e hicieron lo mismo. Primero G, luego el rey U se coloca entre la G, la E y la I para que no le hagan gritar; pero está callado sin hablar: «Ga..., gue..., guí..., go..., gu».

(En la pizarra se hacen con las letras los mismos ejercicios diferenciadores del libro del niño, pero al final se colocan seguidas para afianzarlas).

Todos parecían felices, pero..., ¿sabéis lo que ocurrió un día?... ¡Pobre señorita G! ¿Queréis que os lo cuente?...

Mañana lo haré.

Globalización:

Gato, gata, agotado, gorro, garra, guerra, guerrero, guiso, guisado, gusano, guiño, guiñol, guiñapo, paraguas, antiguos.

La bibliotecaria G se pone de mal genio: los sonidos Ge-Gi (II)

¿Quién quiere contar la historia de la bibliotecaria G con su gusano de luz y su gato?... (recordar el cuento anterior).

Muy bien. Os dije que os contaría lo que pasó un día en que el rey U se despistó. Bueno, no se despistó. Es que no creía que sus hijos fueran tan requetetraviesos.

Salieron camino de la biblioteca, igual que otros días, y él se colocó en el centro, como siempre, para que se portasen bien. Aquel día no le habían llevado el periódico a casa; así que, al pasar por un quiosco, dejó solos a los príncipes con la señorita G.

No hizo más que desaparecer el rey U por la esquina, cuando el príncipe E ya estaba subiéndose al primer árbol que encontró en su camino y, sujeto a una rama, intentaba llegar hasta un nido de pájaros, que huyeron a toda velocidad para esconderse entre las flores. El príncipe E bajó y empezó a perseguirlos. Quería un pájaro, costase lo que costase.

La bibliotecaria G se asustó desde el principio y, aunque le dolía mucho la garganta, dio un grito: «iGeeee!, igeeee!».

Aún estaba gritando al príncipe E cuando vio a la princesa I con los pies metidos en el río y saltando como una loca. ¡Qué catarro iba a coger! Otro grito: «iGiiii! igiiii!».

Cuando los príncipes vieron que regresaba el rey U, volvieron muy formalitos como si no hubieran hecho nada.

El rey U preguntó, y, como siempre decían la verdad, confesaron que se habían portado mal y que la señorita G había tenido que gritar muy fuerte.

Cuando le preguntó si era verdad, ya no pudo hablar. Se le había puesto la garganta peor.

El rey U tuvo que regañar una vez más a sus hijos.

El señor Estudioso, que dibujaba el cuerpo de las letras y anotaba lo que hablaban, dibujó: «Ge..., je..., gi..., ji», y se dio cuenta de que, cuando la señorita G tenía que gritar al príncipe E y a la princesa I, hablaba igual que el jardinero J. Así que dijo:

—¡Vaya lío que me voy a armar! Unas palabras las escribiré de una forma y otras de otra (demostrar escribiendo en la pizarra: ge, je, gi, ji y palabras que contengan dichas sílabas).

Ahora, hasta que seáis muy mayores, siempre que tengáis que escribir palabras como jefe, general, jinete, gemelo, etc., tendréis que preguntar a vuestro profesor o a vuestros papás cómo se escriben, si con el jardinero J o con la bibliotecaria G.

Vamos a ponerlas todas y tened mucho cuidado para no equivocaros:

ga..., go..., gu..., gue..., gui...

ja..., jo..., ju..., ge..., je..., gi..., ji...

¡CUIDADO! ¡MUCHO CUIDADO! ¡PREGUNTAD!

Globalización:

Jirafa, gitano, jefe, general, rejilla, geranio, gato, gota.

La E y la I se aburren: los sonidos Güe-Güi (III)

¿Quién me cuenta por qué tuvo que gritar la guapa señorita G y decir «¡ge!..., ¡gi!..., en lugar de «gue..., gui!...»? (recordar el cuento anterior).

Ya sabéis que siempre que va sola con los traviosos príncipes tiene que gritar fuerte, fuerte.

Si el rey U los acompaña, habla suave lo mismo que cuando va con la reina A o con la princesa O:

«Ga..., gue..., gui ..., go..., gü...».

No creáis que los príncipes se portaron siempre bien con la señorita G. ¡Qué va! Otro día le dieron un susto aún mayor que el primero.

Cuando estaban en el jardín esperando al rey U, que les iba a acompañar como siempre, el príncipe E, acompañado por la princesa I, fueron a buscar al elefante. Estuvieron un rato jugando con él, y no se les ocurrió otra cosa que ponerle en la trampa su erizo y la iguana de su hermana. ¡Qué carrera emprendió el elefante! Y es que, aunque es muy grandote, tiene mucho miedo a los animales pequeños que se le pueden meter por la trompa.

Así que con los príncipes, el erizo y la iguana salió corriendo. Llegó cerca de la bibliotecaria G, que estaba de espaldas, la cogió con la trompa y la sentó junto a los dos pequeños animales. Al volverse, muerta de miedo, vio que también iban sentados los príncipes E e I. Dio gritos: «¡Geeee..., giiii!... ¡ggggggiiiiiii, ggggeeeee! ¡Parad al elefante! ¡Nos vamos a matar!».

En cuanto el elefante se agotó, se paró en seco y todos cayeron rodando uno detrás del otro: los príncipes E e I, la bibliotecaria G, la iguana y el erizo. A cada uno le salió un hermoso chichón, menos al gusano, que estaba tan tranquilo durmiendo debajo del gorro de la señorita G.

El rey U llegó justo en el momento en que caían rodando. Se disculpó con la bibliotecaria G, cogió a los diablillos

de sus hijos y les dio una buena regañina, porque ya estaba cansado de tantas travesuras. ¡Como siguieran así, un día les iba a pasar algo gordo!

— ¡Nunca os dejaré solos con la bibliotecaria G! — dijo—. Otra vez está afónica.

Salieron de paseo y todos iban muy serios: la señorita G, el rey U, el príncipe E y la princesa I. Nadie decía nada; los mayores tenían las caras muy serias.

A los niños E e I ya se les había olvidado la travesura y no entendían por qué tenían que poner esas caras que casi daban miedo. Iban muy serios y estaban muy aburridos.

Se pusieron a coger piedrecitas del paseo del jardín y, despacito, sin que se dieran cuenta los mayores, empezaron a echárselas el uno al otro.

Al principio eran pequeñas y lo hacían muy despacio. Pero enseguida se fueron animando y se las tiraban cada vez más grandes, más deprisa y con más fuerza. Al final acabaron lanzándolas a lo alto para que cayesen como lluvia.

Primero las tiraban poco altas y solo caían encima de ellos. Como eran pequeñas, no les hacían ningún daño. Luego las echaban cada vez más altas.

De pronto tiraron muy alto gran cantidad de piedras bastante gordas. Como hicieron ruido, miró hacia arriba el rey U, miró la señorita G y miraron los príncipes E e I. ¡Qué susto! Todos gritaron, incluido el rey, aunque cuando iba con ellos nunca hablaba, porque veían que las piedras más gordas iban a caer encima de él: «¡Güe!, ¡güi!». Se oyó tan alto que los pájaros volaron asustados. «¡Güe!, ¡güi!» volvieron a gritar cuando cayeron otras dos piedras iguales sobre los hombros del rey U. La señorita G, afónica, solo pudo decir: «Ggggg...» (sonido gutural suave), aunque también gritó.

El señor Estudiosos se frotó las manos de contento. ¡Ya

tenía los sonidos que le faltaban! Ahora podía decir cigüeña..., paragüitas..., agüita..., etc. Y así las dibujó, con las piedrecitas encima del rey U.

¡Pero qué complicado lo está poniendo este señor!

—Nada de complicado —dice él—. Cuando veamos las piedrecitas, hablan todos. Si no hay piedras, el rey U se calla. Si no va el rey U, grita la G por las travesuras de E e I. Es fácil. Sólo hace falta fijarse.

El mago Catapún, que se alegra tanto de que se equivoquen los niños, disfruta mucho con estos personajes que hablan de varias formas, porque los niños despistados siempre se confunden. Vosotros, que ya lo sabéis, os tenéis que fijar mucho antes de decir cómo hablan.

Vamos a probarlo en la pizarra (hacer diversas combinaciones y diferenciaciones, llamando la atención un poco teatralmente: «¡Cuidado!... ¡Ay, qué susto tengo! ¡Qué bien!... ¿Qué dirán ahora?», etc.)

Leer separadamente otra vez:

«Ga..., gue..., gui..., go..., gu...».

«Ja..., je, ge..., ji, jí..., jo... ju...».

«Gua..., güe..., güi..., guo...».

(Dada su dificultad, conviene dialogar sobre los cuentos en los días sucesivos y hacer ejercicios diferenciadores y comparativos hasta afianzarlos; continuar periódicamente escribiendo y leyendo palabras con todas las dificultades cada quince días).

Globalización:

Agua, agüita, aguador, paraguas, paragüitas, enaguas, enagüitas, cigüeña, cigüeñita, pingüino, pingüinito.

La pequeña X, la hermana de la S

Llegamos al final de las historias del País de las Letras. Bueno, las historias no se acaban, pero los personajes sí. No os tenéis que preocupar, porque todavía nos queda por conocer muchas otras cosas de ellos.

La pequeña X (sonido fónico intermedio entre la C y la S) vive en casa de su hermana S (hacer preguntas sobre la señorita del silencio).

Cuando todavía no se había marchado el circo, empezó la feria: toboganes, caballitos, autos de choque, el tren de la bruja, el laberinto, los animales, las bicicletas, el gusano loco y todas esas diversiones que a vosotros os gustan tanto. Además había churrerías, tómbolas, casetas de tiro, de rifas, de plantas, de pájaros, y qué se yo cuantas cosas más.

Así que el ruido en el País de las Letras era terrible.

¿Creéis vosotras que la señorita S podía conseguir que hubiera silencio en algún momento?... ¡Qué va! Cuando callaban por un lado, empezaban los ruidos por el otro. Ella estaba cansadísima de decir: «Ssss... ssss, los reyes se van a enfadar». Pero todo seguía igual.

El rey U se hartó de tanto ruido y de escuchar todo el día los altavoces gritando: «Pasen, señores, pasen...», y muy enfadado mandó llamar a la señorita S.

— ¡Esto parece el país de los locos! — dijo el rey U muy enfadado —. No hay quien resista tanto alboroto. No podemos dormir ni siquiera con tapones en los oídos. Hay tanto ruido que parece que tenemos los altavoces en la habitación. Si no conseguimos silencio, mandaré que se vayan todos del país.

— Señor — dijo la S —, los niños se pondrían muy tristes si la feria tuviera que irse. A ellos les encanta la música y las diversiones. Todas están felices hoy. ¡No los echéis fuera!

— ¿Qué podemos hacer?... Yo no lo resisto, ni los enfermos tampoco — dijo el rey U.

— Podríais buscarme una ayuda.

— ¿Quién? — preguntó el rey U.



—Tengo una hermana pequeña que habla casi, casi igual que yo. Además es muy mandona y le encantaría pasarse el día en la feria exigiendo silencio.

—Di a tu hermana que venga a verme.

Fue a buscarla y la pequeña X se presentó ante el rey (dibujar o mostrar la lámina. Explicar que parece dos «eses» o dos «ces»). Así habló cuando el rey U se lo ordenó: «XXXXXXXXXX..., XXXXXX..., XXXXXX».

Sonaba un poco más raro que la «SSSSSS..., SSSSSS..., SSSSS..., SSSSSS», pero...

—Buena, está bien. Que te ayude.

Probaron una por cada lado de la feria. ¿Creéis que consiguieron hacer callar a los alborotadores?... ¡Ni hablar!... El ruido siguió sin parar.

De nuevo las llamó el rey U porque estaban todos cansados y enfadados. No sabían que hacer. El señor Estudioso, que estaba preparado para dibujar el cuerpo de la pequeña X, dio la solución:

—Poned unos altavoces más grandes que los de la feria, uno a cada lado. La S y la X, sentadas tranquilamente y con un micrófono. Así se les escuchará mejor, parecerá que son muchas las personas que vigilan; se oirá muy bien y tendremos silencio.

Y así lo hicieron. De pronto, en medio del ruido de la feria se pudo escuchar:

«SSSSSSSS..., SSSSSSSS..., XXXXXXXXXXX..., XXXXXXXXXXX».

Y todo se quedó en silencio. Hasta la Familia Real se asomó por la ventana para ver si la feria seguía allí. Creían que se habían quedado sordos.

La pequeña X fue la encargada de explicar a la gente que no podían hacer tanto ruido a todas horas, porque había personas que necesitaban silencio para trabajar o para descansar. Se pusieron de acuerdo y todo fue tan bien que la X se quedaba de encargada cuando su hermana tenía que hacer otras cosas, y todo el mundo obedecía igual.

Si os fijáis cómo las pronunciamos, sabréis si se dicen con la S o con X. Vamos a probar: silla..., taxi..., seso..., exagerado...

Se nota mejor cuando la Familia Real habla primero, antes de la X: «Ax..., ex..., ix..., ox..., ux».

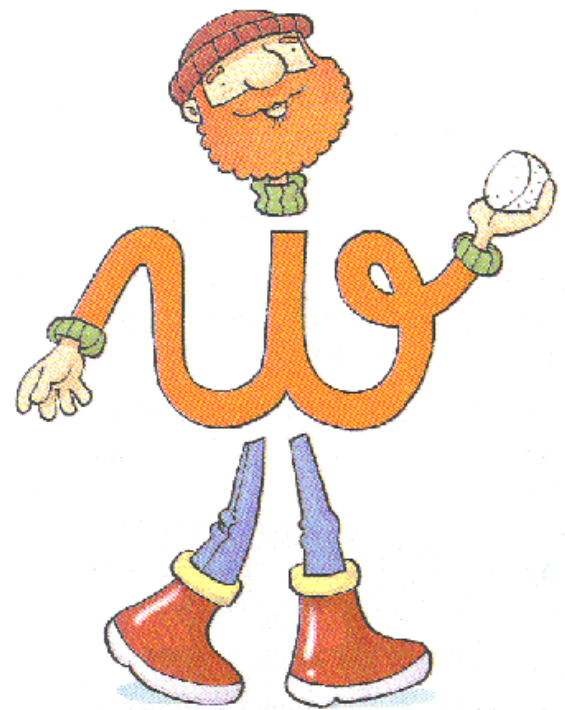
Si fuera la S, diríamos: «As..., es..., is..., os..., us».

¿Verdad que se nota?... Pues tengamos mucho cuidado de pronunciar bien.

Globalización:

Taxi, boxea, saxofón, sexto, exquisita, laxante, exagerado, flexo.

El marinero W



Un día, el panadero P, la señora de la montaña M y sus dos hijas, N y Ñ, decidieron ir de excursión. Estaban de vacaciones y decidieron pasar unos días de descanso junto al mar. Prepararon todo lo necesario sin olvidarse de los bañadores y las toallas, ni de la tienda de campaña. Con mucho cuidado colocaron las maletas sobre un precioso burrito, que habían comprado, manso, fuerte y juguetón. Felices, emprendieron la marcha deseosos de llegar y disfrutar del Sol y de la playa.

El viaje resultó muy agradable, las niñas corrían delante de sus padres, y como pronto se sintieron cansadas, tuvieron que montar en el burrito, que meneó las orejas y el rabo mostrando su contento.

Cuando estaban llegando, vieron una casita pequeña, hecha de madera, rodeada por un huerto. Allí vivía alguien que ellos no conocían. Se miraron muy extrañados. ¿Quién podría ser? (poner voz de misterio).

Siguieron andando y, al dar la vuelta al camino, vieron un barco, bastante grande, anclado en el agua (explicar el significado) y por la playa algunas redes de pescar.

Al lado de la casa había una persona sentada tranquilamente... ¡Parecía el camarero V dando el brazo a otro camarero igualito que él! ¡Qué raro! ¿Tendría un hermano que ellos no conocían?

Se acercaron, el señor desconocido se levantó, y todos se saludaron con amabilidad: «Pppppp..., mmmmmmm..., nnnnnn..., ññññññññ». El extraño personaje —pues era uno solo— les contestó: «Uueeee..., uuuueeee..., uuuueeee», que quería decir: «¡Cuánto me alegro de verlos! Estaba muy aburrido y pensaba en marcharme a mi país».

Así comprendieron por qué no lo conocían.

Les contó que era marinero y pescador (dibujar el personaje o colocar la lámina), que un día sintió la necesidad de conocer otros lugares y emprendió un viaje

que le había llevado hasta allí. Le gustó el paisaje, la paz y la tranquilidad de este lugar y decidió quedarse durante algún tiempo.

Construyó la casa e hizo un huerto donde cultivaba lechugas, berzas, acelgas, tomates, pimientos, calabazas, pepinos, fresas, melones y sandías.

El panadero P y su familia estaban entusiasmados con su nuevo amigo que les invitó a pasar unos días juntos. Durante esos días aprendieron a conocer los dos países, cómo eran sus gentes, cómo hablaban, qué costumbres tenían, qué canciones, etc. Se hicieron grandes amigos. En señal de agradecimiento, la señora de la montaña M animó al marinero W a visitar su ciudad. Así, el marinero pudo conocer a todos los habitantes del País de las Letras, incluso a los reyes, que se interesaron mucho por todo lo que les contó: la vida de los pescadores y los marineros, tan dura, tan peligrosa cuando estallaban las tormentas en el mar, los días que debían estar alejados de sus familias, la alegría de la vuelta, la hermosura de los peces sacados en las redes, brillando bajo el Sol...

Al señor Estudioso le pareció emocionante lo que contaba, la forma de su cuerpo y el sonido de su voz, así que decidió dibujarlo y colocarlo en las palabras que él mismo le había enseñado.

En realidad, nosotros lo utilizamos muy poco, pero en otros países lo emplean mucho. Por eso debemos conocerlo.

¿Os acordaréis de cómo es?

¡Estupendo!

Globalización:

Wenceslao, whisky, William, kiwi, Wendy.

Epílogo

El comienzo de curso con niños pequeños

Estas reflexiones van dirigidas a los maestros que empiezan, a los impacientes, a los que tienen grandes deseos de enseñar a los niños todo lo que llevan dentro. Yo les aconsejaría lo siguiente:

1. Frenar esos impulsos de «enseñar» tal como probablemente lo entendáis: mediante la transmisión de conocimientos. Más bien se trata de orientar la actividad de los niños.
2. Observar mucho a los niños, que os irán marcando el camino de actuación y expresarán sus deseos y necesidades. En la relación con ellos hay que estimularlos y alentarlos afectivamente,
3. Hablar suavemente, sin prisas. La atención sincera de los niños no se gana con gritos, sino por medio de la motivación.
4. Adecuar vuestro vocabulario al nivel del niño, sobre todo en lo que se refiere a la elección de palabras. Su vocabulario es, en general, escaso. Pero no os resultará difícil saber cuándo no os entienden.
5. Amar a los niños, teniendo presente siempre que se han de valorar sus capacidades, para ayudarles a elaborar su identidad.
6. Admitirlos como son. No digáis nunca que un niño es tonto cuando estéis cansados de trabajar con él sin obtener fruto. Buscad otros caminos y pensad que él no hizo nada. La autoestima del niño surge de la confianza que en él se deposita.
7. Preocuparse más, con cariño y paciencia, del que más lo necesite. El clima de confianza y afecto hará que los niños experimenten el placer y la necesidad de comunicarse. Debes centrar tu atención y esfuerzo con más ahínco en los más necesitados de ayuda, sin restar nada a las posibilidades de los demás. Hay que evitar deslumbrarse por los avances de los más inteligentes y pretender que todos sigan su «marcha».
8. Continuar estudiando, leyendo, perfeccionándose con la asistencia a cursillos, seminarios o conferencias.
9. Comentar con los compañeros los problemas pedagógicos. Te serán de gran ayuda sus opiniones, las soluciones que ellos adoptan en el mismo caso, sus experiencias.
10. Huir del derrotista, del comodón, del que no se preocupa de la calidad de su trabajo.
11. Desterrar el propósito de seguir a «rajatabla» una programación. Deberás ceñirte al momento, a las necesidades de los niños, a su disponibilidad. Ser flexible con naturalidad.
12. Trabajar con ilusión lo que a continuación indico, aun sabiendo que de ello no va a quedar constancia — como sucede con la mayoría del quehacer realizado con los pequeños —. No estará reflejado en un papel, pero sí quedará impreso en el propio niño contribuyendo a su desarrollo como persona.

¿Qué hacer los primeros días?

Con la incorporación del niño a la educación infantil comienza el contacto con el colegio, con la clase, con el maestro y sus compañeros. Asumirlo de golpe es difícil para algunos niños, mientras otros se encuentran desde el primer día «como peces en el agua».

Debemos propiciar ese contacto de forma natural:

1. Darles seguridad con un ambiente alegre y acogedor. Preparar la clase para su llegada: zona central con una alfombra, libre de muebles, con los juegos que tengamos distribuidos por ese espacio y con facilidades para los niños que prefieran sentarse, sintiéndose protegidos por la silla y la mesa. La alfombra la ocuparán los decididos, iseguro!

Hablarles con cariño, mostrarles la clase, presentarnos y preguntar sus nombres, jugar, cantar alguna canción que supongamos que conocen (series de dibujos animados, por ejemplo), nos acercará a ellos afectivamente, poco a poco.

2. Realizar actividades de «juego libre»: a primera hora servirán de motivación para las actividades en el aula. No sucederá eso si la primera actividad es seria y la identifica con quietud y con un maestro que habla constantemente y no le deja hablar a él.

Con estas actividades, el niño entrará en contacto con su clase y sus compañeros, con los juegos, con el espacio físico, todo lo cual le llevará a dominarla, a hacerla suya. Para ello tendrá libertad absoluta de movimientos, de colocación, de manejo de los materiales... Podemos introducir pequeñas normas, como «dejar un juego antes de coger otro», «cada juego se deja donde se ha cogido», etc., siendo flexibles al principio, aunque mezclen algunas piezas. Unos días más tarde podremos invitarles a mirar si el juego que tienen está completo, si le sobran piezas que son de otro juego, etc., para luego hacer un ejercicio de clasificación. En los juegos libres, el niño se sociabilizará, aprenderá a hablar, a dialogar, a ceder, a compartir, a ordenar, etc.

Todo este tiempo es muy adecuado para observar y conocer a los niños. Nunca se manifestarán más sinceramente que en esta actividad, ni los tendremos tan bien situados para observarlos, ya que los juegos en el patio nos restan posibilidades por la extensión del mismo y la mezcla con niños de otras clases. Así conoceremos al tímido, al agresivo, al generoso, al egoísta, al ordenado, al apático, al introvertido, al extrovertido, al sucio, al «abusón»... Todos estos datos conforman un conocimiento básico para nuestra actuación educadora.

3. Creación de hábitos: nunca podremos dejar de insistir en la repetición de ciertos actos hasta que de verdad constituyan hábitos que puedan proporcionar al niño valores y generar en él actitudes positivas y apreciadas.

Puedo señalar algunos de los más básicos:

- Levantarse y sentarse cuando se lo indiquemos, sin hacer ruido, para no molestar a los demás. Guardar la silla para evitar tropezar con ella.
- Usar correctamente los servicios higiénicos y lavarse las manos sin salpicar.
- Dejar las cosas de uso personal recogidas al ir al recreo y al terminar la clase.
- Guardar un juego, con todas sus piezas, antes de coger otro. Compartirlos.
- Usar el pañuelo.
- Colgar sus chaquetas o abrigos en las perchas.
- Abrocharse y desabrocharse.
- Reconocer sus cosas por las pegatinas que lleven.
- Guardar ordenadamente los trabajos en sus carpetas.
- Recortar y recoger los papeles, usando la papelera para mantener la clase limpia.
- Entrar y salir ordenadamente, sin atropellarse, sin gritos. Poco a poco irán aprendiendo a ser personas educadas y sociables.

4. La psicomotricidad: acompañada de música y canciones, nos acercará afectivamente al niño y será la mejor forma de desarrollar su capacidad de atención, de observación, de conocimiento del espacio, de ritmo, de coordinación... En realidad, es una actividad de «juego dirigido».

5. La expresión oral: a la hora de las «noticias», sentados en la alfombra, coloquialmente, cada niño contará sus pequeñas cosas, todas las cuales recogeremos y comentaremos con interés y cariño. Aquí empezarán a respetar el turno de intervención escuchando al otro, primera norma de convivencia. Será una conversación divertida y eficaz, donde conoceremos cómo piensan e interpretan los pequeños acontecimientos de su vida.

Es en este momento cuando podemos darnos cuenta de cómo utiliza «ayer» por «mañana», «me sobra» en lugar de «me falta», «difícil» por «fácil», o cómo dice «calelones» por «canelones», «indición» por «inyección», «halicotero» por «helicóptero», «pistina» por «piscina», etc.

6. La hora del cuento: es una actividad que no debe faltar en ninguna clase de pequeños, porque facilita la fantasía, la conversación, el interés, la atención, la imaginación, la afectividad...

Éstas son actividades donde pueden incluirse otras muchas de nuestro programa. Somos capaces de globalizar sólo sabiendo lo que perseguimos.